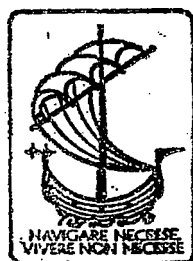


TITULO ORIGINAL
Revolutsionnie Siloueti

Moscu
TRANSPOSEKTSIA, 1923

Traducción del inglés por
PEDRO SCARON

Notas por
MICHAEL GLENNY



BIBLIOTECA DE MARCHA

RINCON 577 / MONTEVIDEO / URUGUAY
CASILLA DE CORREOS 1702
COPYRIGHT DE LA TRADUCCION BY
BIBLIOTECA DE MARCHA

PARA

TODOS LOS PAISES

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY

ANATOLI

LUNACHARSKI

SEMBLANZAS
DE
REVOLUCIONARIOS

Prólogo
por
ISAAC DEUTSCHER

BIBLIOTECA DE MARCHA
COLECCION TESTIMONIOS

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

En la imposibilidad de obtener el original ruso de "Semblanzas de revolucionarios" —que se ha convertido en una rareza bibliográfica— nos vimos obligados a traducir de una reciente versión inglesa (1967) la obra de Lunacharski. Salvo expresa indicación en contrario, las notas que figuran al final de cada capítulo las hemos tomado del editor inglés, responsable naturalmente de las opiniones vertidas en las mismas. Los nombres de periódicos rusos, que en la versión utilizada figuran por lo general en inglés, los damos en ruso con su traducción castellana entre corchetes. Transcribimos los nombres rusos de modo que se les pueda leer conforme a las reglas de pronunciación españolas; el lector deberá tener en cuenta, tan sólo, que en nuestra transcripción la *sh* suena aproximadamente como *sh* inglesa (Kshesínskaia) y que la *zh* equivale, sobre poco más o menos, a la *j* francesa (Nizhni).

P. S.

INTRODUCCIÓN

El nombre de Anatoli Vasilievich Lunacharski no es mayormente recordado en Occidente, y probablemente no se le conoce mucho, hoy en día, ni siquiera en Rusia. Sin embargo, Lunacharski fue uno de los dirigentes más famosos de la revolución y su primer gran comisario de educación. Su influencia, aun cuando soterrada, ha pervivido en la vida cultural soviética; una nueva generación de intelectuales soviéticos está descubriendo en él uno de sus antepasados espirituales.

Nacido en Poltava en 1875, Lunacharski se formó en el ambiente de la pequeña aristocracia, bajo la influencia de personas instruidas y de pensamiento avanzado. Su padre era escribano. "Me convertí en revolucionario"; dice, "teniendo tan pocos años que ni aun puedo recordar una época en que no lo fuera. Mi infancia transcurrió bajo la fuerte influencia de Alexandr Ivánovich Antónov [amigo de su madre], quien, aunque era «consejero privado suplente» y principal de la Cámara de Control de Nizhni Novgorod, y luego de Kursk [...] no ocultaba en absoluto sus inclinaciones por los reclamos progresistas y de izquierda." El ambiente era similar a aquel en que se desarrolló Lenin, aun cuando menos provinciano, más avanzado políticamente. Lunacharski se crió en Kíev. La ciudad era un punto donde confluían las culturas rusa, polaca, judía y ucraniana, y un importante centro de movimientos socialistas y progresistas. El colegial, lector voraz, precoz y talentoso, ingresó muy tempranamente a un círculo marxista clandestino; coadyuvó a que éste se ex-

pandiera hasta abarcar a doscientos alumnos. Antes que en cualquier otro rincón del imperio zarista, los marxistas prevalecieron allí sobre los populistas, y el marxismo se convirtió en el lance de amor intelectual del adolescente. Pero Lunacharski se sintió atraído asimismo, muy tempranamente, por otra corriente intelectual, a saber, la filosofía del empiriocriticismo, y en particular las teorías del profesor suizo-alemán Avenarius. En 1894 el joven se trasladó de Rusia a Suiza y comenzó a asistir a las clases de Avenarius en la universidad de Zurich. Ese año dejó una imborrable impronta en su concepción del mundo. Se persuadió de que el marxismo necesitaba ser "apuntalado" filosóficamente y que el empiriocriticismo era la doctrina más adecuada a tales efectos. En Zurich frecuentó a Axelrod y Plejánov, los fundadores y corifeos del marxismo ruso. Ambos miraron con malos ojos el "lado flaco" filosófico de Lunacharski, quien escuchó a y aprendió de los dos, especialmente de Plejánov, pero mantuvo su fidelidad por Avenarius. En las colectividades de exiliados y estudiantes rusos en Europa Occidental pronto se conoció a Lunacharski como conferenciante destacado y talentoso orador, sorprendentemente erudito para sus años. (En la universidad siguió cursos de anatomía, zoología, sicología, filosofía y economía política.) Entre sus compañeros de clase se hallaba Rosa Luxemburg, quien en breve se volvería famosa en el socialismo europeo como la más brillante adversaria de los revisionistas y reformistas en el gran debate que estremecería al Partido Socialdemócrata Alemán. Ya en la universidad, recuerda Lunacharski, "la respetaba profundamente y, en cierto sentido, me prendé de ella. Me hechizaba un no sé qué mágico y ligeramente

diabólico en su figura menuda, casi enana, con su gran cabeza expresiva descansando en sus frágiles hombros." Entre los viejos *émigrés*, Lavrov, el inspirador del populismo ruso y amigo de Marx, se aproximaba al término de sus días: "Vivía en algo así como una cueva excavada entre libros [...]; Lavrov me pareció ser un prodigio de conocimiento enciclopédico. Me las ingenié para mantener con él extensas e interesantes discusiones en torno a temas que me atraían más que cualesquiera otros, los orígenes de mitos tribuales entre diversos pueblos muy distantes entre sí y las leyes que regían la evolución de esos mitos." Ninguno de esos variados intereses debilitaba el celo revolucionario del joven. Por el contrario, para ser activo como revolucionario necesitaba observar la sociedad desde todos los ángulos posibles. Tal era su fervor que ganó a su hermano, gravemente enfermo y paralítico, a sus ideas y lo lanzó a la actividad revolucionaria, primero en Francia y luego en Rusia. Muy temprano, empero, sus ideas empiriocriticistas le hicieron reñir con Plejánov, cuya "ortodoxia" era, a juicio de Lunacharski, "árida y demasiado racionalista". Los intentos de Plejánov por ligar filosóficamente el marxismo con la tradición de la Ilustración francesa, y en particular con Diderot y Holbach, le resultaban "superficiales e insatisfactorios".

En 1896 Lunacharski regresó (con su hermano) a Rusia. Se radicó en Moscú e inmediatamente adhirió a un grupo clandestino, que, después de muchos arrestos practicados por la policía, procuraba estructurar una nueva organización socialdemocrática. Miembro del grupo era Anna Elizárova, hermana mayor de Lenin. (El propio Lenin, entonces poco conocido, pisaba el umbral de su

carrera revolucionaria.) Pero pronto cayó Lunacharski en manos de la policía; resultó que ésta tenía un espía infiltrado en el grupo. Lo mantuvieron en confinamiento solitario durante ocho meses y luego lo deportaron al norte, a Kaluga, Vólogda y otros lugares.

Para su destino posterior su estada en Kaluga fue sumamente importante, pues allí trabó relación con Alexandr Alexándrovich Bogdánov (Malinovski), que iba a convertirse en su mejor amigo y en su asociado político y filosófico (y con cuya hermana se casó). Bogdánov, hoy en día injustamente olvidado, era una de las figuras más originales y atrayentes del movimiento revolucionario ruso. Este hombre que durante unos pocos pero cruciales años, entre 1903 y 1908, fue el compañero político más cercano de Lenin y en ocasiones su segundo en la jerarquía, era un hombre de rara nobleza, heroica fuerza de carácter y dotes intelectuales polifacéticas. Sentó un hito como economista y autor de un famoso manual; fue el más relevante expositor ruso de la filosofía empiriocrítica o empiriomonista; como dirigente político inspiró una corriente especial dentro del bolchevismo, y como crítico de arte habría de convertirse en el adalid de la idea de una cultura proletaria (Proletkult). Fue también médico eminente e investigador de avanzada: murió en 1928, mientras realizaba consigo mismo un peligroso experimento. Bogdánov dio su aval a los esfuerzos de Lunacharski en pro de una síntesis entre el marxismo y la filosofía de Avenarius.

En los lugares de su deportación en el norte, los exiliados, que se beneficiaban de la ayuda y simpatía de la sociedad local, estudiaban, daban conferencias y colaboraban con varios periódicos.

Lunacharski se empeñó en debates públicos contra, entre otros, Berdiáiev, también confinado, quien en esa época ya se estaba desligando del marxismo y aproximando al cristianismo. El tema de la controversia era la religión y el socialismo, y aunque Lunacharski, para satisfacción de los marxistas, arremetió concienzudamente contra los puntos de vista de Berdiáiev, en cierta medida fue "tocado" por las ideas de su contrincante. La policía, alarmada por esos debates, deportó a Lunacharski más hacia el norte, a Arjánguelsk, donde se encontró casi completamente aislado. Empleó su obligada soledad en escribir una de sus obras más originales, "La experiencia de la estética positiva". Tradujo a muchos poetas europeos, en particular alemanes, y publicó gran cantidad de artículos de crítica literaria. En su tratado sobre estética no sólo procuró combinar el empirio-criticismo con el materialismo dialéctico, sino que puso fuertemente de relieve las bases biológica y fisiológica de la sensibilidad estética. Se le criticó por haber descuidado el condicionamiento social del arte, pero en realidad, los argumentos de Lunacharski se ajustaban bien al modo marxista de pensamiento. Años después demostró eficazmente la validez especial de sus puntos de vista, al analizar los factores psicológico y biológico en el desarrollo de la música.

Tras cumplir su condena, Lunacharski regresó en 1901 ó 1902 a Kíev, donde uno de los periódicos liberales de izquierda le ofreció el cargo de crítico teatral. Pero no pudo conservar ese empleo por mucho tiempo. En 1903 todos los círculos socialistas estaban pendientes de la escisión que acababa de llevarse a efecto en Europa Occidental entre los mencheviques y los bolcheviques. La con-

moción fue tan grande en Rusia que muchos bolcheviques vacilaban, pedían la reunificación. Lenin, sin embargo, se mantuvo firme, y entre los pocos que lo respaldaron sin reserva se halló Bogdánov, quien instó a Lunacharski para que se trasladara a Suiza y colaborase en la redacción de un periódico bolchevique militante. Lunacharski aceptó el ofrecimiento, aunque tenía sus dudas y reservas mentales. Sus primeros contactos con Lenin, acaecidos en París y Ginebra en 1904, no le dejaron los recuerdos más placenteros. A juicio del teórico de la "estética positiva", Lenin estaba excesivamente absorbido por la política y demasiado apegado a lo concreto. Lunacharski, empero, se volvió un bolchevique militante: no tanto por la convicción de que Lenin estuviera en lo cierto como por el barrunto de que los mencheviques se equivocaban, de que obstruían desde dentro el movimiento revolucionario y lo empujaban hacia los compromisos y un completo oportunismo.

El propio Lunacharski describió su primera asociación con Lenin en la siguiente y franca reminiscencia, aparecida después de la revolución: "Naturalmente, existía una gran disparidad [de carácter] entre Lenin y yo. Él abordaba todos los problemas como político activo, como táctico y, ciertamente, como líder político de genio, mientras que mi enfoque era el de un filósofo, o, para decirlo con mayor precisión, el de un poeta de la revolución. Para mí la revolución era una etapa, inevitablemente trágica, en el desarrollo universal del espíritu humano hacia el «alma cósmica», la acción más grandiosa y decisiva en el proceso de la «construcción de Dios», el hecho más trascendental y terminante en la realización del programa que Nietzsche formulara tan afortuna-

damente cuando dijo que «el mundo carece de sentido, pero tenemos que dárselo»."

Leyendo estas líneas no es difícil imaginar a su autor, de haber vivido cuarenta o cincuenta años más tarde, como una especie de existencialista de izquierda que argüiría sobre "lo absurdo de la condición humana" y procuraría "humanizar" el marxismo. A no dudarlo, Lunacharski era extremadamente sensible a las modas y corrientes de su época, y para los intelectuales de su generación Nietzsche y Avenarius eran lo que, digamos, han sido Heidegger y Sartre para no pocos de nuestros contemporáneos. Pero en aquellos tiempos no era fácil impugnar el carácter humano del marxismo revolucionario, y algunos de sus adherentes se esforzaban no por "humanizarlo", sino por "deificarlo". Lunacharski hacía lo indecible para demostrar que su "búsqueda de Dios" no implicaba creencia alguna en un poder o idea sobrenaturales. "Prediqué", dijo, "una religión trágica y activa sin ningún rastro de «fe» o «misticismo»." Plejánov, el menchevique y custodio de la filosofía marxista, echó rayos y centellas contra esa herejía. Lenin respetaba y aceptaba el dictamen de Plejánov en esos puntos. Cuando se le preguntó una vez qué pensaba de alguien que había sostenido: "El socialismo es mi religión", replicó con mucha sagacidad dialéctica que todo dependía de quién hubiese enunciado esa tesis: "Si la fórmula una persona religiosa, lo que en realidad dice es que está abandonando la religión por el socialismo. Pero si alguien que se considera marxista proclama al socialismo como su religión, está abandonando el socialismo por la religión." A Lenin, aun así, no se le ocurrió iniciar una reyerta *política* a propósito de un problema filosófico, y Luna-

charski; de cualquier modo, no mostraba indicios de abandonar el socialismo (ni siquiera el bolchevismo), en aras de la religión. Y de esta forma se convirtió en miembro del pequeño equipo editorial bolchevique que publicaba los dos periódicos "Vperiod" [Adelante] y "Proletari" [El Proletario]; aparte Lenin y Lunacharski, sólo otras dos personas integraban la redacción. Lunacharski, que escribía bajo el seudónimo de Voinov (combatiente), dio pruebas de su militancia no sólo en debates y refriegas con los mencheviques, sino también en el congreso del partido —una reunión exclusivamente bolchevique— en la cual fue el informante sobre la insurrección armada y su lugar en la estrategia socialista. Con todo, su principal afición seguían siendo la poesía y las artes más que la estrategia y las tácticas. Siguieron siéndolo aun durante la revolución de 1905, en la cual no desempeñó un papel de importancia. Como el propio Lenin, volvió a Rusia demasiado tarde, cuando la revolución estaba en el reflujo. Durante su breve estada en San Petersburgo dirigió, en común con Maxim Gorki, el diario bolchevique "Nóvaia Zhizn" [Vida Nueva], el primero que fue editado públicamente. Sus conferencias, principalmente sobre temas artísticos y literarios, atraían muchedumbres tan nutridas que el dinero de las entradas significaba un aporte realmente considerable a la caja partidaria de Lenin, no demasiado opulenta.

La ruptura entre Lunacharski y Lenin acaeció después, en 1908, durante el período de derrota y reacción. Ambos estaban nuevamente exiliados en Europa Occidental y sus abatidos partidarios en Rusia se hallaban prácticamente dispersos. Lenin exhortaba a su partido a mantenerse firme,

atrincherarse en la clandestinidad, pero también a trabajar pública, legalmente, dondequiera que existiese la oportunidad. "Tenemos que aprender ahora el arte de la retirada", solía decir, con el realismo y la determinación de siempre. Argüía, por una parte, contra aquellos mencheviques que querían tener un partido público sin actividad clandestina alguna; y por otra contra los "archi-izquierdistas", los revolucionarios románticos entre sus propios camaradas, singularmente Lunacharski y Bogdánov, reacios a aprender "el arte de la retirada". Bogdánov y Lunacharski apremiaban a Lenin para que desautorizara a los miembros socialistas de la Duma (el cuasi-parlamento zarista), los cuales, en opinión de aquéllos, se comportaban con excesiva timidez y se amoldaban a la reacción triunfante. Lenin rehusó proceder de este modo contra los parlamentarios socialistas, por lo cual los archi-izquierdistas lo tacharon de "oportunista" y "semi-menchevique".

A la disputa sobre tácticas siguió poco después la gran controversia filosófica en cuyo transcurso Lenin escribió su "Materialismo y empiriocriticismo". La principal contribución de Lunacharski a ese debate consistió en los dos volúmenes de su "Socialismo y religión", que se toparon de nuevo con la severa repulsa de Plejánov.

Lenin había evitado desde hacía tiempo esa polémica, y ahora se embarcó en ella con reluc-tancia. Tuvo que hacerlo porque los mencheviques sacaban todo el partido posible de un hecho: los "desviacionistas" filosóficos del marxismo, los "buscadores de Dios" y empiriocríticos eran en su mayoría bolcheviques. Dándoselas de guardianes de la ortodoxia marxista, los mencheviques utilizaban esa circunstancia para desacreditar a Lenin

y sus adeptos. La réplica de Lenin consistió en disociarse tanto de las opiniones políticas como de las filosóficas sostenidas por Lunacharski y Bogdánov, a las que sometió a una crítica rigurosa. Lenin estaba dispuesto a tolerar en el partido casi cualquier "herejía" filosófica o religiosa, en aras de la unidad política. Pero ahora que de todos modos esa unidad política se había desmoronado, no había motivos para mantenerse reticente en lo tocante a desacuerdos filosóficos. Estaba convencido, además, de que el archi-izquierdismo de Bogdánov y Lunacharski no era ajeno a su "desviación" filosófica. Ni los argumentos de Lenin ni los de Plejánov contra el empiriocriticismo, sin embargo, hicieron mayor mella en Lunacharski, que se mantuvo en sus trece hasta el fin.

De las tediosas luchas interfaccionales, tri o cuatripartitas, libradas con anterioridad a la primera guerra mundial, vale la pena recordar aquí un incidente. Lunacharski y Bogdánov encontraron un aliado en Maxim Gorki, quien estaba entonces en el pináculo de su fama como novelista y dramaturgo. Los tres fundaron en Capri, Italia, una "escuela de partido", a la cual trajeron obreros de Rusia. Les enseñaron teoría económica, historia y bellas artes, los iniciaron en la "búsqueda de Dios" y, sin duda, los volcaron contra la política derechista y "semimenchevique" de Lenin. Éste les negó el derecho a denominar esos cursos "escuela del partido". Denunció la iniciativa como intriga fraccionalista y se las ingenió para desbaratarla, mediante la conversión de varios discípulos de Lunacharski. Entonces este último abrió una nueva escuela en Bolonia, la cual, teniendo como profesores a él mismo, Gorki, Trotski, Pokrovski —el his-

toriador— y otros, atrajo a nuevos discípulos. (Lunacharski llevaba a los obreros en giras por los museos y galerías artísticas de Italia, con la esperanza de inyectar algo del espíritu renacentista en los cuadros de la revolución rusa.) Lenin estableció su propia escuela en Longjumeau, cerca de París, y en ella, con menos maestros eminentes y un plan de estudios más pedestre, adiestró futuros líderes y comisarios con éxito muchísimo mayor.

A pesar de las disputas y altercados, empero, mantuvo relaciones amistosas con Lunacharski y, por supuesto, con Gorki. Con la anuencia de Lenin, Lunacharski intervino como vocero bolchevique en varios congresos socialistas internacionales. Y a pesar de su severa condena a las concepciones de Bogdánov, Lenin trató la “desviación” de Lunacharski con una ironía benévola. Se cuenta que en una reunión, al finalizar Lunacharski su prédica en pro de la “búsqueda de Dios”, Lenin se le aproximó con la cabeza baja y, con un brillo malicioso en sus ojos, susurró: “Bendíceme, padre Anatoli”.

El estallido de la Primera Guerra Mundial eclipsó todas esas disputas y riñas de exiliados. Lunacharski estaba entonces en París, donde, con Trotski y Mártov, publicó un periódico ruso contra la guerra y en pro del llamado movimiento de Zimmerwald (el precursor de la Internacional Comunista). En 1915, después que el gobierno francés clausurara el periódico y expulsara a Trotski de Francia, Lunacharski se trasladó a Suiza, donde Lenin rompía lanzas contra la guerra. Pero no se unió de inmediato a los bolcheviques. En 1917, cuando poco después de la revolución de febrero retornó a Rusia, se sumó a los llamados *mezhraion-*

*tsi** en Petrogrado —un grupo dirigido por Trotski— y fue con Trotski y ese grupo que reingresó al partido bolchevique en agosto de ese año.

Su papel en los acontecimientos de 1917 fue realmente destacado, como lo confirman todos los testigos oculares. El “suave” “buscador de Dios”, con su aire de profesor distraído, sorprendió y asombró a todos por su energía y militancia indomables. Era el gran orador del Petrogrado rojo, inferior solamente a Trotski; día tras día, y aun varias veces en una sola jornada, se dirigía a enormes, hambrientas e irritadas masas de obreros, soldados y marinos. Merced a su cabal sinceridad y a su sensibilidad, abatía todas las barreras de origen social y educación que pudieran haberlo separado de sus oyentes. Hechizaba a las muchedumbres, y éstas lo querían bien. En julio, cuando el gobierno de Kerenski decretó la prisión de la mayor parte de los jefes bolcheviques, bajo la imputación de conspirar y espiar en pro de Alemania, también Lunacharski cayó detenido. Pero dos meses después ya estaba en libertad y hablaba por su partido en el Sóviet, en las fábricas y los cuarteles y despertaba el apoyo de las masas por la ya cercana insurrección. Tanto descolló en esos días cruciales que, después de la revolución, muchos quedaban desconcertados al ver que desempeñaba un papel relativamente menor. Lo que, en el fondo, impidió que Lunacharski, pese a toda su energía, su amplia erudición y su clara inteligencia, mantuviera su

* Los *mezhraiontsi* (literalmente: los que están entre dos territorios) constituían un grupo intermedio entre mencheviques y bolcheviques. Pertenecían a la *Mezhraionka*, a más de Trotski y Lunacharski, el futuro director del Instituto Marx-Engels, Riazánov, el historiador Pokrovski, Ioffe, Volodarski, Uritski, Manuïlski —más tarde secretario de la Tercera Internacional— y otros. (N. del trad. al esp.)

posición entre los más altos jefes bolcheviques fue probablemente cierto exceso de generosidad y cierta carencia de pensamiento y voluntad de poder interiormente concentrados. No en vano, en sus semblanzas de los líderes bolcheviques —Lenin, Trotski, Sverdlov y otros— la cualidad de esos hombres que más pone de relieve y admira es su voluntad poderosa y concentrada, el atributo que en él se daba insuficientemente; Lunacharski, en realidad, era todo lo contrario de lo que se llama un hombre de un objetivo único. En 1917, cuando la revolución operó como un fenómeno natural que desencadena todos los elementos, nuestro biografiado se absorbió y encumbró en ella.

Lenin, al realizar los nombramientos para su primer gobierno, sin hesitar un instante designó a Lunacharski comisario de educación. Con esta actitud reveló ser el gran juez de hombres que era, y la elección de la persona implicaba también optar por una política. “En los problemas culturales”, solía decir Lenin, “nada es tan dañino y pernicioso como el odio, la arrogancia o el fanatismo. En este terreno ha de actuarse con gran cautela y tolerancia.” Prefirió como comisario de educación al desviacionista “suave” y “buscador de Dios”, y no a algún otro de sus camaradas más ortodoxos y firmes, aunque sabía perfectamente que Lunacharski no era, por cierto, administrador. Así como un gran director discierne las virtudes y fallas de cada integrante de su orquesta, Lenin distribuía casi infaliblemente los instrumentos. A nadie se le ocurrió, por supuesto, que Lunacharski debiera abjurar de cualquiera de sus herejías filosóficas, o disculparse por sus extravagancias políticas: tales ritos eran inimaginables en la era de Lenin.

Aunque después de 1917 Lunacharski no se contó entre los líderes bolcheviques de primerísima fila, su papel en la obra constructiva del nuevo régimen fue de gran magnitud. La revolución tenía que tomar posesión de la "herencia cultural" del pasado, preservarla, volverla accesible a las masas en un grado nunca alcanzado hasta entonces, educar a éstas y desarrollarlas culturalmente; infundir el espíritu socialista en la educación, experimentar e innovar. Lunacharski combinaba en sí, en proporciones casi ideales, las cualidades de un custodio de la herencia y las del innovador. Característico de su personalidad fue que, tras pocos días en el cargo, renunció para protestar contra el presunto ametrallamiento del Kremlin moscovita por los guardias rojos, durante la insurrección de octubre, lo cual habría dañado las murallas. Publicó un manifiesto furibundo en el que se denunciaba ese "acto vandálico" y se exhortaba a la clase obrera a que tomara bajo su protección los monumentos arquitectónicos y tesoros artísticos. Sólo volvió a ocupar su cargo cuando se le dio seguridades de que el Kremlin no había sufrido daño alguno durante la insurrección.

Su primera tarea, y la más elemental, consistía en asegurar que las escuelas y las instituciones culturales funcionaran sin interrupción. Ello no era fácil, porque muchos maestros, intelectuales y profesionales rehusaban trabajar bajo los "usurpadores bolcheviques". Lunacharski, infatigablemente, procuró disuadirlos de que siguieran el boicot, y en gran medida tuvo éxito. Era conocida su devoción por la enseñanza y las ciencias y artes; su corrección y su manera de ser inspiraban confianza. A menudo se le denominó "el intelectual entre los bolcheviques, y el bolchevique entre los intelectuales".

Aunque la descripción puede no ser enteramente certera, ya que en su mayor parte los líderes bolcheviques eran "intelectuales", Lunacharski resultó excepcionalmente convincente en sus tratos con la *intelligentsia* antibolchevique y "neutral". Lenin, que comprendió claramente que sin el apoyo voluntario de la intelectualidad la revolución difícilmente pudiera salvaguardar su legado cultural, respaldó a Lunacharski de todas las maneras posibles. A los académicos y científicos se les concedió para su trabajo todas las facilidades que se podía otorgar en años de intervención extranjera, guerra civil, hambre y privaciones. Lunacharski estuvo magistral también en su lucha contra el analfabetismo y en la tarea de "llevar a las masas" la música, el teatro, la literatura y las artes plásticas. En lugar de adular los gustos de los obreros y campesinos, procuró educarlos estéticamente. Modernizó el sistema educacional básico y abrió de par en par las puertas de la escuela al fresco soplo de la revolución. Reformó los métodos didácticos conforme a un espíritu progresivo y libertario, poniendo en práctica las concepciones marxistas y apropiándose abiertamente de ideas de pensadores "burgueses" avanzados del extranjero. (Un vistazo a las escuelas soviéticas bastó para despertar el entusiasmo de un educacionista tan crítico como John Dewey, el eminente filósofo norteamericano.)

En sus intentos por llevar el legado cultural a las masas y educarlas estéticamente, a veces tenía que hacer un noble sacrificio, el de descender de sus cumbres de artificiosidad intelectual para hablar llana y sencillamente sobre complejas corrientes históricas o literarias. Así lo hizo, pongamos por caso, en sus "Enfoques sobre la literatura europea occidental", una serie de conferencias que dio al

comenzar la década de 1920 en la Universidad Sverdlov, teniendo como oyentes a trabajadores y soldados que el partido había extraído de las filas para promoverlos a cargos en el campo militar; el de la administración o la economía.

No fomentó la popularización, empero, a expensas de la originalidad y la experimentación. Bajo sus auspicios las "cien flores" realmente se abrieron; florecieron muchas escuelas artísticas, círculos e ismos, algunos sumamente herméticos y esotéricos. No obstante, como crítico hablaba alto y fuerte; pero en su condición de comisario, de dispensador del patronazgo estatal, era un árbitro imparcial y sensato. No se le habría ocurrido imponer sus opiniones o gustos a otras personas. Escribía obras de crítica literaria sobre Pushkin, Gógol, Tolstói, Dostoievski, Andréiev, Gorki, etc., y promovió un culto nacional de los clásicos. Simultáneamente respaldaba, para mortificación de Lenin y Trotski, el Proletkult, cuyos adeptos abogaban por una ruptura con toda la tradición clásica y por el advenimiento de una época proletaria en arte y literatura. Muy tempranamente patrocinó las obras de Picasso en Rusia (esas obras que desde entonces han estado arrumbadas en los sótanos de los museos soviéticos). Alentó a Tatlin, el gran arquitecto, que podría ser denominado el Le Corbusier ruso si no fuera por su "modernismo" mucho más extremo. Nombró a Shagal [Chagall] director de la popular Academia de Arte de Vitebsk, y ofreció una oportunidad similar a Malevski, el constructivista y encarnizado adversario de Shagal. Apadrinó el teatro "biomecánico" de Meyerhold y los memorables proyectos filmicos de Eisenstein. Los futuristas, los Hermanos Serapiones, los constructivistas, los imaginistas, todos se

beneficiaron con su generosidad, aun cuando Lenin frunciera el ceño por las grandes tiradas de poemas de Maiakovski en momentos de una aguda escasez de papel. Ayudó a crear el famoso *Habima*, el primer teatro hebreo en la historia, aunque muchos judíos, comunistas y no comunistas por igual, protestaron contra la resurrección —¡en la Rusia roja!— del hebreo, por ese entonces una lengua muerta, y contra la idealización de la leyenda religiosa —jasídica— del *dibbuk* en su escenario. * Lunacharski se encogió de hombros: nada en el legado artístico de la humanidad le era extraño, y en este caso el innovador que había en él coincidía con el custodio de los viejos valores. ¡Qué distancia astronómica separa espiritualmente ese período no sólo de la severa barbarie de la era estaliniana sino también del reseco “liberalismo” burocrático de los años post-estalinianos! No es extraño que los escritores y artistas soviéticos de hoy, viejos y jóvenes, vuelvan la mirada hacia esa primera década posrevolucionaria como a una especie de “edad dorada” y se inspiren en ella. Aunque fue un período muy breve y borrascoso como para que madurara un gran arte “monumental”, conmovió hondamente la sensibilidad y la imaginación poética de Rusia. Hacia fines de la década, sin embargo, la fría losa del monolitismo comenzó a descender sobre la creación artística, así como sobre todas las manifestaciones populares.

Lunacharski no participó en la agria lucha

* El *dibbuk*, según la tradición popular judía, es un alma en pena que pasa al cuerpo de un vivo y sólo puede ser desalojada mediante determinados juramentos. El jasidismo, secta fundada en el siglo XVIII, muy difundida entre los judíos pobres de Europa Oriental y opuesta a la sobriedad del talmudismo, ve a Dios en todo lo viviente y busca la unidad mística con éste en la oración. (N. del trad. al esp.)

interna que se desencadenó en el partido tras el deceso de Lenin. Se sentía perdido entre los embrollos, intrigas y prácticas de aquélla. De ninguno de los contendientes había estado tan cerca como de Trotski, de quien escribe, en la caracterización incluida en este volumen, que él y Lenin eran "los dos más fuertes entre los fuertes, totalmente identificados con sus papeles". Pero tenía recelos motivados por el carácter "mordaz y altanero" de Trotski y por su falta de talento para el trabajo en equipo; sabedor de cuán fuertes eran las sospechas contra Trotski en la vieja guardia bolchevique, probablemente intuyó que éste peleaba una batalla perdida. Procuró entenderse con Zinóviev, por quien sentía mucho menos respeto y admiración que por Trotski, pero que había sido largo tiempo el compañero más cercano de Lenin y a quien, en 1923-25, muchos consideraban el "vigoroso timonel".

De un "entendimiento" de Lunacharski con Stalin no podía ni hablarse. No había dos temperamentos que fueran o pudieran ser más incompatibles que esos dos. La inexistencia de todo vínculo político o humano entre ambos se evidencia en esta serie de semblanzas que trazó Lunacharski de los jefes bolcheviques. Una notoria laguna aparecía aquí ante los lectores rusos: el libro carecía de toda semblanza de Stalin. Al publicarse en 1923 y reimprimirse en 1924, la lucha por la sucesión de Lenin había llegado a su clímax y Stalin estaba ya firmemente instalado como secretario general del partido. La omisión equivalía a un delito de lesa majestad. Y así, poco después, el libro "desapareció de la circulación" y siguió prohibido durante años. (Sólo en los últimos tiempos se han reeditado partes del mismo, cuidadosamente esco-

gidas y censuradas.) Es inimaginable que Lunacharski no haya comprendido que su silencio sobre Stalin retumbaba estrepitosamente. Evidentemente, le era imposible tributar ni siquiera el homenaje más perfunctorio al secretario general. Les había dicho a sus compañeros de partido que estaba dispuesto a servir, si era necesario, bajo Zinóviev, pero no bajo Stalin.

Cuando Stalin, finalmente, llegó a la cumbre, Lunacharski decidió ignorarlo en la medida de lo posible, mantenerse apartado de los asuntos internos del partido y consagrarse exclusivamente a su trabajo educacional y literario. Rehuyó los conciliábulos en los que las facciones beligerantes se desgarraban mutuamente y las reuniones del partido, escenarios del degradante "culto a la personalidad". Confiaba aún en mantener cierta autonomía en su propio dominio, para salvar la educación, la literatura y las artes de los buldóceres del estalinismo y continuar con su misión de *Kulturträger** socialista. Su prolífica pluma superó todas las marcas durante esos años. Publicó su "Arte y revolución" y "Teatro y revolución", así como los "Enfoques sobre la literatura europea occidental" en 1924; "De Spinoza a Marx" en 1925; "Problemas de la sociología de la música" en 1927; varias colecciones de ensayos críticos, para no hablar de guiones filmicos y dramas.**

Pero ni siquiera el comisariado y su gabinete

* Portador o difusor de la cultura. (N. del trad. al esp.)

** Había escrito un drama, "Oliverio Cromwell" en 1919, "Campanelli" en 1922, y más adelante publicó sus obras teatrales en dos volúmenes. No he leído esas piezas, pero recuerdo que los críticos de Moscú hablaban de las mismas con ironía condescendiente y lo tenían por un dramaturgo mediocre.

de escritor podían convertirse en el santuario que buscaba. En el comisariado se infiltraron gradualmente los agentes de Stalin, y, de todos modos, el secretario general no favorecía en absoluto los experimentos educativos “semi-anarquistas” de Lunacharski y la barahúnda “modernista y decadente” en la literatura y las artes. Lentamente se impuso la nueva disciplina. En 1927 se deportó a Trotski, Rakovski y Rádek a Siberia, mientras que Zinóviev y Kámenev eran expulsados del partido a todos los efectos. Lunacharski se sentía profundamente desdichado. Su corazón, angustiado, comenzaba a fallarle y prácticamente dejó de cumplir con sus deberes oficiales, aunque nominalmente permaneció al frente del comisariado dos años más, hasta 1929. Encontró algún alivio en misiones temporarias en el exterior; actuó como vocero soviético sobre problemas culturales en la Liga de las Naciones, en Ginebra, y aprovechó esas oportunidades para vagabundear con su viejo amigo, Maxim Litvínov, que en ese entonces había sido designado comisario de relaciones exteriores, por sus lugares predilectos en Europa, los museos y teatros de París y Berlín. Cada vez se sentía más extranjero en Moscú, entre las peregrinas orgías del culto a Stalin y la violencia de la colectivización “al por mayor”; después de cada regreso se escabullía nuevamente a Europa Occidental para curar su corazón incurable y conceder un descanso a su mente agobiada. Desde Francia y Alemania siguió enviando ensayos y correspondencia de crítica literaria, lamentablemente de estilo agarrotado e indigentes en cuanto al contenido, para periódicos soviéticos. De todos lados llovían golpes: en 1930 el segundo de los dos grandes poetas de la época revolucionaria, Maiakovski, se suicidó (Esie-

nin lo había hecho unos años antes). En 1932 Stalin regañó a aquellos historiadores del partido que no falsificaban con suficiente celo la historia de la revolución. Y luego, en 1933, Alemania se despeñó de cabeza en el abismo nazi. Un tenue resplandor de esperanza, empero, había aparecido en el otro extremo de Europa con el ascenso de la república en España. A Lunacharski se le designó embajador en Madrid. ¿El nombramiento se efectuó a iniciativa de Litvínov o de Stalin? A la luz de acontecimientos posteriores, la designación pudo haber sido ominosa, ya que en los años siguientes la embajada en Madrid se convirtió en algo así como una cámara de la muerte para sus ocupantes, quienes al regresar a Moscú por regla general perecían en las grandes purgas. Lunacharski murió a los cincuenta y nueve años de edad, antes de asumir su cargo. (Pasó sus últimas semanas esforzándose por dominar el español.)* De haber vivido más, su vieja relación con Trotski, Zinóviev y Kámenev, sus herejías tercamente defendidas y la ofensa que le había inferido a Stalin en 1923 habrían pesado contra él y difícilmente hubiera podido eludir una denuncia como "enemigo del pueblo", espía y saboteador. Pero aún faltaban dos o tres años para las grandes purgas. Se le concedió un funeral oficial y lo enterraron bajo el Muro de los Héroes en el Kremlin.

En las dos décadas siguientes un olvido de inspiración burocrática cubrió su persona, su papel en la revolución, sus empresas y sus obras. Cuando los inquisidores filosóficos de Stalin, Zhdánov o

* Un dato de interés para el lector de habla castellana: hacia 1920 Lunacharski vertió al ruso, en forma magistral, "Fuenteovejuna" de Lope. (N. del trad. al esp.)

Alexándrov, lo mencionaban, era sólo para exponerlo como alguien que se había desviado del camino recto trazado por el dogma verdadero. En los últimos años ha sido muy intensa la curiosidad de la *inteligentsia* por sus ideas y personalidad. Se ha desenterrado lenta, laboriosa y... selectivamente su obra. El grupo gobernante actual consideró conveniente ofrecer algunos de los escritos de Lunacharski —los más convencionales o aquellos que ya habían sido inficionados por el tóxico del estalinismo— a jóvenes y ávidos lectores, ansiosos por acceder a la sumergida herencia intelectual de la revolución. Pero Lunacharski, el hombre de mentalidad libre y abierta, el filósofo errático, el innovador audaz y, en último pero importante lugar, el actor y testigo brillante de la revolución, constituye aún un enojoso estorbo para los círculos gobernantes, y por ello todavía se censura u oculta celosamente aquellos escritos —y son muchos— en los que les parece detectar “dinamita”.

Este pequeño volumen de semblanzas pertenece, naturalmente, al grupo de los textos explosivos. Un vistazo a su índice explicará el porqué: la mayor parte de aquellos a quienes Lunacharski rinde tributo, aún hoy son “personas inexistentes” en la URSS. Les rinde tributo a su manera, afectuosa y sin embargo imparcial, retratándolos tanto en sus puntos fuertes como en los flacos. Incluso a Lenin, que ya estaba en su lecho de agonía cuando se publicó la semblanza de Lunacharski sobre él, no se le describe como al San Superman de la leyenda oficial. Y Lunacharski no vacila en retratar a Mártov, el líder de los mencheviques, con simpatía y compasión, y hasta llega a expresar la esperanza de que Mártov todavía pueda encontrar un lugar dentro del movimiento co-

munista, como líder de un "ala derecha" del mismo. ¡Qué distante se hallaba esta concepción de la posterior, "monolítica", sobre el partido! Los directores de la Allen Lane The Penguin Press han hecho bien en conmemorar a Lunacharski, en el quincuagésimo aniversario de la revolución, publicando este notable librito. Confío en que otros escritos de Lunacharski pronto serán accesibles al público lector inglés.

ISAAC DEUTSCHER

Harpur College
Estado de Nueva York
Abril de 1967

LAS EDICIONES DE LAS "SEMBLANZAS" DE LUNACHARSKI: UN COTEJO

El texto principal de este libro corresponde a la edición de 1923 de las "Semblanzas de revolucionarios" redactadas por Lunacharski, tal como la publicó "Transposéksiia", una editorial sindical con un tiraje de 10.000 ejemplares. La misma obra, o variantes de ella, se publicó en otras tres ediciones antes y después de 1923.

La versión original apareció en lo que iba a ser el primer tomo de una historia de la revolución en cuatro volúmenes, intitulada "Vieliki Pieviorot" (La Gran Revolución) y publicada en Petrogrado, 1919, por Grzhebin. En esos tiempos, dos años después de la revolución, aún se permitían las imprentas privadas de libros. Grzhebin era un editor liberal serio, de gran reputación, y en su catálogo de obras no literarias fechado en 1919 figuraban, además de Lunacharski, memorias y crónicas de los acontecimientos de 1917 redactadas por autores de una gama bastante amplia de opiniones desde el punto de vista político: aparecían en él los líderes mencheviques Dan y Mártoy, el líder de los socialrevolucionarios de derecha, Chernov; Pótresov, Sujónov y Liber, el jefe del Bund. En el catálogo figuran también numerosas obras de teología y de filosofía no marxista. Poco después Grzhebin emigró a Berlín, donde continuó editando en ruso hasta adentrada la década del 30. Este desplazamiento obedeció tanto a razones puramente prácticas —escasez de papel y materiales de encuadernación, problemas laborales— como a

motivos políticos. Al comienzo de la década de 1920 los libros publicados por exiliados no sólo circulaban en Rusia soviética con relativa libertad, sino que muchas organizaciones soviéticas oficiales deseosas de distribuir sus libros en el país, se veían forzadas a publicarlos en el exterior, por apremiantes motivos económicos y técnicos. En virtud del desbarajuste causado por la guerra civil, las industrias papelera y gráfica —como el resto de la economía rusa— se encontraban en un estado bastante deplorable.

A esto se deben las observaciones de Lunacharski en su prólogo a la edición de 1923, en el que cree necesario explicar su elección de Grzhebin como editor en 1919. Se queja también de que Grzhebin se apresuró a enviar el libro a la imprenta sin conocimiento del autor y que lo publicó en el extranjero "sin mi permiso". Estas protestas no deben tomarse demasiado al pie de la letra. Es harto improbable que la publicación de "La Gran Revolución" se realizara sin su conocimiento, y aún en 1923 no tenía nada de inusual hacer imprimir los propios libros en la editorial de un emigré respetado como Grzhebin. Mucho más probable es que Lunacharski hubiera ofendido a algunos de sus colegas del partido, altamente situados: quizás por ser demasiado franco en su autobiografía política —que constituye el capítulo más extenso del libro de 1919—, quizás no sólo por no haber incluido una semblanza de Stalin sino por haberlo mencionado una sola vez, y de pasada, en todo el libro.

En la edición ampliada y reescrita de 1923, Lunacharski suprimió su biografía política (lo que lleva a uno a pensar que era ésta la parte ofensiva de la edición de 1919), eliminó una breve semblanza

za de Kámenev y agregó (de fuentes diversas, señaladas en el prólogo) sus semblanzas de Plejánov, Sverdlov, Volodarski, Uritski, F. I. Kalinin y Bies-salko. Ninguna mención de Stalin, aún.

La versión siguiente, publicada en Kiev por la Editorial Estatal Ucraniana, es similar en contenido a la de 1923. Las únicas diferencias son puramente editoriales: se ha pulido el estilo, alterado aquí y allá la puntuación, corregido errores de imprenta. Desde entonces, este libro nunca vio nuevamente la luz del día en forma completa. Es sensato presumir que Stalin se ocupó de ello.

En 1965, empero, se incluyó una versión extremadamente trunca en un volumen de obras biográficas escogidas de Lunacharski, en la serie "Las vidas de personas famosas" que publica "Molodaia Guardiia" [La Joven Guardia], la editorial de la Komsomol en Moscú. Esta selección estuvo a cargo de la hija de Lunacharski, Irina, y se ocupó de la edición I. Satz. Expresamente basada en la versión de 1924, omite las semblanzas de Trotski, Zinóviev, Márkov, Fiódor Ivánovich Kalinin y Biessalko. Los tres primeros, obviamente, fueron eliminados porque aún son "personas inexistentes"; Fiódor Kalinin y Biessalko es muy probable que no figuren porque ambos son tan notoriamente oscuros que puede carecer de interés su inclusión en un volumen destinado a los lectores jóvenes, no especializados. El texto de las semblanzas conservadas ha sido recortado significativamente. Para que se comprendan claramente las diferencias, brindamos a continuación una tabla comparativa del contenido de las cuatro ediciones:

<u>1919</u>	<u>1923</u>	<u>1924</u>	<u>1965</u>
Introducción	Prólogo	Prólogo	
<i>Mi historia</i>			
<i>en el</i>			
<i>partido</i>			
<i>Lenin</i>	<i>Lenin</i>	<i>Lenin</i>	<i>Lenin</i>
<i>Trotsky</i>	<i>Trotsky</i>	<i>Trotsky</i>	
<i>Zinóviev</i>	<i>Zinóviev</i>	<i>Zinóviev</i>	
	<i>Plejánov</i>	<i>Plejánov</i>	<i>Plejánov</i>
	<i>Sverdlov</i>	<i>Sverdlov</i>	<i>Sverdlov</i>
	<i>Volodarski</i>	<i>Volodarski</i>	<i>Volodarski</i>
	<i>Uritski</i>	<i>Uritski</i>	<i>Uritski</i>
<i>Mártov</i>	<i>Mártov</i>	<i>Mártov</i>	
	<i>Kalinin</i>	<i>Kalinin</i>	
	<i>Biessalko</i>	<i>Biessalko</i>	

La edición de 1965 no contiene interpolaciones en el texto de 1924, pero el editor manifiesta que "se publica [...] con omisiones menores y correcciones de errores obvios". Esto no es más que un eufemismo por suppressio veri. Algunos cortes son indicados así: (...). Otros no se indican en absoluto. Las variaciones estilísticas menores entre los textos de 1923 y 1924 no afectan el sentido y no vale la pena registrarlas.

Los cortes en el texto de 1924 introducidos en la edición del 65 son de dos tipos: los de fragmentos que aluden a figuras tabúes, como Trotsky y Zinóviev, y los que mencionan a Lenin en términos de algo menos que admiración total. De suerte que la semblanza de Lenin en la edición de 1965 resulta tan chata y acritica como cualquier otra mal pergeñada pieza de hagiografía leninista, despojada

de esas suaves alusiones a insuficiencias o errores del líder bolchevique, alusiones que dan al retrato trazado por Lunacharski un grado, raro en la literatura soviética, de humanidad y verosimilitud.

MICHAEL GLENNY

SEMBLANZAS DE REVOLUCIONARIOS

PRÓLOGO

El presente libro ha sido preparado sobre la base de una serie de artículos, escritos en ocasiones diversas, acerca de algunos de nuestros camaradas en el P.C.R.

Debo comenzar por una advertencia: no se trata de biografías, ni de testimonios, ni de retratos, sino meramente de semblanzas. Su virtud, y al mismo tiempo su limitación, consiste en que se fundan enteramente en recuerdos personales.

En 1919 el editor Grzhebin, a quien conocía de antes y que me recomendara Maxim Gorki, me solicitó que comenzara a escribir mis memorias sobre la Gran Revolución. Pronto estuve en condiciones de entregarle el primer volumen —o, mejor dicho, el preliminar— en el cual procuré que los lectores se familiarizaran conmigo, como punto de referencia para juzgar los aspectos más bien subjetivos de mi “crónica”, y con las principales *dramatis personæ* de la revolución, en cuanto las conozco y en cuanto el conocimiento de sus modos de ser y de los hechos de sus vidas anteriores a la revolución me pareció merecer una exposición adicional.

El libro, no obstante, experimentó un destino extraño. En momentos en que las circunstancias me impedían trabajar en él, y cuando había llegado a la convicción de que era sencillamente im-

posible escribir memorias sobre hechos de la revolución que ni en un solo caso se habían asentado (entre otras la obra de Sujánov, en varios volúmenes, acerca de la revolución, me había convencido ya de esto); en momentos en que, así me parecía, cualquier descripción prematura de esos hechos sin un estudio apropiado de los documentos sería demasiado subjetivo y poco menos que ensayístico, Grzhebin, sin mi conocimiento, publicó el primer tomo de mis proyectadas memorias. Aparentemente continúa haciéndolo, en el extranjero, sin autorización alguna de mi parte.

Creo que es forzoso dejar constancia aquí de esos hechos, para evitar cualquier equívoco acerca de la naturaleza de esta obra.

He decidido tomar de la misma, en forma ligeramente modificada, mis semblanzas de los camaradas Lenin, Trotski y Zinóviev. Pienso aún que esos bosquejos son totalmente fieles e imparciales y que alguna gente puede encontrarlos útiles, en particular jóvenes miembros del P.C.R. o simpatizantes fuera de la organización partidaria.

La principal insuficiencia de estas semblanzas es que se fundan exclusivamente en material anterior a 1917. Pido disculpas también por el hecho de que en uno o dos lugares me he visto obligado, *en passant*, a hablar de mí mismo.

He alargado el ensayo sobre el camarada Zinóviev.

A las semblanzas más importantes he agregado una de Mártov, también tomada de mi libro "La Gran Revolución", y mis necrologías de Uritski, Kalinin y Biessalko, y he redactado de nuevo mis breves memorias sobre Volodarski y Sverdlov, ya que mis escritos anteriores acerca de ellos se han extraviado.

Mis rápidas reminiscencias sobre Plejánov las escribí a pedido del director de la revista "Pod Znamiem Marxisma" [Bajo la Bandera del Marxismo], en cuyas columnas se publicaron durante el año en curso.

A. LUNACHARSKI

Moscú, 20/III/1923

VLADIMIR ILICH LENIN

No intentaré aquí escribir una biografía más de Lenin, pues no hay carencia de otras fuentes. Sólo me referiré a lo que conozco de él a través de nuestras relaciones personales y a mis propias impresiones directas sobre el hombre.

La primera vez que oí algo de Lenin fue de labios de Axelrod,¹ después de la publicación de un libro² escrito por "Tulin".³ Yo aún no había leído el libro, pero Axelrod me dijo: "Ahora podemos decir realmente que existe un movimiento socialdemocrático genuino en Rusia y que han empezado a emerger pensadores socialdemócratas."

"¿Qué quiere decir con eso?", le pregunté. "¿Qué piensa usted de Struve,⁴ qué de Tugán-Baranovski?"⁵ Axelrod sonrió un tanto enigmáticamente (en realidad una vez había manifestado tener la mejor opinión de Struve) y dijo: "Sí, pero Struve y Tugán-Baranovski... todo eso son muchísimas páginas de teorización pedante, muchos datos históricos sobre la evolución de la intelectualidad académica rusa; Tulin, por el contrario, es un producto del movimiento obrero ruso, es ya una página en la historia de la revolución rusa."

Naturalmente, en el extranjero (yo estaba en Zurich por esa época) la obra de Tulin se leía con extrema avidez y era centro de los comentarios más diversos. Después de eso no oí de él más que rumores sobre su arresto y su deportación a Krasnoiarsk,⁶ con Márto⁷ y Pótresov.⁸ Lenin, Márto⁷ y Pótresov parecían ser amigos absoluta-

mente inseparables; se combinaban en una imagen colectiva de la jefatura puramente rusa del movimiento obrero, de reciente formación. ¡Qué curioso resulta ahora ver cuán diferentes caminos habrían de seguir esos “tres amigos”!

El próximo libro que nos llegó fue “Sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia”.⁹ Aunque personalmente me atraían menos los problemas puramente económicos —ya consideraba indiscutibles las características y el desarrollo del capitalismo en Rusia— quedé sorprendido por la fundamentación estadística, enormemente sólida, del libro y el ingenio de la argumentación. Me pareció en esa oportunidad (y efectivamente ocurrió así) que este libro asestaría el golpe de muerte a todas las infundadas nociones de la ideología populista [narodnique].¹⁰

Estaba yo en el exilio cuando comenzaron a llegarnos noticias del II Congreso.¹¹ Era en la época en que “Iskra”¹² había comenzado a publicarse y ya estaba consolidando su posición. Me pronuncié sin vacilar a favor de “Iskra” pero conocía poco de su contenido, pues aunque obtuvimos todos los números, los recibíamos a intervalos sumamente irregulares. Con todo, teníamos la impresión de que el trío inseparable —Lenin, Mártov y Pótresov— se había fundido indisolublemente con la trinidad exiliada constituida por Plejánov,¹³ Axelrod y Zasúlich.¹⁴ Sea lo que fuere, las noticias de la escisión en el II Congreso nos cayeron como un rayo en un cielo sin nubes. Sabíamos que el II Congreso sería escenario de las últimas jugadas en la lucha contra “Rabócheic Dielo” [La Causa Obrera],¹⁵ pero que el cisma llegara a colocar a Mártov y Lenin en campos opuestos y que Plejánov fuera a quedar “escindido”

a mitad de camino entre ambos, nada de eso nos había pasado por la cabeza.

La primera cláusula en los estatutos del partido, ¿era en realidad algo que justificara una escisión?¹⁶ Un barajamiento de cargos en el grupo editorial... ¿qué ocurría con esa gente en el extranjero, se habían vuelto locos? Esa escisión nos perturbaba más que cualquier otra cosa, y tratábamos, fundándonos en la magra información que se filtraba hasta nosotros, de desentrañar el significado de lo que sucedía. No dejaban de circular rumores de que Lenin era un perturbador y divisionista, que quería a toda costa erigirse en autócrata del partido; que Mártov y Axelrod habían rehusado, por así decirlo, rendirle pleitesía como gran mandamás del partido. Con esta interpretación, empero, chocaba frontalmente la posición adoptada por Plejánov, cuya actitud inicial, como es sabido, fue de alianza estrecha y amistosa con Lenin. No mucho después Plejánov desertó hacia el bando menchevique, pero para todos los que estábamos en la deportación (y no sólo en Vólogda,¹⁷ sospecho) eso ocurrió para gran descrédito de Gueorgui Valentínovich. Los marxistas nada teníamos que ganar con esos súbitos cambios de posición.

En pocas palabras, estábamos bastante a oscuras. Debo agregar que los camaradas en Rusia que apoyaban a Lenin eran más bien imprecisos respecto a lo que ocurría. Si fuéramos a mencionar personalidades, diríamos que sin duda fue Alexandr Alexándrovich Bogdánov¹⁸ quien le dio el apoyo más efectivo. Fue entonces, creo, cuando la adhesión de Bogdánov a Lenin resultó de importancia más decisiva. Si no hubiera respaldado a

Lenin las cosas probablemente habrían progresado con mucho mayor lentitud.

¿Pero por qué Bogdánov se asoció a Lenin? Entendió que la desavenencia que se había producido en el congreso era primariamente una cuestión de disciplina: una vez que una mayoría (aunque lo fuera por un solo voto) había votado por las fórmulas de Lenin, la minoría tendría que haberse sometido; en segundo término, consideró que el choque lo era entre la sección rusa del partido y los exiliados. Aunque Lenin no tenía de su lado un solo gran hombre, contaba, prácticamente sin excepción alguna, con todos los delegados procedentes de Rusia; apenas Plejánov cambió de bando, todos los grandes nombres *emigrés* quedaron agrupados en el campo menchevique.

Bogdánov describía la escena, aunque no del todo correctamente, de esta manera: en el partido, los aristócratas exiliados se habían negado a comprender que actualmente éramos un verdadero partido, y que lo que ahora importaba, por sobre todo, era la voluntad colectiva de los que ejecutaban un trabajo práctico en Rusia. Sin duda alguna esta línea, que dio origen, entre otras, a la consigna: "Un solo centro partidario... y en Rusia", ejercía un efecto lisonjero y alentador sobre los numerosos comités en Rusia, que entonces se expandían en una amplísima red por todo el país.

Pronto resultó claro gente de qué índole atraía cada una de las dos facciones: a los mencheviques se sumaban la mayoría de los intelectuales marxistas en las capitales, y tenían un éxito innegable, asimismo, entre los trabajadores más calificados; los principales adherentes de los bolcheviques eran de hecho los miembros de comité, esto es, los trabajadores del partido en las provincias,

los revolucionarios profesionales. Éstos se reclutaban entre intelectuales de tipo obviamente diferente: no estudiantes y profesores académicos marxistas, sino hombres que se habían consagrado irrevocablemente a su profesión; la revolución. Eran en gran medida estos elementos a los que Lenin atribuía una significación tan enorme y a los que llamaba "bacterias de la revolución"; fue ese sector el consolidado por Bogdánov, con el apoyo activo del joven Kámenev¹⁹ y otros, en el famoso Buró Organizativo de Comités de la Mayoría, que habría de proporcionar a Lenin su ejército.

Por ese entonces Bogdánov había cumplido su condena como deportado y pasaba una temporada en el extranjero. Yo estaba absolutamente convencido de que aquél tenía que haber evaluado con suficiente corrección los problemas, y por eso, en parte porque confiaba en él, también adopté una posición pro-bolchevique.

Finalizada mi deportación, me las arreglé para ponerme en contacto con el camarada Krzhizhanovskii²⁰ en Kíev; por ese entonces el mismo desempeñaba un papel realmente importante y era un amigo cercano del camarada Lenin, aunque oscilaba entre la posición estrictamente leninista y la conciliadora. Fue él quien me dio informes más detallados en torno a Lenin. Lo describió con entusiasmo, e hizo hincapié en su poderosísimo intelecto y su energía inhumana; me contó que era excepcionalmente benévolo y un magnífico amigo, pero subrayó también que Lenin era ante todo un ser político, y que si rompía con alguien políticamente cortaba de un golpe sus relaciones personales con él. Lenin combatía, según Krzhizhanovski, sin piedad y sin andarse con rodeos. Justo

cuando comenzaba yo a construir una imagen primordialmente romántica del hombre en mi imaginación, Krzhizhanovski añadió: "Y atención, tiene el aspecto de un paisano acomodado de Iaroslavl, de un pequeño *muzhik* taimado, sobre todo cuando usa barba".

Muy poco después de haber regresado a Kíev de la deportación recibí una orden directa del Buró de Comités de la Mayoría para viajar inmediatamente al extranjero y unirme al equipo que editaba el órgano central del partido.²¹ Así lo hice. Pasé varios meses en París, en parte porque quería realizar un estudio más profundo de las causas a las que obedecía la escisión partidaria. Sin embargo, una vez en París me encontré de inmediato al frente del pequeñísimo grupo bolchevique local y pronto me vi envuelto en la lucha contra los mencheviques. Lenin me escribió un par de esquelas, en las cuales me acuciaba a que me trasladase a Ginebra. Al fin de cuentas, fue él quien vino a París.

Su llegada fue para mí un tanto inesperada. No me causó una muy buena impresión en el primer momento. Su aspecto exterior me pareció, en cierto modo, desmayadamente incoloro y no dijo nada muy concreto, salvo insistir en que partiera inmediatamente a Ginebra.

Estuve de acuerdo en hacerlo.

Al mismo tiempo, Lenin decidió pronunciar en París una conferencia importante sobre las perspectivas de la revolución rusa y el destino del campesinado de nuestro país. Fue en esa disertación cuando lo oí por primera vez como orador. Lenin estaba transformado. Me impresionó profundamente por esa energía concentrada con que hablaba, por sus ojos penetrantes que se volvían casi

sombríos cuando perforaban como un taladro a su audiencia, por los gestos monótonos pero apremiantes del orador, por esa dicción fluida tras la que se adivinaba la voluntad de poder: Comprendía que como tribuno ese hombre estaba destinado a dejar una señal poderosa e indeleble. Y ya conocía yo la amplitud de la fuerza de Lenin como publicista: su estilo poco atildado pero extraordinariamente claro, su capacidad de presentar una idea, por complicada que fuera, en forma pasmosamente simple y de transformarla de tal modo que finalmente quedase cincelada en cualquier mente, por más embotada y poco acostumbrada a pensar políticamente que ésta fuese.

Sólo después, mucho después, llegué a percibir que las mayores dotes de Lenin no eran las del tribuno o publicista, ni siquiera las del pensador, pero aun en esos días lejanos resultó obvio para mí que el rasgo dominante de su carácter, la condición que constituía la mitad de su modo de ser, era su voluntad: una voluntad extremadamente firme, extremadamente pujante, capaz de concentrarse en el objetivo más inmediato y que nunca se desviaba del radio trazado por su poderoso intelecto, el cual asignaba a cada problema aislado su lugar como eslabón de una inmensa cadena política de amplitud mundial.

Creo que el día siguiente al de la conferencia fue cuando, no recuerdo por qué razón, visitamos al escultor Aronson,²² con quien mantenía yo entonces una firme amistad. Al observar la cabeza de Lenin, Aronson quedó extasiado y le rogó que le permitiera esculpir por lo menos un medallón con su efigie. Me hizo ver que existía una sorprendente semejanza entre Lenin y Sócrates. Debo agregar, incidentalmente, que Lenin tenía un parecido mu-

cho mayor con Verlaine que con Sócrates. Recientemente se ha publicado un grabado del retrato de Verlaine hecho por Carrière,²³ y ya por aquel entonces estaba en exhibición un famoso busto de Verlaine, más tarde adquirido por el museo de Ginebra. Hay quienes, en efecto, han señalado el singular parecido entre Verlaine y Sócrates, consistiendo la semejanza principal en la forma magnífica de la cabeza. La estructura del cráneo de Vladímir Ilich es realmente llamativa. Es necesario estudiarlo por un instante para que, en lugar de la primera impresión de una cabeza sencilla, grande y calva, se comience a apreciar la potencia física, los contornos de la colosal bóveda de su frente y a percibir algo que sólo puedo describir diciendo que se trata de una irradiación física luminosa que brota de su superficie.

El escultor, naturalmente, lo captó en un instante.

Un rasgo, además, que le daba un mayor parecido con Verlaine que con Sócrates era el par de ojillos profundamente implantados y terriblemente penetrantes. Pero mientras que en el gran poeta esos ojos eran sombríos y más bien apagados (a juzgar por el retrato de Carrière), en Lenin son burlones, colmados de ironía, chispeantes de inteligencia y de un regocijo zumbón. Sólo cuando habla se vuelven sombríos y literalmente hipnóticos. Lenin tiene ojos muy pequeños, pero son tan expresivos, tan sugerentes que más tarde me sorprendió frecuentemente su vivacidad espontánea.

Los ojos de Sócrates, a juzgar por sus bustos, eran más bien protuberantes.

En la parte inferior de la cabeza se apreciaba

otra semejanza significativa, especialmente cuando Lenin usa la barba crecida. Igualmente que en Sócrates, en Verlaine y Lenin la barba crece de manera similar, ligeramente desaliñada y en voladizo. En los tres la región inferior del rostro es algo informe, como si hubiera sido arrojada descuidadamente por un escultor apresurado.

Una nariz grande y labios gruesos dan a Lenin un aspecto algo tártaro, lo cual en Rusia es, por supuesto, de fácil explicación. Pero nariz y labios exactamente iguales, o casi iguales, se encuentran en Sócrates, hecho particularmente llamativo en Grecia, donde un conjunto de rasgos de ese tipo se atribuía habitualmente tan sólo a los sátiros. Lo mismo ocurría con Verlaine. Uno de los amigos íntimos del poeta lo apodaba "El Calmuco". En los bustos del gran filósofo, el semblante de Sócrates luce principalmente la impronta del pensamiento profundo. Creo, sin embargo, que si hay un grano de verdad en las descripciones que de él nos dejaron Jenofonte y Platón, Sócrates debió de ser hombre ingenioso e irónico; en el juego vivaz de sus rasgos habría, supongo, un parecido aun mayor con Lenin que lo que muestra el busto. Asimismo, en los dos más famosos retratos de Verlaine prevalece ese talante melancólico, ese aire decadente de tono menor que, por supuesto, dominaba en su poesía; todo el mundo sabe, empero, que Verlaine, especialmente en la fase inicial de sus arrebatos alcohólicos, era persona de temperamento alegre e irónico, y creo que de nuevo aquí la semejanza era mayor que lo que parece.

¿Qué se desprende de este extraño paralelo entre un filósofo griego, un gran poeta francés y

un gran revolucionario ruso? La respuesta es, desde luego, que... nada. Si algo se infiere de esa semejanza, es simplemente que puede encontrarse rasgos similares en hombres que por su genio son tal vez de igual rango, pero cuyas mentes son de naturaleza enteramente diferente; aparte eso, el paralelo me brindó una oportunidad de describir el aspecto de Lenin en términos más o menos gráficos.

Cuando trabé con Lenin una relación más profunda pude apreciar otro de sus rasgos que no es inmediatamente palpable: su pasmosa vitalidad. La vida bulle y chisporrotea en él. Hoy, cuando escribo estas líneas, Lenin ya tiene cincuenta años; empero es hombre joven, todo el tono de su vida es juvenil. ¡Cuán contagiosa, cuán agradablemente, con qué facilidad infantil se ríe, qué fácil es entretenerlo, qué bien dispuesto está para la risa, para esa expresión de la victoria del hombre sobre las dificultades! En los peores momentos que él y yo sobrellevamos juntos, Lenin permanecía imperturbablemente calmo y tan dispuesto como siempre a reír con jovialidad.

Había, incluso, algo singularmente atractivo en su ira. A pesar de que, en los últimos tiempos, su disfavor podía aniquilar a docenas y tal vez centenares de personas, siempre controlaba su cólera y la expresaba casi como si no fuera auténtica. Era como una tormenta "que parecía divertirse y jugar, retumbar en un claro cielo azul". A menudo he notado que junto a ese aparente furor, a esas palabras coléricas, a esos dardos de emponzoñada ironía, brillaba en su mirada una risa ahogada; era perceptible, también, su capacidad de terminar en un santiamén con la escena de cólera, que evidentemente había suscitado porque cuadraba con

sus propósitos. En su fuero interno no sólo se mantenía calmo, sino también jovial.

En su vida privada, asimismo, prefiere el tipo de diversión que es sin pretensiones, directa, simple y bulliciosa. Sus predilectos son los niños y los gatos; en ocasiones juega con ellos durante interminables horas. Lenin también infunde a su trabajo la misma cualidad lozana, vitalizadora. No podría decir, fundándome en mi experiencia personal, que es terriblemente diligente; ocurre que nunca lo he visto sumido en un libro o inclinado sobre su escritorio. Escribe sus artículos sin el menor esfuerzo, de una sola vez y sin errores ni necesidad de revisión. Los puede redactar en cualquier momento del día; por lo general de mañana, después de levantarse, pero escribe igualmente bien de noche, tras una jornada agotadora, o a cualquier otra hora. En los últimos tiempos sus lecturas, con la posible excepción de un breve intervalo pasado en el extranjero durante el período de reacción, han sido más fragmentarias que extensivas, pero de cada libro, de cada página que lee, Lenin extrae algo nuevo, atesora alguna idea esencial que más tarde empleará como arma. No lo estimulan particularmente las ideas que son afines a su propio pensamiento, sino más bien las que están en conflicto con él. El ardiente polemista vive siempre en él.

Pero si sería ligeramente ridículo llamar laborioso a Lenin, por otra parte él es capaz de realizar un esfuerzo enorme cuando es necesario. Casi estaría dispuesto a decir que es absolutamente incansable; si no lo hago, en sentido estricto, es porque sé que los esfuerzos inhumanos que en los últimos tiempos se ha visto obligado a efectuar, han hecho decaer en algo su capacidad hacia el final

de cada semana, por lo cual se ha visto obligado a descansar. *

Pero es uno de esos hombres que saben cómo descansar. Lo hace como quien toma un baño, y en esas ocasiones deja de pensar sobre los problemas; se dedica totalmente al ocio y, cuando es posible, a sus entretenimientos favoritos y a bromear. De esta manera emerge del más breve período de descanso fresco y listo nuevamente para la lid.

Es el manantial de vitalidad chisporroteante y en cierto modo ingenua, junto con la sólida riqueza de su intelecto y su intensa voluntad de poder, lo que constituye la fascinación de Lenin. Esa fascinación es colosal: la gente que se aproxima a su órbita no sólo se convierte en adeptos de él como líder político, sino que, de cierta manera extraña, se enamora de él. Esto vale para personas de los niveles y tipos mentales más diversos, que van desde hombres enormemente sensibles y dotados como Gorki hasta un tosco campesino de las profundidades del país; desde un cerebro político de primera clase como Zinóviev hasta algún soldado o marino que apenas ayer integraba las pandillas de las "Centurias Negras",²⁴ exterminadoras de judíos, y que hoy está dispuesto a jugarse la desgredada cabeza por el "líder de la revolución mundial, Ilich". Esta forma familiar de su nombre, Ilich, se ha difundido tanto que la usa gente que nunca ha visto a Lenin.

Cuando Lenin yacía herido —temíamos que

* Al releer estas líneas ahora, en marzo de 1923, cuando Lenin está gravemente enfermo, me siento obligado a reconocer que ni él ni nosotros lo cuidamos suficientemente. Aun así, estoy convencido de que la hercúlea constitución de Vladímir Ilich se sobrepondrá a su enfermedad y de que no pasará mucho antes que vuelva a empuñar el timón del P. C. R. y de Rusia.

mortalmente— nadie expresó mejor que Trotski nuestros sentimientos respecto a él. En medio del tumulto aterrador de los acontecimientos mundiales fue Trotski, el otro jefe de la revolución rusa, un hombre de ninguna manera proclive al sentimentalismo, quien dijo: "Cuando uno comprende que Lenin puede morir, parece que nuestras vidas enteras son inútiles y que se pierde la voluntad de vivir".

Pero volvamos al hilo de mis recuerdos sobre Lenin anteriores a la Gran Revolución: en Ginebra Lenin y yo trabajamos juntos en el cuerpo de redacción de la revista "Vperiod", luego en "Proletari". Lenin era una buena persona para trabajar con él como director. Escribía mucho y escribía con facilidad, como señalé antes, y tenía una actitud muy consciente para con el trabajo de sus colegas: frecuentemente lo corregía, daba consejos y lo regocijaba cualquier artículo talentoso y convincente.

En el primer período de nuestra vida ginebrina, hasta enero de 1905, ocupamos la mayor parte de nuestro tiempo en la contienda interna del partido. Me sorprendió aquí la profunda indiferencia de Lenin hacia toda forma de escaramuza polémica. Daba muy poca importancia a la lucha por captar a los lectores del exilio, que en su mayoría apoyaban a los mencheviques. Falta-ba a muchos solemnes debates y tampoco me exhortaba a que asistiera yo a los mismos. Prefería que invirtiera mi tiempo en escribir artículos extensos y ensayos.

Su actitud ante sus enemigos estaba exenta de encarnizamiento, no obstante lo cual era un adversario político terrible; explotaba cualquier pifia que cometieran y exageraba la menor caída

al oportunismo. En esto, incidentalmente, tenía toda la razón del mundo, ya que más adelante los propios mencheviques soplarían con el fuelle sus chispas de antaño hasta convertirlas en un fenomenal incendio oportunista. Nunca chapoteó en las intrigas, aunque en la lucha política recurría a cualquier arma que no fuera deshonestas. Los mencheviques, debo dejar la constancia, se comportaban exactamente de la misma manera. Las relaciones entre los dos bandos eran, sea como fuere, bastante malas y no había muchos, entre los que en aquel tiempo eran adversarios políticos, que fuesen capaces de mantener algún tipo de relaciones personales normales. Para nosotros, los mencheviques se habían convertido en enemigos. Dan, en particular,²⁵ envenenó la actitud de los mencheviques para con nosotros. Lenin siempre había detestado a Dan, mientras que simpatizó siempre y sigue simpatizando con Márto* pero invariablemente lo consideró como políticamente débil y proclive a perder de vista los objetivos principales en sus alambicadas teorizaciones políticas.

Con el desenvolvimiento progresivo de los sucesos revolucionarios las cosas cambiaron en sumo grado. Primeramente, comenzamos a adquirir algo así como una superioridad moral sobre los mencheviques. Fue entonces cuando éstos adhirieron firmemente a la consigna; poner delante a la burguesía y luchar por una constitución o, en el mejor de los casos, por una república democrática. Nuestra conversión en técnicos de la revolución, como alegaban los mencheviques, atraía una par-

* En momentos en que reviso las últimas pruebas de esta "semblanza" me llega la noticia de que Márto ha fallecido.

te considerable de la opinión entre los exiliados, particularmente entre los jóvenes. Podíamos sentir que el terreno que pisábamos era firme. En esos días Lenin estaba espléndido. Con el mayor entusiasmo exponía el panorama de las implacables luchas revolucionarias venideras. Ardiendo de coraje, partió hacia Rusia.²⁶

Por ese entonces me fui a Italia, debido a mi mala salud y mi agotamiento, y sólo mantuve contacto con Lenin mediante una correspondencia que mayormente se refería a problemas de política práctica concernientes a nuestro periódico.

Mi próximo encuentro con él ocurrió en Petersburgo. Me siento obligado a decir que esa etapa de la actividad de Lenin, en 1905 y 1906, a mi juicio fue comparativamente inefectiva. Desde luego, aun entonces escribió gran número de artículos brillantes y siguió siendo el líder del que políticamente era el más activo de los partidos: el bolchevique. Lo observé celosamente en todo ese período, porque fue entonces cuando comencé a estudiar en profundidad buenas fuentes relativas a las vidas de Cromwell y Danton. Al tratar de analizar la sicología de jefes revolucionarios, comparé a Lenin con figuras como éstas y me pregunté si Lenin realmente era el genuino líder revolucionario que había parecido ser. Comencé a pensar que la vida de exiliado había reducido en cierta medida la estatura de Lenin, que para él la lucha partidaria interna con los mencheviques había eclipsado la lucha mucho más grandiosa contra la monarquía y que él tenía más de periodista que de verdadero líder.

Era amargo enterarse de que las disputas con los mencheviques para definir los límites precisos entre las dos fracciones proseguían aun cuando

Moscú estaba hundida en la postración, a consecuencia de una insurrección inexitosa. Además Lenin, por temor a un arresto, sólo hacía raras apariciones como orador; si no recuerdo mal, habló en público una sola vez, bajo el seudónimo de Kárpov. Fue reconocido y se le tributó una tremenda ovación. Actuó por regla general entre bastidores, casi exclusivamente con su pluma y en diversas reuniones de comités de las ramas locales del partido. En pocas palabras: Lenin —me parecía—, aún libraba la lucha más bien en la vieja escala *émigrée*, sin expandir la actividad a las proporciones más grandiosas que la revolución comenzaba entonces a asumir. Aunque lo consideraba todavía como la principal figura política de Rusia, empecé a temer que la revolución careciera de un verdadero líder genial.

El parloteo de Nosar-Jrústaliov²⁷ era, por supuesto, ridículo. Todos comprendíamos que este “líder”, surgido tan repentinamente, carecía absolutamente de futuro. Mucho más ruido y brillantez circundaban a Trotski, pero en aquel entonces todos mirábamos a Trotski como orador muy hábil, si bien algo teatral, pero no como político de primera fila. Dan y Mártov se esforzaban extraordinariamente para librar el combate en las entrañas de la clase obrera petersburguesa, y como siempre lo dirigían contra nosotros, los bolcheviques.

Creo ahora que la revolución de 1905-6 nos tomó algo de sorpresa y que carecíamos de verdaderos conocimientos políticos prácticos. Nuestro último trabajo en la Duma, fue nuestra última obra como exiliados que se transformaban en políticos prácticos al vérselas con los problemas de la política genuinamente nacional, a la cual es-

tábamos más o menos convencidos de que tarde o temprano habríamos de volver; esto fue lo que nos hizo crecer interiormente, lo que alteró completamente nuestra manera de enfocar el problema de la revolución cuando la historia nos convocó por segunda vez. Y ello es particularmente cierto en el caso de Lenin.

No vi a Lenin cuando estuvo en Finlandia,²⁸ ocultándose de las fuerzas reaccionarias. Me lo encontré la próxima vez en el extranjero, en el congreso de Stuttgart.²⁹ Mantuvimos allí una relación sumamente estrecha, aun si hacemos abstracción de que teníamos que conferenciar constantemente por haberme confiado el partido una tarea capital en el congreso. Mantuvimos numerosas discusiones políticas importantes, más o menos en privado, en las cuales sopesamos las perspectivas de la gran revolución social. En esta materia Lenin era generalmente más optimista que yo. En mi opinión los acontecimientos se procesaban con cierta lentitud y nosotros tendríamos que esperar, obviamente, a que el capitalismo se estableciera en los países asiáticos; el capitalismo aún conservaba bastantes municiones en sus polvorines y nosotros no veríamos una auténtica revolución social antes de nuestra vejez. Este punto de vista contrariaba profundamente a Lenin. Cuando yo procuraba exponer mis argumentos, notaba cómo una genuina expresión de pena cruzaba su semblante inteligente y poderoso, y entonces comprendía con cuánta pasión este hombre quería no sólo ver la revolución durante el curso de su vida, sino también esforzarse por crearla. Empero, aunque se negaba a coincidir conmigo, estaba preparado, naturalmente, a admitir con realismo que sería una tarea ardua y a proceder en consecuencia.

Lenin llegó a poseer una enorme perspicacia política, lo que no resulta extraño. Tiene el don de elevar el oportunismo al nivel de lo genial, con lo cual quiero referirme a ese tipo de oportunismo capaz de asir el momento preciso y que siempre sabe cómo explotarlo en pro del objetivo permanente: la revolución. Mientras Lenin estaba empuñado en su gran obra durante la Revolución Rusa mostró algunos ejemplos notables de ese brillante sentido del tiempo; lo expuso meridianamente en su último discurso ante el IV Congreso de la III Internacional,³⁰ un discurso señero, único en su género por el tema que trata y en el cual describe lo que podríamos llamar la filosofía de la táctica de la retirada. Tanto Danton como Cromwell poseían esa misma capacidad.

Debo agregar, incidentalmente, que Lenin fue siempre muy huraño e inclinado, en los congresos internacionales, a moverse en las sombras, quizás porque le faltaba confianza en su conocimiento de idiomas, aunque habla un buen alemán y domina aceptablemente el francés y el inglés. Pese a ello solía reducir sus exposiciones en público a unas pocas frases. Esto ha cambiado desde que Lenin se ha sentido a sí mismo, al principio con titubeos, luego incondicionalmente, como líder de la revolución mundial. Ya en Zimmerwald y Kienthal,³¹ donde yo no estaba presente, Lenin compareció, junto con Zinóviev, para pronunciar una buena cantidad de importantes discursos en lenguas extranjeras. En los congresos de la III Internacional frecuentemente ha dicho extensos discursos, que se negaba a que los tradujeran los intérpretes; por lo general hablaba primero en alemán y luego en francés. Los pronunció con total fluidez y expresó su pensamiento clara y concisamen-

te. Por ello me conmovió en sumo grado un pequeño documento que vi hace poco entre los objetos expuestos en el museo de la "Moscú Roja". Era un cuestionario, con las respuestas escritas por Vladímir Ilich de puño y letra. Junto a la interrogante: "¿Habla usted con fluidez algún idioma extranjero?", Ilich había escrito con trazo firme: "No, ninguno". Una fruslería, si se quiere, pero una fruslería que ilustra perfectamente su modestia inusual. Será apreciada por quienquiera que haya sido testigo de las tremendas ovaciones con que alemanes, franceses y otros europeos occidentales saludaron a Lenin luego que éste pronunció discursos en sus idiomas.

Me siento muy satisfecho de no haber estado envuelto personalmente en nuestra prolongada querrela política con Lenin. Me refiero al episodio protagonizado por Bogdánov, yo y otros, cuando adoptamos una desviación izquierdista y formamos el grupo "Vperiod", ³² en el cual equivocadamente discrepamos con Lenin respecto a su creencia de que el partido debía aprovechar las posibilidades de acción política legal bajo el ministerio reaccionario de Stolipin.

Durante este período de desavenencia, Lenin y yo nunca nos encontramos. Me producía una fuerte desazón la argumentación políticamente despiadada de Lenin cuando la volvía contra nosotros. Creo actualmente que mucho de lo que dividía a bolcheviques e integrantes del "Vperiod" era simplemente un producto de los equívocos e irritaciones de la vida de exiliados, sin olvidar, claro está, nuestras muy serias diferencias de opinión sobre problemas filosóficos; al fin de cuentas, no había suficiente motivo de escisión entre nosotros, ya que unos y otros sólo representábamos

matices de la misma concepción política. Al mismo tiempo, Bogdánov estaba tan fastidiado que predijo que Lenin abandonaría inevitablemente el movimiento revolucionario y aun trató de probar a la camarada E. K. Malinóvskaia³³ que a buen seguro Lenin terminaría haciéndose octubrista.³⁴

Sí, Lenin en verdad se convirtió en octubrista, ¡pero qué octubre tan diferente fue ése!

Me gustaría agregar otra observación a las que hasta aquí he trazado a vuelapluma: a menudo he tenido que colaborar con Lenin en la preparación de resoluciones de todo tipo. Generalmente este trabajo se hacía colectivamente; a Lenin le gustaba el trabajo colectivo en esas ocasiones. Recientemente se me solicitó que realizara un trabajo similar en la resolución para el VIII Congreso³⁵ sobre el problema campesino.

Para ese tipo de trabajo Lenin es siempre muy fértil en recursos; encuentra rápidamente las palabras y frases apropiadas; las escruta desde todos los ángulos, a veces las rechaza. Siempre le satisface recibir ayuda, venga de donde venga. Cuando alguien se las ingenia para proponer exactamente la redacción adecuada, en tales casos Lenin exclama: "Eso es, eso es, bien dicho, dicte eso". Si le parece que algunas palabras son dudosas, se abstraerá un instante, reflexionando con cuidado, y dirá: "Creo que sonaría mejor así..." A veces, tras aceptar risueñamente algunas objeciones, alterará la redacción que él mismo había propuesto con la seguridad de que era correcta.

Bajo la dirección de Lenin este tipo de trabajo siempre se efectúa con extraordinaria celeridad y hasta diría que con alegría. No sólo su propio cerebro funciona al máximo de su capacidad;

estimula en el más alto grado los cerebros de los demás.

Nada más agregaré hoy a estos recuerdos míos, que agrupan buena parte de mis impresiones acerca de Vladímir Ilich en el período previo a la revolución de 1917. Naturalmente, tengo una plétora de impresiones e ideas referentes al genio indiscutible demostrado por él en la dirección de las revoluciones rusa y mundial, lo cual ha constituido la contribución de nuestro líder a la historia.

No he desistido de componer un retrato político más exhaustivo de Vladímir Ilich, fundándome en esa experiencia. Hay, desde luego, toda una serie de nuevas características que han enriquecido mi juicio acerca de él durante estos últimos seis años de nuestro trabajo común, ninguna de las cuales, dejemos constancia, contradice las que he escogido; por el contrario, constituyen nuevos testimonios de primera agua sobre su personalidad. Pero aún no ha llegado el momento de trazar un retrato tan amplio y comprehensivo.

Aquellos compañeros que deseen reeditar estas páginas del primer volumen de "La Gran Revolución" (a las cuales sólo he hecho pequeñas correcciones de redacción) no estarán equivocados, me parece, en su creencia de que también mi trabajo tiene un pequeño lugar en la historia de Rusia y del mundo moderno, historia que en nuestro país siempre y con toda justicia ha despertado un vivísimo interés entre los círculos más amplios.

NOTAS

Lunacharski escribió su primera semblanza de Lenin en 1918 y la publicó en 1919. Más útil que un in-

tento de compendiar los numerosos estudios sobre las actividades de Lenin hasta octubre de 1917, puede resultar en esta ocasión bosquejar las circunstancias que siguieron a la revolución. Lunacharski escribía para gente que vivía en el borrascoso período inmediatamente siguiente a la revolución, una época en la que Lenin justo había comenzado a desempeñar un papel exactamente opuesto al de su previa función de supuesto destructor y usurpador: Lenin era ahora la cabeza de un gobierno ruso precario, de cimientos insuficientes, que había heredado súbitamente, y en su magnificada forma característica del siglo XX, la mayor parte de esos problemas acumulados que habían enloquecido a los anteriores dueños del país. Bruto se cubría ahora con la toga de César e inevitablemente no sólo sus compañeros de conspiración, sino también la muchedumbre que poblaba el escenario y el desconcertado auditorio extranjero, lo veían bajo una luz diferente.

A fines de 1917 y en 1918 el recién nacido régimen bolchevique de Lenin era amenazado desde el exterior y desde el interior. Sobre y ante todo acechaba el hecho terrible, inevitable, de que la Rusia revolucionaria estaba al borde de que el Imperio Alemán le infligiera una derrota militar total. Pese a que Rusia estaba harta de la guerra, la idea de una capitulación suscitaba una violenta reacción "patriótica" tanto en los políticos como en las masas. Por motivos en los que la emoción y el cálculo estaban mezclados inextricablemente, en el país predominaba un estado de ánimo favorable a la guerra; en una tormentosa reunión de líderes bolcheviques, realizada el 8 de enero de 1918, Lenin fue derrotado por una mayoría absoluta, partidaria de seguir luchando. Sin dejarse impresionar por las ilusiones de sus colegas, Lenin contemporizó, manióbró y presionó en favor de la paz. Lo ayudaron los alemanes, que aterrorizaron a los bolcheviques al reiniciar su avance en Rusia el 17 de febrero. Bajo la amenaza formulada por Lenin de que renunciaría, su política de paz fue aprobada a duras penas en el Comité Central el 23 de febrero, y el 3 de marzo de 1918 se firmó el tratado de Brest-Litovsk. Rusia perdió Finlandia, Ucrania, los estados bálticos, Polonia oriental y una amplia faja de territorio en el Cáucaso, pero el cogollo territorial de Rusia se salvó para la revolución; Alemania viró hacia occidente para medirse con los Aliados y fue derrotada a su vez ocho meses más tarde. Lenin había mostrado que era un estadista ruso de talla internacional. Entonces casi nadie era capaz de comprender eso: en Rusia los "comunistas de izquierda" lo acusaban chillonamente de traicionar la revolución, mientras que en el extranjero "The Times" había resumido la opinión oficial de Occidente con estos gruñidos: "[Los Aliados] saben que los maximalistas [bolchevi-

quesl son una banda de anarquistas y fanáticos que han ocupado momentáneamente el poder, gracias a la parálisis de la vida nacional. [...] Saben que Lenin y varios de sus consortes son aventureros de origen judeoalemán y a sueldo de los alemanes..."

Durante el breve respiro ganado en Brest-Litovsk los problemas internos acosaron a Lenin con igual intensidad. La economía estaba en ruinas y el hambre acechaba a las ciudades. La disolución de la sociedad y el socavamiento del respeto a la autoridad, fuera ésta la que fuere, se revelaban como un tremendo obstáculo ahora que los bolcheviques tenían que actuar constructivamente. Tanto los socialrevolucionarios de izquierda como los "comunistas de izquierda" dentro del Partido Bolchevique promovían una perturbación potencialmente peligrosa. Los últimos constituían probablemente la menor de las dificultades que preocupaban a Lenin. Con su gran experiencia acerca de cómo habérselas con los revoltosos del partido, sabía que si se les dejaba charlar a gusto, siempre y cuando se les quitara la posibilidad de influir en las decisiones realmente fundamentales, podía neutralizárseles y a la vez asignarlos a cometidos vitales pero secundarios; el propio Lunacharski, nombrado comisario de educación, constituyó un ejemplo típico de ese habilidoso tratamiento. Los socialrevolucionarios de izquierda eran más difíciles de domesticar, ya que estaban fueran del control directo de Lenin. Se pusieron en las manos de éste, sin embargo, cuando en julio de 1918 montaron una revuelta contra el tratado de Brest-Litovsk, asesinaron a Von Mirbach, el embajador alemán, y coronaron sus hazañas con el asesinato de Uritski, el mes siguiente; el mismo día el atentado casi exitoso contra la propia vida de Lenin, pese a que no se encontraron pruebas de que la agresora, Fanny Kaplan, estuviese vinculada a los socialrevolucionarios, suministró el pretexto final para desencadenar una oleada de terror contra los socialrevolucionarios y otros anti-bolcheviques de diverso jaez.

Los males de la economía rusa, en cambio, eran menos susceptibles de dejarse curar a disparos de fusil, y fue en este sector donde Lenin, en 1918-19, obtuvo relativamente poco. Por el momento, las amenazas, exhortaciones y la improvisación eran las únicas medidas que los bolcheviques parecían capaces de tomar, y no bastaban. Durante los cinco años siguientes Rusia vivió en medio de la estrechez, y es sorprendente que el régimen de Lenin no zozobrara a causa del único problema que no había logrado resolver: el del pan.

No obstante, respecto al problema crucial de la supervivencia, pese a la violenta guerra civil, Lenin se las ingenió para hacer lo que parecía imposible. Un

año después de 1917 —fecha en la cual los oficiales estaban sujetos a ser linchados y las fuerzas armadas eran poco más que una turba peligrosamente anarquizada— se crearon un ejército y una marina rojos, disciplinados, que opusieron un dique a los generales blancos y a sus valédores de la *Entente*. Debe tenerse en cuenta todos esos hechos al leer los amables y admirativos recuerdos de Lunacharski sobre Lenin, anteriores a 1917, que ilustran poco sobre la energía implacable del hombre que domó al tigre ruso.

1. **AXELROD:** Pável Borísovich Axelrod (1850-1928). Seudónimo de Pinjas Boruch Axelrod. Uno de los primeros teóricos marxistas rusos; se contó entre los fundadores del grupo "Liberación del Trabajo", en 1883. Menchevique luego de la escisión de 1903.

2. **UN LIBRO:** Se alude al trabajo de Lenin "El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", publicado en una colección de artículos marxistas, en San Petersburgo, 1895.

3. **"TULIN":** "K. TULIN" fue el primer pseudónimo de Lenin. Lo usó entre 1895 y 1900.

4. **STRUVE:** Piotr Berngárdovich Struve (1870-1944). Uno de los primeros teóricos marxistas rusos. Aunque redactó el primer manifiesto del Partido Socialdemócrata Ruso en 1898, Struve se pasó en 1902 al Partido Kadete, liberal (ver más adelante, página 82). Durante la guerra civil se desempeñó como ministro de relaciones exteriores del gobierno "blanco" de Wrangel en Crimea. Murió en París.

5. **TUGÁN-BARANOVSKI:** Mijaíl Ivánovich Tugán-Baranovski (1865-1919). Profesor de economía en la Universidad de San Petersburgo. Marxista "legal". En 1918, ministro de finanzas en el efímero gobierno ucraniano del atamán Skoropadski.

6. **KRASNOIARSK:** La tercera ciudad rusa, en importancia, al este de los Urales; sobre el curso superior del río Ieniséi, al sur de Siberia central. A partir de febrero de 1897, Lenin pasó en Krasnoiarsk los primeros tres meses de su exilio siberiano.

7. **MÁRTOV:** Iulii Osipóvich Zederbaum, alias Mártov (1873-1923). Ver más adelante, páginas 149 a 161.

8. **PÓTRESOV:** Alexandr Nikoláievich Pótresov (1869-1934). Uno de los primeros socialistas rusos, colaboró con Lenin en los comienzos del periódico del partido, "Iskra" [La chispa]. Después de la revolución de 1905 se hizo menchevique de derecha, pero rompió luego de 1917 con los mencheviques por considerar que la oposición de éstos a los bolcheviques era insuficientemente vigorosa. Emigró en 1927.

9. **"SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALIS-**

MO EN RUSIA": Se publicó en 1909 en San Petersburgo.

10. NARODNIQUE: Nombre aplicado a un movimiento socialista agrario, no marxista, de la segunda mitad del siglo XIX. Fundaba sus teorías de reforma en el sistema campesino ruso de tenencia de la tierra. Empleaba el terrorismo como arma política.

11. II CONGRESO: El II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, realizado en Bruselas y Londres, en 1903, durante el cual se produjo la escisión entre bolcheviques y mencheviques.

12. ISKRA: "La Chispa", periódico de los socialdemócratas rusos, a cuyo consejo de redacción perteneció Lenin entre diciembre de 1900 y octubre de 1903.

13. PLEJÁNOV: Gueorgui Valentínovich Plejánov (1857-1919). Ver más adelante, páginas 95 a 114.

14. ZASÚLICH: Viera Ivánovna Zasúlich (1851-1919). Comenzó su carrera política en filas de los narodnikes. A los 17 años de edad intentó matar a Triépov, gobernador militar de San Petersburgo. El tribunal la absolvió y se le permitió escapar al extranjero. A comienzos de la década de 1880 se volvió marxista, y fue uno de los primeros miembros del Partido Socialdemócrata Ruso.

15. "RABÓCHEIE DIELO" ("La Causa Obrera"): Primer periódico socialdemócrata en Rusia. De 1898 a 1903 representó al agrupamiento oficial del Partido Socialdemócrata en la emigración. La "lucha" aludida era la que existía entre "Rabócheie Dielo" e "Iskra" para ser reconocidos como órgano oficial del partido.

16. LA PRIMERA CLAUSULA EN LOS ESTATUTOS DEL PARTIDO: La redacción de esta cláusula, que establecía las condiciones que debía llenar el miembro del partido, fue uno de los más importantes puntos de discrepancia cuando se produjo la escisión del Partido Socialdemócrata Ruso entre bolcheviques y mencheviques.

17. LOS EXILIADOS EN VÓLOGDA: Se refiere al propio Lunacharski, quien estuvo exiliado en Vólogda de 1900 a 1902. Vólogda, una ciudad en la Rusia europea septentrional, está aproximadamente a mitad de camino entre Moscú y Arjánguelsk.

18. ALEXANDR ALEXÁNDROVICH BOGDÁNOV: Alexandr Alexándrovich Malinovski, alias Bogdánov (1873-1928). Filósofo, sociólogo, economista y médico. Adhirió al Partido Socialdemócrata en la última década del siglo pasado, se volvió bolchevique en la escisión partidaria de 1903. Fue el jefe del grupo bolchevique de izquierda "Vperiod" (ver más abajo). Actuó en la primera guerra mundial como médico castrense.

Después de 1917, aunque al margen entonces del Partido Bolchevique, ejerció influencia como ideólogo comunista un tanto heterodoxo y como teórico del movimiento de "Cultura Proletaria" (ver más adelante). A partir de 1923 se consagró a la medicina; murió al realizar un experimento consigo mismo.

19. KÁMENEV: Lev Borísovich Rosenfeld, alias Kámenev (1883-1936). Ingresó al Partido Socialdemócrata en 1901; bolchevique en 1903. Cercano colaborador de Lenin. Arrestado y deportado a Siberia en noviembre de 1914. Liberado en febrero de 1917. Presidente del Comité Ejecutivo Central de los Soviets. Apoyó a Trotski en la oposición contra Stalin. En 1926-27 embajador soviético en Italia. Condenado y ejecutado en la primera gran "purga", en 1936.

20. KRZHIZHANOVSKI: Gliéb Maximiliánovich Krzhizhanovski (1872-1959). En 1891 se convirtió en marxista. Se recibió de ingeniero en San Petersburgo en 1894. Arrestado y deportado a Siberia en 1895. Emigró a Munich en 1901 y colaboró en la "Iskra". Bolchevique de la primera hora, fue electo miembro del Comité Central del Partido Socialdemócrata en el II Congreso, en 1903. Uno de los organizadores de la huelga ferroviaria en la revolución de 1905. Miembro del Soviet de Moscú durante 1917. A él se debe el plan para la electrificación de Rusia. Fundó el Gosplán (Comisión Planificadora Estatal) y lo dirigió de 1921 a 1930. Vicepresidente de la Academia de Ciencias de la URSS.

21. EL ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO: En 1904, en Ginebra, Lunacharski colaboró editorialmente con el periódico bolchevique "Vperiod"; después del III Congreso del partido en 1905 oficialmente se cerró a "Vperiod", continuado de inmediato bajo el título de "Proletari", que era, más que "órgano central del partido", el vocero de la fracción bolchevique.

22. EL ESCULTOR ARONSON: Naum Aronson, escultor judío ruso nacido en Kieslavaska, Ucrania, Su obra más renombrada es el monumento a Beethoven en Bonn. Ganador en Lieja de la medalla de oro en 1906. Su busto de Lenin se exhibió en el pabellón soviético en la Feria Mundial de 1937 (París).

23. EL RETRATO DE CARRIÈRE: Eugène Carrière (1849-1906). Pintor, grabador y escultor francés.

24. LAS "CENTURIAS NEGRAS": Nombre dado por sus adversarios a organizaciones de extrema derecha, profascistas, que operaron en Rusia a comienzos de este siglo. Recurrieron por primera vez al uso extensivo del pogromo como forma de terror antisemita organizado.

25. DAN, EN PARTICULAR: Fiódor Ilich Gúr-

vich, alias Dan (1871-1947). Casado con la hermana de Mártov. Ingresó al Partido Socialdemócrata en 1894. Compartió con Mártov la jefatura de la fracción menchevique hasta después de 1917. Emigró más tarde y murió en Nueva York.

26. PARTIÓ HACIA RUSIA: Lenin arribó a San Petersburgo el 21 de noviembre de 1905.

27. NOSAR-JRÚSTALIOV: Gueorgui Stepánovich Nosar-Jrústaliiov (1879-1919). (A veces mencionado como "Jrústaliiov-Nosar".) Primer presidente del Soviet de Diputados Obreros en San Petersburgo, durante la revolución de 1905. Menchevique en 1907, más tarde periodista de derecha. Encabezó la efímera "República de Jrústaliiov" en Ucrania, durante la guerra civil. Fusilado por los bolcheviques.

28. FINLANDIA: Para eludir a la policía zarista, Lenin cruzó en enero de 1907 Finlandia, donde pasó cuatro meses en Kuokkala (localidad actualmente dentro del territorio de la URSS).

29. EL CONGRESO DE STUTTGART: Congreso de la II Internacional socialista, realizado en 1907.

30. IV CONGRESO DE LA III INTERNACIONAL: realizado en 1922-23 en Moscú. La III Internacional era el movimiento comunista internacional, dominado por los bolcheviques y conocido usualmente como "Comintern", así llamado para distinguirlo de la II Internacional, "socialista".

31. ZIMMERWALD Y KIENThAL: En setiembre de 1915 algunos socialistas —entre ellos bolcheviques y mencheviques del partido ruso—, discrepantes con el apoyo dado por los demás socialistas al esfuerzo bélico de sus respectivos países, organizaron una conferencia contra la guerra en Zimmerwald, Suiza. Lenin intervino y adoptó una posición antibélica de extrema izquierda. Una segunda conferencia de la misma índole (llamada "el segundo Zimmerwald") tuvo lugar en Kienthal en abril de 1916. La actitud extremista de Lenin encontró fuerte apoyo y produjo como resultado un manifiesto en el que se exhortaba a la clase obrera europea a dejar de combatir entre sí y volverse contra sus explotadores capitalistas.

32. EL GRUPO "VPERIOD": Subfracción radical de los bolcheviques, fundada en 1909 por Bogdánov, discrepaba con Lenin en cuanto a la conveniencia de participar en la Duma. El grupo perdió prontamente importancia política y Lunacharski regresó a las filas de los bolcheviques ortodoxos en 1917.

33. E. K. MALINÓVSKAIA: La mujer de Bogdánov (Malinovski).

34. OCTUBRISTA: Partido político ruso de libe-

rales de extrema derecha, formado en 1905 y dirigido por Alexandr Ivánovich Guchkov y Mijaíl Vladimírovich Rodzianko. El nombre deriva de una proclama imperial, fechada el 17 de octubre de 1905, por la que se concedía una constitución.

35. VIII CONGRESO: Congreso del Partido Bolchevique, realizado en marzo de 1919. Su resolución más importante establecía la separación entre las organizaciones del partido y las del Soviet.

LIEV DAVIDOVICH TROTSKI

Trotski entró a la historia de nuestro partido de manera bastante inesperada y con gran brillantez. He oído que comenzó su actividad socialdemocrática en los bancos del liceo y que lo deportaron antes que cumpliera los 18.

Huyó de su lugar de deportación. Se comenzó a hablar de él cuando apareció ante el II Congreso del partido, en el cual se produjo la escisión. Trotski sorprendió evidentemente a la gente en el extranjero por su elocuencia, su cultura, que era notable para un joven, y su aplomo. Se cuenta de él una anécdota, probablemente no verídica pero, no obstante, característica, según la cual Viera Ivánovna Zasúlich, expansiva como de costumbre, tras haber conocido a Trotski, exclamó en presencia de Plejánov: "Ese joven es un genio, sin duda"; la historia afirma que cuando Plejánov abandonó la reunión le dijo a alguno: "Nunca le perdonaré esto a Trotski". Es un hecho que Plejánov no gustaba de Trotski, aunque creo que ello no se debía a que la buena de Zasúlich lo tuviera por un genio, sino porque Trotski lo había atacado con desusado vigor y en términos realmente poco halagadores. En esa época Plejánov creía ser una figura de majestad absolutamente intangible en los círculos socialdemocráticos; aun los forasteros que discrepaban con él se le aproximaban con las cabezas descubiertas, y el desparpajo de que Trotski hizo gala tenía que enfurecerlo. El Trotski de aquel entonces ostentaba

sin duda una buena dosis de petulancia juvenil. A decir verdad, a causa de su juventud nadie lo tomaba demasiado en serio, pero todos admitían que poseía un talento singular como orador y que no se trataba de un pollo, sino de un aguilucho.

Me encontré con él por primera vez en una fecha relativamente temprana, en 1905, después de los acontecimientos de enero.¹ Trotski había arribado, no recuerdo procedente de dónde, a Ginebra y ambos debíamos hablar ante una gran reunión convocada como resultado de aquella catástrofe. Trotski era entonces inusitadamente elegante, a diferencia del resto de nosotros, y muy apuesto. Su elegancia y su forma despreocupada, condescendiente de hablar a la gente, fuera ésta cual fuere, me produjeron una sorpresa desagradable. Me resultaba extremadamente insufrible ese joven dandi cuando cruzaba las piernas y garabateaba algunos apuntes para el discurso improvisado que debía pronunciar en la reunión. Pero Trotski hablaba muy bien, a no dudarlo.

Habló también en una reunión internacional; yo tuve que hacerlo en francés, por la primera vez, y él en alemán. Para ambos los idiomas extranjeros significaban un obstáculo, pero mal o bien sobrevivimos a la ordalía. Entonces, recuerdo, fuimos nombrados —yo por los bolcheviques, él por los mencheviques— para una comisión que trataría la división de fondos comunes, y en esa ocasión Trotski adoptó un tono peculiarmente áspero y arrogante.

Hasta que volvimos a Rusia después de la primera revolución (1905) no lo vi nuevamente, ni supe mucho de él durante la mencionada revolución. Trotski se mantuvo aparte no sólo de nosotros, sino también de los mencheviques. Cen-

tró su actividad en el Soviet de Diputados Obreros, y junto con Parvus² organizó una especie de grupo separado que publicó un diario pequeño y de bajo precio,³ muy militante y sumamente bien dirigido.

Recuerdo que una vez dijo alguien en presencia de Lenin: "La estrella de Jrústalióv declina; el hombre fuerte en el Soviet actualmente es Trotski". El rostro de Lenin se ensombreció por un instante y luego afirmó: "Bien, Trotski se lo merece por su labor brillante e infatigable".

De todos los mencheviques era Trotski el que estaba más cerca de nuestra línea, pero no recuerdo que participara en las larguísimas conversaciones entre nosotros y los mencheviques sobre el problema de la reunificación. Cuando el congreso de Estocolmo,⁴ él ya estaba arrestado.

Su popularidad entre el proletariado petersburgués en oportunidad de su arresto era enorme, y aumentó aun más de resultas de su comportamiento heroico y pintoresco ante el tribunal. Debo decir que de todos los líderes socialdemócratas de 1905-6 Trotski se reveló, sin duda, como el más preparado, pese a su juventud. Menos que cualesquiera de ellos presentaba Trotski la impronta de cierto tipo de estrechez de visión, característica de los emigrados y que, como he dicho, afectaba aun a Lenin por esa época. Mejor que todos los demás, Trotski comprendió lo que significaba dirigir la lucha política en una escala amplia, nacional. Emergió de la revolución habiendo ganado un grado enorme de popularidad, mientras que Lenin y Mártov no habían adquirido prácticamente ninguna. Plejánov la había perdido en buena medida, por obra de sus tendencias cuasi-kadetes.⁵ Trotski quedó entonces en un primer plano.

Durante la segunda inmigración, Trotski se radicó en Viena, y por lo tanto mis encuentros con él fueron infrecuentes.

En la conferencia internacional de Stuttgart procuró estar en un segundo plano y nos propuso que hiciéramos otro tanto, ya que la reacción de 1906 nos había hecho perder el tren y por ende, no estábamos en condiciones de ganarnos el respeto del congreso.

Con posterioridad Trotski se vio atraído por la línea conciliadora y por la idea de alcanzar la unidad del partido. Dedicó sus esfuerzos, más que cualquier otra persona, a ese objetivo en varias sesiones plenarias, y consagró las dos terceras partes de su labor en el periódico vienés "Pravda" y del trabajo de su grupo a la tarea, completamente sin esperanza, de reunificar el partido.

El único resultado que logró fue el pleno en el cual expulsó del partido a los "liquidadores", casi proscribió a los partidarios de "Vperiod" y aun se las arregló para zurcir —aunque con un hilo extremadamente débil— el desgarrón entre leninistas y martovistas. Fue esa reunión del Comité Central la que, entre otras providencias, envió al camarada Kámenev como cancerbero general de Trotski (Kámenev era, incidentalmente, cuñado de Trotski), pero entre ambos se produjo un desacuerdo tan profundo que muy pronto Kámenev regresó a París. Debo decir aquí y ahora que Trotski era sumamente ineficaz no sólo para organizar el partido, sino aun un pequeño grupo del mismo. Prácticamente no tenía un solo partidario incondicional; si lograba impresionar al partido, ello se debía exclusivamente a su personalidad. Su completa incapacidad de adaptarse a las filas de los mencheviques hizo que éstos reac-

cionaran frente a él como si se tratase de una especie de anarquista socialdemocrático; su conducta los fastidiaba soberanamente. De una identificación total de Trotski con los bolcheviques, en aquel entonces no se podía ni hablar. Parecía estar más cerca de los martovistas y, por cierto, actuaba como si así fuera.

Su arrogancia colosal y una incapacidad o noción de revelar cualquier tipo de benevolencia humana o de ser atento con la gente, la ausencia de esa atmósfera seductora que siempre rodeaba a Lenin, condenaron a Trotski a cierta soledad. Basta sólo con recordar que incluso muchos de sus amigos personales (me refiero, desde luego, a los de la esfera política) se convirtieron en sus enemigos jurados; ocurrió así, a título de ejemplo, en el caso de su principal lugarteniente, Semkovski,⁷ y lo mismo sucedió más adelante con el hombre que era virtualmente su discípulo favorito, Skóbeliev.⁸

Trotski tiene poco talento para trabajar dentro de cuerpos políticos; no obstante, en el gran océano de los acontecimientos políticos, donde esas características personales se vuelven completamente irrelevantes, todas las virtudes de Trotski pasan a un primer plano.

La próxima vez que me encontré con Trotski fue en el Congreso de Copenhague.⁹ A su llegada, por alguna razón, encontró oportuno publicar en "Vorwärts"¹⁰ un artículo en el cual, tras atacar indiscriminadamente a toda la delegación rusa, declaró que en realidad no representaba nada más que un puñado de emigrados. Esto irritó tanto a los mencheviques como a los bolcheviques. Plejánov, que no podía soportar a Trotski, aprovechó la oportunidad para emplazar a Trot-

ski ante una especie de tribunal. Me pareció que eso era injusto y me pronuncié con toda energía en favor de Trotski; serví de instrumento (junto con Riazánov)¹¹ para desbaratar el plan de Plejánov... En parte por ese motivo, y en parte, quizás más aun, por casualidad, Trotski y yo comenzamos a encontrarnos más durante el congreso: pasamos cierto tiempo juntos, charlamos de muchos temas, principalmente políticos, y nos separamos como buenos amigos.

Poco después del Congreso de Copenhague los partidarios de "Vperiod" organizamos nuestra segunda escuela partidaria en Bolonia e invitamos a Trotski para que viniera, dirigiera nuestro curso práctico de periodismo y diera un ciclo de conferencias en torno —si no me equivoco— a las tácticas parlamentarias de los socialdemócratas alemanes y austríacos y la historia del Partido Socialdemócrata Ruso. Trotski aceptó amablemente esa propuesta y pasó alrededor de un mes en Bolonia. Es verdad que mantuvo su propia línea política y procuró apartar a nuestros alumnos de su posición de extrema izquierda y empujarlos hacia una actitud conciliadora y centrista, actitud que, dicho sea de paso, él consideraba que era sumamente de izquierda. Aunque su juego político resultó infructuoso, nuestros alumnos disfrutaron mucho de sus conferencias, extremadamente talentosas. En general durante toda su estada Trotski estuvo inusualmente jovial; era brillante, fue singularmente leal para con nosotros y dejó de sí mismo la mejor de las impresiones. Se constituyó en uno de los colaboradores más sobresalientes de nuestra segunda escuela partidaria.

Mis siguientes reuniones con Trotski fueron

aun más prolongadas y cordiales. Tuvieron lugar en París, en 1915. Trotski ingresó al cuerpo de redacción de "Nashe Slovo",¹² lo cual estuvo acompañado, naturalmente, por las intrigas y sinsabores habituales: algunos recelaban de su actitud, temerosos de que una personalidad tan fuerte pudiera apoderarse totalmente del periódico. Pero este aspecto del problema era de importancia menor. Una dificultad mucho más espinosa lo era la actitud de Trotski hacia Mártov. Queríamos sinceramente promover, sobre una nueva base internacionalista, la reunificación completa de nuestro frente partidario, en todo lo ancho del espectro, desde Lenin hasta Mártov. Me pronuncié por esta orientación y fui en cierta medida el creador de la consigna: "¡Abajo los «derrotistas»,¹³ * viva la unidad de todos los internacionalistas!"¹⁴ Trotski se sumó plenamente a esa posición. Era su sueño de hacía mucho tiempo y parecía justificar toda su actitud del pasado.

No teníamos discrepancias con los bolcheviques, pero con los mencheviques las cosas marchaban de mala manera. Trotski procuró de mil modos persuadir a Mártov de que rompiera sus vínculos con los defensistas.¹⁵ Las sesiones de la junta editora derivaban en interminables discusiones, durante las cuales Mártov, con pasmosa agilidad mental, diría que con una especie de sofistería taimada, eludía responder directamente a la pregunta de si cortaría o no sus relaciones con los defensistas. En ocasiones Trotski lo censuraba encolerizado. Las cosas llegaron al punto de una

* Del contexto se desprende que muy probablemente el empleo aquí del término "derrotistas" constituía un lapsus de la edición inglesa, en lugar de "defensistas". (N. del trad. al esp.)

ruptura casi total entre Trotski y Mártov —a quien el primero, sin embargo, siempre respetó como intelecto político— y al mismo tiempo de una ruptura entre todos nosotros, los internacionalistas de izquierda, y el grupo de Mártov.

En ese período llegó a haber tantos puntos políticos de contacto entre Trotski y yo que manteníamos una relación muy estrecha; me ocurría que en todas las discusiones con los demás redactores sostenía el punto de vista de él, y viceversa. Ambos hablábamos muy a menudo, desde el mismo estrado, en las diversas reuniones de estudiantes exiliados, redactábamos en común proclamas partidarias; en suma, manteníamos una alianza sumamente firme.

Siempre consideré que Trotski era un gran hombre. ¿Quién, desde luego, podría abrigar dudas al respecto? En París su estatura como estadista se había agigantado a mis ojos, y en el futuro crecería más aun. No sé si ello se debía a que lo conocía mejor y él estaba en mejores condiciones para demostrar la medida plena de sus talentos, al trabajar en una escala mayor, o porque de hecho la experiencia de la revolución y de sus problemas lo había hecho madurar y había ampliado el alcance de sus alas.

El trabajo agitativo de 1917 no cae dentro del marco de estas memorias, pero debo decir que bajo la influencia de la tremenda actividad y de los éxitos deslumbrantes de Trotski, algunas personas cercanas a él estaban inclinadas aun a ver en el mismo al verdadero líder de la revolución rusa. Así, por ejemplo, el difunto Moisiéi Solomónovich Uritski,¹⁶ que sentía por Trotski un profundo respeto, una vez me dijo a mí y creo que a Manuiski;¹⁷ “Ahora que ha llegado la

gran revolución uno siente que por inteligente que pueda ser Lenin, comienza a eclipsarse ante el genio de Trotski". Esta evaluación me pareció incorrecta, no porque exagerara las dotes de Trotski y su fuerza de carácter sino porque aún no se había manifestado plenamente el alcance del genio político de Lenin. Es cierto, empero, que durante ese período, después del tempestuoso éxito de su arribo a Rusia y antes de los días de julio, Lenin se mantuvo más bien en un segundo plano, no hablaba a menudo, no escribía mucho, por hallarse empeñado en dirigir el trabajo organizativo en el campo bolchevique, mientras que Trotski fulminaba a sus rivales en los mítines de Petrogrado.

Las dotes más notorias de Trotski eran su talento como orador y como escritor. A mi juicio, Trotski es probablemente el orador más grande de nuestros tiempos. He escuchado a los principales parlamentarios y tribunos populares del socialismo y a muchos oradores famosísimos del mundo burgués, y me resulta difícil nombrar a cualquiera de ellos, salvo Jaurès¹⁸ (a Bebel¹⁹ sólo lo oí cuando era ya un anciano), que pueda parangonarse con Trotski.

Su apariencia imponente, sus gestos elegantes, majestuosos, el ritmo poderoso del discurso, su voz estentórea pero infatigable, la notable coherencia y calidad literaria de su fraseo, la riqueza de sus imágenes, su quemante ironía, su tremendo *pathos*, su lógica rigurosa, límpida como el acero pulido: tales son las virtudes de Trotski como orador. Al hablar puede enhebrar una serie de frases lapidarias, o arrojar unos cuantos dardos certerísimamente dirigidos; puede pronunciar un discurso político improvisado de una calidad que nunca

había apreciado yo salvo en Jaurès. He visto a Trotski dirigiéndose durante dos y media y hasta tres horas a un público que de pie, totalmente silencioso, escuchaba como hechizado su monumental exposición política. La mayor parte de lo que Trotski tenía para decir era conocido por mí, y, desde luego, todo político tiene que repetir a menudo las mismas ideas una y otra vez ante nuevas multitudes. Pero Trotski se ingeniaba para vestir cada vez el mismo pensamiento con diferente ropaje. No sé si pronunció tantos discursos cuando se convirtió en el comisario de guerra de nuestra gran república, durante la revolución y la guerra civil: lo más probable es que el trabajo organizativo y sus incesantes recorridos de un cabo a otro del amplísimo frente le hayan dejado muy poco tiempo para la oratoria, pero aun entonces Trotski era por encima de todo un gran agitador político. Sus artículos y libros son, si se me permite decirlo, discursos congelados: era literario en su oratoria y un orador en literatura.

Es obvio, así, por qué Trotski ha sido también un descollante publicista, aunque, naturalmente, con frecuencia sucede que esa capacidad magnética de sus verdaderos discursos se pierde un tanto en su escritura.

En lo tocante a sus cualidades personales como dirigente, Trotski —ya lo he señalado— era torpe e incompetente en el trabajo en pequeña escala de la organización partidaria. Este defecto llegaría a ser de una evidencia incontestable en lo futuro, ya que fue sobre todo el trabajo realizado en la clandestinidad por hombres como Lenin, Chernov²⁰ y Mártov el que más tarde les permitió a sus partidos competir por la hegemonía en Rusia y después, tal vez, en el mundo.

Trotsky se vio trabado por esas limitaciones muy concretas de su personalidad.

Trotsky, como persona, es cáustico y arrogante. No obstante, después de plegarse a los bolcheviques, en su actitud hacia Lenin siempre mostró —y continúa mostrando— una conmovedora docilidad, llena de tacto. Con la modestia de todos los hombres realmente grandes, reconoce la primacía de Lenin.

Por lo demás, como consejero político las cualidades de Trotsky compiten con sus dones retóricos. Difícilmente podría ser de otra manera, ya que por diestro que pueda ser un orador, si el pensamiento no ilumina su discurso es tan sólo un virtuoso estéril, cuya oratoria semeja a un címbalo tintineante. Puede no ser estrictamente necesario que un orador esté inspirado por el amor, pese a lo que al respecto sostiene el apóstol Pablo, ya que puede estar lleno de odio, pero es esencial que sea un *pensador*. Sólo un gran político puede ser un gran orador, y como Trotsky es en lo fundamental un orador político, sus discursos son la expresión natural de un pensamiento político.

A mi entender Trotsky es incomparablemente más ortodoxo que Lenin, por más que a muchos esto pueda sonarles extraño. Toda la carrera política de Trotsky ha sido un tanto tortuosa: no era ni menchevique ni bolchevique, pero buscó la línea media entre ambos antes de mezclar su arroyo en el río bolchevique, y sin embargo Trotsky realmente se ha guiado por las reglas precisas del marxismo revolucionario. Lenin es a la vez experimentado y creador en el reino del pensamiento político y muy a menudo ha trazado líneas políticas que a posteriori mostraron ser al-

tamente efectivas. Trotski no descuella por tal audacia intelectual: se funda en el marxismo revolucionario y extrae de él conclusiones aplicables a una situación dada. Es extremadamente audaz en la lucha contra el liberalismo y el semi-socialismo, pero no es un innovador.

Al mismo tiempo, Lenin tiene mucho más de oportunista, en el más profundo sentido del término. Esto puede también resultar chocante: ¿otrrora no estuvo asociado Trotski con los mencheviques, esos oportunistas pluscuamperfectos? Pero el oportunismo menchevique era tan sólo la flojedad política de un partido pequeñoburgués. No me refiero a tal suerte de oportunismo; aludo a ese sentido de la realidad que mueve a un hombre a alterar sus propias tácticas, a esa tremenda sensibilidad ante las demandas de la época que impulsa a Lenin ora a afilar ambos filos de su espada, ora a envainarla.

Trotski tiene menos de esa capacidad; su sendero hacia la revolución ha seguido una línea recta. Esas características diferentes se aprecian en la famosa disensión entre los dos líderes de la gran Revolución Rusa respecto a la paz de Brest-Litovsk.²¹

De Trotski suele decirse que es ambicioso. Cabal disparate, desde luego. Recuerdo que Trotski formuló una observación muy significativa cuando Chernov aceptó una cartera ministerial: "¡Qué torpe ambición, renunciar al lugar de uno en la historia a cambio de la extemporánea oferta de un puesto en el gabinete!" No hay en él una pizca de vanidad, es totalmente indiferente a todo título o a los halagos del poder; es, no obstante, inmensamente celoso de su propio papel en la historia, y en ese sentido sí es ambicioso. En esto

creo que es tan sincero como lo es en su amor natural por el poder.

Lenin tampoco es ambicioso, ni en lo mínimo. No creo que Lenin se detenga nunca a reflexionar sobre sí mismo, o siquiera a pensar en lo que la posteridad dirá de él: simplemente, realiza su misión a cabalidad. Lo hace mediante el ejercicio del poder, no porque encuentre dulce a éste sino porque está convencido de la justeza de lo que hace, y no puede tolerar que quienquiera que sea perjudique a la causa. Su ambición deriva de su colosal certeza en la rectitud de sus principios y también, quizás, de una incapacidad (rasgo muy útil en un político) de ver las cosas desde el punto de vista de su oponente. Lenin nunca mira una polémica como una simple discusión; para él una polémica es siempre un choque entre diferentes clases o diferentes grupos, como si fuera un choque entre diferentes especies de humanidad. Una polémica para él es siempre una pugna que bajo ciertas circunstancias puede tornarse en lucha abierta. Lenin siempre acoge con agrado la transición de una pugna a una lucha abierta.

En contraste con Lenin, Trotski sin duda a menudo es propenso a detenerse y reflexionar sobre sí mismo. Trotski valora altamente su papel histórico y probablemente estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio personal, sin excluir el mayor de todos —el de su vida—, con tal de permanecer en el recuerdo de la humanidad circundado por la aureola de un genuino jefe revolucionario. Su ambición tiene las mismas características que la de Lenin, con la diferencia de que es más a menudo proclive a cometer errores; por carecer, como carece, de ese instinto de Lenin casi infalible y por ser un hombre de temperamento colé-

rico, está sujeto, aunque sólo temporariamente, a que la pasión lo ciegue, mientras que Lenin, siempre dominándose a sí mismo, es virtualmente incapaz de dejarse arrastrar por la ira.

Sería inexacto suponer, empero, que el segundo gran líder de la Revolución Rusa es inferior a su colega en todo: existen, por ejemplo, aspectos en los que Trotski indiscutiblemente supera a Lenin: es más brillante, más claro, más activo. Lenin está dotado como ningún otro para presidir el Consejo de Comisarios del Pueblo y guiar la revolución mundial con el toque de su genio, pero nunca hubiera podido habérselas con la misión titánica²² que Trotski echó sobre sus hombros, con esos desplazamientos, rápidos como el rayo, esas asombrosas alocuciones, esas órdenes dadas en el lugar, resonantes como clarinadas; ese papel que ha consistido en ser el constante galvanizador de un ejército debilitado, hoy en un sitio, mañana en otro. No existe sobre la Tierra un solo hombre que pudiera remplazar a Trotski en ese aspecto.

Dondequiera que ocurra una auténtica gran revolución, un gran pueblo siempre encontrará al actor necesario para desempeñar cada papel, y uno de los signos de grandeza de nuestra revolución es el hecho de que nuestro Partido Comunista ha producido en sus propias filas o tomado de otros partidos e incorporado en su propio organismo suficientes personalidades relevantes, aptas como ningunas otras para ejercer cualquier función política que se requiriese.

Y los dos más fuertes entre los fuertes, totalmente identificados con sus papeles, son Lenin y Trotski.

NOTAS

Tanto acaloramiento polémico suscita aún el nombre de Liev Bronstein, alias Trotski, que resulta imposible en unos pocos párrafos hacer otra cosa que tratar de indicar la posición y actitud de Trotski en Rusia cuando Lunacharski escribió esta semblanza, a fines de 1918. Ese instante coincidió tal vez con el cenit alcanzado por Trotski en su extraordinaria carrera. Ésta había sido, hasta entonces, un ejemplo clásico de lo que puede lograrse en política mediante una síntesis de ambición, inteligencia excepcional y osadía sin cortapisas. Aunque se había embanderado con los mencheviques en la escisión partidaria de 1903, Trotski no se prestaba a que se le rotulara mucho tiempo con una divisa faccional y en las reyertas previas a 1917 constituyó siempre una especie de grupúsculo unipersonal, ubicado aproximadamente a mitad de camino entre mencheviques y bolcheviques.

Pero como dice Lunacharski, el corazón de Trotski nunca estaba en las estériles riñas de la política *emigrée*, vivificadas tan sólo por ese período de acción embriagadora que fue la revolución de 1905. Con su necesidad compulsiva de hallarse bajo el haz de los reflectores, Trotski tenía que estar en el centro del estrado, dominando a las multitudes apeñuscadas, o en lo más denso de la acción, donde la lid era más reñida. Ambas posibilidades se le ofrecieron en 1917. Lenin no podía dedicarle mucho tiempo al Soviet de Petrogrado en ese año revolucionario; a Trotski se le dejó que demostrara su pasmosa capacidad de estimular y a la vez controlar esa enorme asamblea, políticamente ineducada y bastante inestable, y de hacerle ganar suficiente crédito político como para convertirse, tras el fiasco de la Asamblea Constituyente —que sólo duró un día—, en el cuerpo soberano de toda Rusia. Cuando en octubre sonó la hora de la acción, el papel de Trotski como jefe del Comité Militar Revolucionario hizo de él el hombre que, bajo la dirección de Lenin, ejecutó la toma bolchevique del poder: durante unos días, Trotski fue virtualmente la revolución rusa.

Por el contrario, su primera tarea como comisario de relaciones exteriores, las negociaciones de paz en Brest-Litovsk, tuvo ribetes de desastre. Desgarrado entre el internacionalismo revolucionario y la ominosa perspectiva de ceder grandes extensiones de territorio ruso a Alemania y Austria, Trotski procuró escapar por la tangente con su tesis de "Ni guerra ni paz", con la esperanza de que de un modo u otro los alemanes tendrían su avance en Rusia. La jugada fracasó y los alemanes acometieron. Frente a la amenaza de renun-

cia por parte de Lenin si no se firmaba el tratado de paz, Trotski cedió de mala gana y las humillantes condiciones germánicas fueron aceptadas. Irritado por su fracaso como diplomático, Trotski, el internacionalista marxista, se lanzó con su enorme energía y sed de acción a desempeñar el cargo de jefe militar del nuevo estado ruso. Como primer comisario de guerra y virtual creador del Ejército Rojo, a partir de una turbamulta desmoralizada y de un cuerpo de oficiales hostil, Trotski tuvo un éxito brillante. Organizó, improvisó, exhortó: corrió incansablemente de un extremo a otro de su inmenso país en un tren blindado. Trotski, uno de los grandes generales aficionados de la historia, batió a los profesionales —los generales rusos “blancos” y las bien pertrechadas fuerzas intervencionistas aliadas— en su propio juego. Fue en el clímax de la guerra civil cuando Lunacharski escribió su semblanza de Trotski, hallándose éste en el pináculo del éxito. Y lo más benévolo es dejar allí al hombre que el norteamericano John Reed, en un transporte de entusiasmo, llamó “el judío más grande desde Cristo” y que en 1940 murió en su exilio mexicano, abatido por el golpe que con un hacha de alpinista le asestó un emisario de Stalin.

1. LOS ACONTECIMIENTOS DE ENERO: El autor alude al “Domingo Sangriento” (9 de enero de 1905), cuando una pacífica manifestación obrera, encabezada por el cura Gapón, desfiló a través de San Petersburgo para entregarle una petición al zar y fue recibida a balazos por las tropas.

2. PARVUS: el doctor Alexander L. Helphand, alias Parvus (1867-1924). De origen germano-ruso, simultáneamente notable intrigante revolucionario y hombre de negocios, Parvus fue el intermediario que entregó fondos del gobierno alemán a los bolcheviques con la finalidad de desorganizar el esfuerzo bélico ruso.

3. UN DIARIO PEQUEÑO Y DE BAJO PRECIO: Este diario, “Nachalo” (El comienzo) sustituyó a “Iskra” (La Chispa) como periódico del partido. Comenzó a publicarse el 10 de noviembre de 1905 en San Petersburgo. Además de Trotski y Parvus, Dan y Márkov colaboraban en él.

4. EL CONGRESO DE ESTOCOLMO: El IV Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso, realizado en abril de 1906. Se le llamó “Congreso de Unificación”, porque temporalmente cerró la brecha entre bolcheviques y mencheviques y readmitió al “Bund” (ver más abajo) en el partido.

5. TENDENCIAS CUASI-KADETES: “Kadete” (de las iniciales rusas de las palabras “demócrata-constitucional” [“konstitutsionno-demokraticheskaia”]) era el nombre del partido político liberal fundado en 1905. El partido dominaba la primera Duma en 1906, y en

las Dumas posteriores constituyó el principal partido de oposición. Los kadetes, y en particular su jefe Mi-liukov, desempeñaron un importante papel en el gobierno provisional. Los bolcheviques pusieron fuera de la ley a los kadetes, después de la toma del poder en octubre (noviembre) de 1917.

6. LIQUIDADORES: Término peyorativo aplicado por Lenin a los mencheviques de derecha que, después de 1905, propusieron que el partido desistiera de sus actividades políticas ilegales y se redujera a utilizar medios legales para promover la causa de los trabajadores, vale decir en sindicatos, cooperativas, etc.

7. SEMKOSVKI: Semión Iúlievich Bronstein, alias Semkovski (1882-?). Periodista. Menchevique hasta 1920, luego adhirió al Partido Bolchevique.

8. SKÓBELIEV: Matviéi Ivánovich Skóbeliev (1885-1939). Ingresó al Partido Socialdemócrata en 1903, trabajó como agitador en Bakú. Diputado menchevique a la IV Duma, en 1912. Ministro de trabajo en el gobierno provisional. Emigró en 1920. Regresó a la URSS en 1922. Liquidado en las purgas de la década de 1930.

9. CONGRESO DE COPENHAGUE: Congreso de la II Internacional, en 1910.

10. VORWÄRTS (Adelante): Órgano central del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD).

11. RIAZÁNOV: David Borisovich Goldendach, alias Riazánov (1870-1938). Socialdemócrata de la primera hora, no adherido a ninguna fracción. En lo tocante a la guerra era internacionalista. Adhirió al grupo "Interregional" de Trotski, que se mantuvo al margen de la lucha entre bolcheviques y mencheviques. Miembro del Partido Bolchevique, 1917. Más tarde director del Instituto Marx-Engels-Lenin. Expulsado del partido y deportado en 1931.

12. "NASHE SLOVO" (Nuestra Palabra): Periódico socialdemócrata ruso, no adherido a ninguna fracción, aunque predominantemente menchevique, fundado en París en 1914. Publicado bajo diversos nombres hasta 1917.

13. DERROTISTAS: Los que compartían la actitud de Lenin en cuanto al resultado de la Primera Guerra Mundial, esto es, que a la revolución le convenía que Rusia fuera derrotada, con lo cual se apresuraría la disolución social y política del antiguo régimen.

14. INTERNACIONALISTAS: Una minoría de socialistas que en toda Europa instaban a la clase obrera —sin mayor éxito— a que no apoyara la guerra entre los gobiernos capitalistas de sus países.

15. DEFENSISTAS: El agrupamiento, mayoritariamente menchevique, dirigido por Plejánov, que adoptó una actitud patriótica ante el esfuerzo bélico de Rusia contra Alemania. A juicio de los defensistas si la Alemania imperialista alcanzaba la victoria, ello sig-

nificaría la extinción del socialismo en todos los países europeos; entre ellos Rusia.

16. URITSKI: Moisiéi Solomónovich Uritski (1873-1918). Ver más adelante, páginas 139 a 147.

17. MANUILSKI: Dmitri Zajárevich Manuïlski (1883-1959). Socialdemócrata en 1903. Perteneció (con Lunacharski) al grupo izquierdista "Vperiod" y al grupo "Interregional". Adhirió a los bolcheviques en 1917. Perteneció al Comité Central del P. C. Ucraniano desde 1920. Delegado de Ucrania a la ONU y "ministro de relaciones exteriores" de Ucrania entre 1944 y 1952.

18. SALVO JAURÉS: Jean Auguste Jaurés (1859-1914). Profesor de filosofía en la Universidad de Tolosa. Líder del Partido Socialista Francés. Fundador y primer director de "L'Humanité". Asesinado por sus concepciones antimilitaristas, al estallar la Primera Guerra Mundial.

19. BEBEL: August Bebel (1830-1913). Viejo socialista alemán. Presidente del SPD. Destacada figura de la II Internacional.

20. CHERNOV: Víktor Mijaílovich Chernov (1873-1952). Pensador radical y dirigente del Partido Socialista Revolucionario (SR), constituido en 1902. Ministro de agricultura del gobierno provisional. Tras la escisión de los socialistas revolucionarios de izquierda (que apoyaron la toma bolchevique del poder en 1917), el Partido Socialista Revolucionario de derecha ganó una mayoría en la Asamblea Constituyente. Chernov huyó de Rusia durante la guerra civil. Murió en Nueva York.

21. DISENSIÓN RESPECTO A LA PAZ DE BREST-LITOVSK: Lenin, consciente del colapso total del ejército ruso en 1918 y de las consecuencias que tendría la ocupación de Petrogrado por los alemanes, exigía la paz a cualquier precio; Trotski, principal negociador bolchevique con los alemanes en Brest-Litovsk, rehusó firmar el tratado y proclamó un estado de "ni paz ni guerra", vale decir, un armisticio unilateral declarado por Rusia y la retirada de las tropas rusas. Lenin se impuso, tras un furioso debate en el Comité Central del partido y Sokólnikov y Chicherin aceptaron, en nombre de Rusia, las severas condiciones de paz alemanas.

22. MISIÓN TITÁNICA: Se refiere a la labor de Trotski como comisario de guerra (1918-1922), cuando virtualmente creó el Ejército Rojo y derrotó a las fuerzas combinadas de los aliados y de los rusos "blancos".

GRIGORI OVSEIEVICH ZINOVIEV

Cuando llegué a Ginebra en 1904 me integré a la redacción del órgano central publicado por la sección bolchevique del partido. En esa época estábamos activamente ocupados en hallar agentes y organizar células en todas las colonias estudiantiles *emigrées* donde ello fuera posible. Resultó evidente que no se trataba de la más fácil de las tareas, ya que los mencheviques se hallaban firmemente instalados en todas partes. Por añadidura, los numerosos bundistas¹ y los grupos socialistas de otras nacionalidades no-rusas, iban de la mano de los mencheviques. Nadie nos apoyaba: éramos el más aislado y el menos acomodaticio de todos los partidos. Apreciábamos por consiguiente a todo aliado que pudiéramos encontrar. De Berna nos llegó una carta entusiasta, con un ofrecimiento de apoyo, firmada por "Kazakov y Radomislski".

Cuando fui a la capital suiza a dar una conferencia, me propuse como primera tarea encontrar a esos bolcheviques berneses. En un primer momento Kazakov pareció ser el más perspicaz de los dos. Posteriormente desempeñó cierto papel en la historia de nuestro partido bajo el apodo de Sviaguin. Militó en Kronstadt, fue condenado a la deportación y, creo, a trabajos forzados. Mientras estaba detenido, se unió al ejército francés y cayó en combate.

Radomislski, por su lado, no me impresionó

muy favorablemente en un principio. Se trataba de un joven más bien gordo, descolorido y enfermizo, que padecía de insuficiencia respiratoria y su temperamento, créi, era excesivamente flemático. El locuaz Kazakov no lo dejaba meter cuchara. Sin embargo, después de mantener contacto permanente con ellos durante algún tiempo, nos convencimos de que Radomislski era un mozo eficiente y comenzamos a tratar a Kazakov como lo que era: un volubilísimo parlanchín.

Cuando arribé a Petersburgo después de la revolución, me enteré de que Radomislski, bajo el nombre de Grígori, actuaba en el distrito de la isla Vasilievski y lo hacía muy bien. Era candidato para el comité petersburgués, al cual ingresó, si no me equivoco, muy poco después de mi llegada. Me alegró mucho recibir tan buenos informes acerca de nuestro joven estudiante de Suiza. Pronto lo encontré personalmente y a su solicitud edité una buena cantidad de sus traducciones.

En el vórtice de cierto gran debate, durante la agitada campaña electoral por el Congreso de "Unificación" de Estocolmo, Zinóviev y yo pronunciamos discursos conjuntamente en defensa de nuestra línea. Fue allí donde por primera vez lo escuché hablar en público. Inmediatamente aprecié su capacidad y resulté algo sorprendido: por lo común tan tranquilo y más bien delicado, se arrebató durante el discurso y habló con gran animación. Su voz de tenor era poderosa y singularmente resonante. Ya entonces comprendí que esa voz podía dominar a un auditorio formado por miles de personas. A esas relevantes condiciones físicas unía una desenvoltura y fluencia oratorias que brotaban de su riqueza de recursos y su notable dominio de la lógica, de su capacidad de ver

el discurso como un todo y no permitir que los pormenores lo desviasen del tema principal. Con el tiempo el camarada Zinóviev desarrolló sistemáticamente esas cualidades y se convirtió en el descollante maestro de la palabra hablada conocido hoy por nosotros.

Los discursos de Zinóviev, desde luego, no son tan ricos ni están tan colmados de ideas nuevas como los del líder real de la revolución, Lenin. Tampoco puede competir Zinóviev, en cuanto a capacidad metafórica, con Trotski, pero con la excepción de esos dos oradores, no tiene pares. No conozco un solo socialrevolucionario o menchevique que pueda parangonarse con Zinóviev (a salvedad, nuevamente, de Trotski) como orador de masas, en las calles o en asambleas.

Al Zinóviev periodista lo distinguen las mismas características que al Zinóviev orador, a saber la claridad y accesibilidad de su pensamiento y un estilo fácil y desenvuelto, aunque lo que lo hace tan particularmente valioso como tribuno —la potencia extraordinaria, incansable y dominadora de su voz— se pierde en las letras de molde.

No creo, empero, que Zinóviev deba el alto cargo que, ya mucho antes de la revolución, ocupaba en nuestro partido y el papel histórico que desempeña en la actualidad, mera o aun principalmente a su talento como orador y periodista. En una fase muy temprana Lenin llegó a descansar en él no sólo como amigo con una gran experiencia política y cabalmente inspirado por el propio espíritu de Vladímir Ilich, sino como hombre que tiene una profunda comprensión de los fundamentos del bolchevismo y que posee un intelecto político de primerísima clase. Zinóviev es, a no dudarlo, uno de los principales consejeros de nues-

tro Comité Central y se cuenta indiscutiblemente entre los cuatro o cinco hombres que constituyen el cerebro político del partido.

Como persona, Zinóviev es sumamente humano, un hombre bueno dotado además de una inteligencia superior, pero se siente literalmente avergonzado de aquellas cualidades y está, en ocasiones, demasiado dispuesto a abroquelarse tras la coraza de la fiereza revolucionaria.

Zinóviev siempre ha actuado como una fiel hechura de Lenin y lo ha seguido a todas partes. Los mencheviques han adoptado ante él una pose ligeramente desdeñosa, justamente por ser un lugarteniente tan dedicado. Quizás nosotros, los partidarios de "Vperiod", estuviéramos también algo afectados por esa actitud. Sabíamos que Zinóviev era un excelente militante del partido, pero poco conocíamos de él como pensador político y muy a menudo dijimos que seguía a Lenin como el hilo a la aguja.

La primera vez que oí una evaluación completamente diferente de Zinóviev fue de boca de Riazánov. Me encontré con éste en Zurich, donde también vivía el primero, y la conversación recayó sobre varios miembros prominentes del partido. Riazánov indicó que solía encontrarse con Zinóviev: "Es un trabajador infatigable. Trabaja duro y con inteligencia, y hoy por hoy está tan versado en economía y sociología que supera por lejos a la mayoría de los mencheviques en esos dominios, y aun diría que a todos los mencheviques." Este encomio, viniendo de Riazánov, quien sin discusión era el hombre más docto del partido, constituyó para mí una nueva y agradable sorpresa.

Cuando finalmente me sumé a la corriente principal del bolchevismo, me dirigí precisamente

a Zinóviev en Zurich. Recordamos nuestras buenas relaciones de antaño y convinimos los términos de una alianza política en literalmente media hora.

El breve capítulo del primer volumen de "La gran revolución", transcrito precedentemente, dista tanto de ser exhaustivo, aun como "semblanza", que creo conveniente agregarle algunas líneas en este punto.

El nivel de muchos bolcheviques, y quizás el de todos ellos, ha ascendido enormemente desde la revolución: grandes tareas, pesadas responsabilidades y amplias perspectivas sólo hacen naufragar a los bajeros de poco calado, y siempre sirven para agrandar a las personas que poseen algún grado de inteligencia y energía.

Es posible, empero, que ninguna figura de nuestro partido haya ganado tanto en estatura durante la revolución como Grigori Ovséievich Zinóviev.

Lenin y Trotski, por supuesto, han llegado a ser las personalidades más conocidas de nuestra época (se les ame o se les odie) en casi todo el globo. Zinóviev, en comparación con ellos, podríamos decir que está en un segundo plano, pero por otra parte a Lenin y a Trotski se les ha considerado durante tanto tiempo en nuestras filas como hombres de enorme talento, como líderes tan indiscutibles, que su colosal aumento de estatura durante la revolución difícilmente pudiera suscitar sorpresa alguna. Zinóviev también era muy respetado. Todos lo miraban como al más cercano asistente y confidente de Lenin. Conociéndolo como orador y periodista talentoso, como trabaja-

dor incansable, rápido de ingenio, completamente consagrado a la revolución social y a su partido, quienquiera podía predecir que Zinóviev desempeñaría un papel estelar en la revolución y en un gobierno revolucionario. Pero Zinóviev ha superado, sin duda, la expectativa de mucha gente.

Recuerdo que durante la organización de la III Internacional el menchevique Dan, aún en Rusia por ese entonces, dijo con maligno sarcasmo: "¡Qué publicidad magnífica para la III Internacional: estar encabezada por Zinóviev!" La I Internacional, claro está, tuvo a Marx a su frente, y no puede haber comparación entre ambos, pero sería interesante saber de cuál de las cabezas de la II Internacional estaba pensando el desdeñoso Dan. La II Internacional estuvo encabezada en diversas oportunidades por hombres realmente grandes, pero el presidente de la III Internacional no tiene por qué temer el cotejo con ninguno de ellos. Es aquí donde su enorme talento ha encontrado campo para desplegarse, y aquí donde ha adquirido su incuestionable autoridad.

Desde el primer momento resultó evidente que Zinóviev no se había desanimado pese a la abrumadora responsabilidad del cargo que se le confiara. Ya al comienzo, y de manera creciente con el tiempo, desplegó una asombrosa discreción en el desempeño de sus funciones. Siempre juicioso, siempre sagaz, se ha desenvuelto con honor en las circunstancias más adversas. Suele decirse de Zinóviev, con una sonrisa, que gracias a su experiencia tan vasta como parlamentario puede dominar fácilmente cualquier oposición. Su habilidad como presidente le ha granjeado la admiración general, pero, desde luego, los problemas de diplomacia ocasionalmente muy difíciles que tie-

ne que resolver Zinóviev, son más sencillos para él, pues en las filas de la III Internacional es raro que surjan entredichos que no puedan ser tratados en el marco de la disciplina partidaria y de una profunda amistad.

No hay un solo elemento, en la amplísima variedad de asuntos que trata la Internacional, que escape a la atención de Zinóviev. En la medida en que una persona es capaz de habérselas con la política mundial, él es esa persona. ¿Quién no conoce la determinación revolucionaria demostrada por Zinóviev en todas las controversias internacionales, su implacabilidad, sus imperiosas demandas, su adhesión estricta a los principios, gracias a todo lo cual muchos de nuestros vecinos extranjeros —y a veces renegados dentro de nuestras propias filas— hablan de la férrea mano de Moscú, de los dictatoriales métodos rusos? Empero, firme cuando es necesario, Zinóviev simultáneamente despliega el máximo de adaptabilidad y de capacidad de compromiso, en la tarea de reconstruir un mundo desquiciado.

A ello debe agregarse que Zinóviev ha conquistado la reputación de ser uno de los más descollantes oradores en la escena internacional, proeza realmente difícil. Una cosa es hablar en la lengua materna, como lo hace la abrumadora mayoría de nuestros camaradas en la Comintern, pero otra muy distinta es expresarse en un idioma extranjero. Aunque tiene un buen dominio del alemán, Zinóviev, como él mismo lo destaca, aún no puede hablar como un oriundo de Alemania. Es por ello realmente asombroso, y realmente meritorio por su parte, que sus discursos no sólo produzcan una impresión colosal por su contenido sino por la justeza de su dicción. No en vano la

prensa burguesa afirmó, después del famoso discurso de tres horas pronunciado por Zinóviev en el mismo corazón de Alemania, en el *Parteitag** de Halle: "Este hombre posee un dominio demoníaco de la elocuencia".

Zinóviev aporta también esas cualidades de firmeza, pericia táctica y sangre fría a la difícilísima tarea de dirigir la administración de Petrogrado, lo cual lo ha hecho insustituible en ese cargo, incluso, pese a las reiteradas solicitudes de la Comintern al Comité Central para que aquél se dedique completamente a ella.

Debo mencionar otra característica de Zinóviev: su dedicación absolutamente romántica al partido. Zinóviev, normalmente sobrio y formal, se eleva a alturas ditirámicas de amor por el partido en sus solemnes discursos, en oportunidad de las diversas efemérides partidarias.

No hay duda alguna de que con Zinóviev el movimiento obrero ruso ha producido no sólo uno de sus grandes líderes, sino también, junto con Lenin y Trotski, una de las figuras decisivas en el movimiento proletario mundial.

NOTAS

A causa de la escandalosa falsificación que intrigan-tes rusos, exiliados en Europa Occidental, vincularon a su nombre, se conoce mejor a Zinóviev (1883-1936) que a muchas otras figuras más interesantes y atractivas del movimiento revolucionario ruso. Como indica Lunacharski, hasta 1917 aun sus compañeros de bolchevismo tenían a Zinóviev por poco más que la sombra de Lenin. Era el inseparable amanuense y edecán del líder, el que a todos lados lo acompañaba, un papel que había adoptado en Suiza durante la segunda emigración (después de la revolución de 1905). Viajó con Le-

* Asamblea o plenario del partido. (N. del trad. al esp.)

nin a Rusia en el famoso "tren sellado" en abril de 1917, y fue la única persona que acompañó a aquél cuando ambos se vieron obligados a ocultarse como resultado de la fallida insurrección armada de las "Jornadas de julio". Zinóviev y Lenin fugaron de Petrogrado y compartieron una choza junto a un pantano, cerca del límite con Finlandia, disfrazados de jornaleros fineses. Cuando llegó el momento de la acción en serio, sin embargo, Zinóviev se apartó del propuesto golpe revolucionario. El 10 de octubre de 1917 él y Kámenev fueron los únicos dos miembros del Comité Central que votaron contra Lenin en lo tocante a la preparación del movimiento armado que pondría a los bolcheviques en el poder.

Zinóviev virtualmente no tuvo participación alguna en la verdadera Revolución de Octubre y Lenin no olvidó esa pusilanimidad: cuando se formó el Consejo de Comisarios del Pueblo (el gabinete de Lenin) no hubo una cartera para Zinóviev. No obstante, en 1919 se le eligió Presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, con lo cual se convirtió en amo de la gran ciudad. En la seguridad relativa de su despacho, Zinóviev, que en 1917 por temor se había retirado de la línea de fuego, acosó sin piedad a los "enemigos del pueblo". Permaneció en el cargo hasta 1926, cuando Stalin se las arregló para deponerlo. Su otro puesto importante durante el mismo período fue el de presidente de la III Internacional o Comintern, el organismo destinado a promover la revolución en el extranjero. (Por desempeñar este cargo su nombre fue vinculado a la famosa "carta".)

Maniobrero innato, Zinóviev se alineó primero con Stalin y Kámenev contra Trotski en la lucha que por la sucesión se inició tras la muerte de Lenin, pero luego cometió un serio error de cálculo: pensó que pasándose con armas y bagajes al bando de Trotski podría derrocar a Stalin. Mas éste, aliado con Bujarin, depuso a Zinóviev, quien fue privado de todos sus cargos y expulsado del partido. Se encaramó de nuevo en sus anteriores posiciones, sólo para ser expulsado nuevamente y readmitido una vez más. Stalin finalmente hizo encarcelar a Zinóviev en 1935 por "complicidad moral" en el asesinato de Kirov y luego se aseguró de que no pudiera importunarlos nuevamente: lo hizo procesar en el primer juicio de las "purgas" (1936); Zinóviev fue condenado a muerte y fusilado.

1. BUNDISTAS: Miembros del Bund, el nombre abreviado (en alemán e idish Bund significa "liga" o "unión") de la Liga General de Obreros Judíos, fundada en Vilna en 1897. El Bund participó en el II Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso (1903), pero se retiró

cuando no fue reconocido como el único representante de los trabajadores judíos en Rusia. Reafiliado al partido en 1906, el Bund apoyó a los mencheviques. Bajo la dirección de Liber y otros desempeñó un papel importante en las revoluciones de 1905 y 1917. En 1920 la mayoría de los bundistas se plegaron al Partido Bolchevique; la minoría no-bolchevique fue suprimida políticamente.

GUEORGUI VALENTÍNOVICH PLEJÁNOV

*Algunas entrevistas con Gueorgui
Valentínovich Plejánov*

Guardo algunos recuerdos personales de Gueorgui Valentínovich. Nuestros encuentros eran infrecuentes, aunque no carecían de importancia y evoco con agrado mis remembranzas acerca de él.

En 1893 partí de Rusia hacia Zurich, pues pensé que sólo en el extranjero podía adquirir la educación que me era necesaria. Mis amigos los Lindfors me dieron una carta de presentación para Pável Alexándrovich Axelrod.

Axelrod y su familia me recibieron con encantadora hospitalidad. Por ese entonces yo era marxista más o menos convencido y me consideraba miembro del Partido Socialdemócrata (tenía 18 años y había comenzado a actuar como agitador y propagandista dos años antes de ir al exterior). Tengo una gran deuda con Axelrod en lo que se refiere a mi formación socialista y, por más que él y yo hayamos evolucionado de manera tan diferente en lo sucesivo, lo recuerdo con gratitud como a uno de mis maestros más influyentes. Axelrod estaba lleno de temor reverencial y veneración por Plejánov: hablaba de él con adoración. Ello, sumado a la impresión de brillantez que me

había deparado la lectura de "Nuestras diferencias"¹ y otros varios artículos de Plejánov, hizo que la perspectiva de encontrarme con el gran hombre despertara en mí una sensación de expectativa, inquietante, perturbadora.

A la postre, Plejánov vino de Ginebra a Zurich, atraído por una controversia entre los socialistas polacos sobre la cuestión nacional. Los socialistas de inspiración nacionalista estaban encabezados en Zurich por Jodko.² A nuestros futuros camaradas los dirigía Rosa Luxemburg, entonces estudiante sobresaliente en la Universidad de Zurich. Plejánov debía dictar su fallo en el conflicto. Por algún motivo su tren llegó con retraso, por lo cual mi primera visión de Plejánov estaba destinada a ser ligeramente teatral. La reunión ya había comenzado; con énfasis más bien fatigoso, Jodko había defendido durante media hora su punto de vista, cuando en la sala de sesiones Eintracht entró Plejánov a grandes zancadas.

Ocurrió esto veintiocho años ha. Plejánov debía tener poco más de treinta. Era un hombre bien proporcionado, algo delgado, de impecable levita, con una cara agradable que hacían singularmente llamativa sus ojos brillantes y —era el rasgo más marcado— una cejas gruesas e hirsutas. Más tarde, en el Congreso de Stuttgart, un diario habló de Plejánov como de "eine aristokratische Erscheinung".* Ciertamente, en el aspecto de Plejánov, en su dicción, su tono de voz y todo su porte, se percibía la impronta imborrable de la aristocracia: era un caballero de pies a cabeza. Esto tendía a ofender a gente de instintos prole-

* Un personaje aristocrático. (N. del trad. al esp.)

tarios, pero cuando uno recuerda que este caballero era un revolucionario cabal y uno de los pioneros del movimiento obrero, el aire aristocrático de Plejánov se tornaba en algo emocionante, conmovedor: "Miren qué clase de gente está de nuestro lado".

No abrigo la intención de escribir un estudio sobre la personalidad de Plejánov —tarea que queda para otra ocasión— pero señalaría al pasar que en la propia apariencia y comportamiento de Plejánov había algo que a mí, un joven, me hacía pensar involuntariamente: Herzen⁴ tiene que haber sido de esa madera.

Plejánov se sentó a la mesa de Axelrod, donde también estaba yo, pero sólo cambiamos unas pocas frases.

El discurso de Plejánov me defraudó un tanto, quizás por contraste con la alocución de Rosa, que fue tan cortante como una navaja y tan bruñida como la plata. Cuando se habían apagado los estruendosos aplausos que saludaron el discurso de ella, el viejo Greulich,⁵ ya entonces canoso, ya entonces con un fuerte aire de Abraham (lo vi, dicho sea de paso, veinticinco años después y lucía casi tan vivaz como en aquella ocasión, aunque, ¡ay!, por entonces ni él ni Plejánov eran socialistas avanzados) subió al estrado y dijo en tono especialmente solemne: "Hablará ahora el camarada Plejánov. Lo hará en francés. Se traducirá su discurso, pero, mis amigos, por favor procuren mantener y mantengan un silencio absoluto y sigan sus palabras con atención."

Esta solicitud que formulara el presidente para que mantuviéramos un reverente silencio y la tremenda ovación que saludó a Gueorgui Valentínovich se combinaron para emocionarme

hasta las lágrimas. Yo era un simple joven, y por eso podía perdonárseme que estuviera profundamente orgulloso de mi gran compatriota. Pero el discurso, lo repito, más bien me desilusionó.

Por razones políticas, Plejánov procuró adoptar una posición intermedia. Como ruso le resultaba detestable, obviamente, manifestarse contra el espíritu nacional polaco, aunque desde el punto de vista teórico estaba en un todo de acuerdo con Rosa Luxemburg. Sea como fuere, salió del difícil paso con honor y gran habilidad, desempeñando el papel de sapiente conciliador.

Gueorgui Valentínovich se detuvo entonces por varios días más en Zurich, y a riesgo de ser descortés me demoraba días enteros en la casa de los Axelrodes para aprovechar toda oportunidad de hablar con él. Tales oportunidades eran numerosas. A Plejánov le encantaba hablar. Yo era un muchacho con buenas lecturas, nada tonto y sumamente vehemente. Pese a mi veneración por Plejánov mis ínfulas no eran pocas y, por así decirlo, lo desafié a debatir sobre diversas cuestiones filosóficas. A Plejánov esto le agradaba: a veces me trataba juguetonamente, como un gran mastín a un cachorro, y me volteaba patas arriba con un inesperado porrazo de su poderosa zarpa; otras veces se enfadaba, y otras, aun, exponía sus puntos de vista con la mayor seriedad.

Plejánov era un conversador absolutamente incomparable, por el brillo de su ingenio, la riqueza de su conocimiento, la facilidad con que podía concentrar en un tema su enorme capacidad intelectual. Los alemanes tienen una palabra: "geistreich", ingenioso, rico en ingenio o inteligencia. Describe exactamente a Plejánov.

Debo mencionar que Plejánov no quebrantó

mi fe en la gran importancia del "realismo de izquierda", esto es, la filosofía de Avenarius.⁶ Me dijo burlonamente: "En vez de eso hable de Kant, si realmente quiere andar a los tropezones en la teoría del conocimiento; por lo menos, él era un hombre". Aunque Plejánov en ocasiones era capaz de infligir una especie de *knock-out* intelectual, solía también errarle al blanco.

No obstante, esas charlas ejercieron una influencia inmensamente profunda sobre mí, cuando Plejánov se explayó sobre los grandes filósofos idealistas Fichte,⁷ Schelling⁸ y Hegel⁹.

Naturalmente, era yo bien consciente de la enorme significación de Hegel en la historia del socialismo y sabía que era imposible dominar la filosofía marxista de la historia sin haber profundizado en Hegel.

Más adelante Plejánov me acusaría, en uno de nuestros debates públicos, de no haber estudiado convenientemente a Hegel. En parte gracias a Plejánov, en realidad yo había leído a Hegel de manera bastante concienzuda, pero lo habría hecho de todos modos, tal como cuadraba a un aprendiz de teórico socialista. Fichte y Schelling eran harina de otro costal. Me parecía muy bien haber leído acerca de sus trabajos en historias de la filosofía, y los consideraba letra muerta que no valía la pena estudiar. Plejánov, empero, me habló de ellos con entusiasmo inesperado. Sin caer ni por un instante en herejías como la de "¡Volvámos a Fichte!" (predicada más tarde por Struve), Plejánov me cantó no obstante un peán tan ferviente y glorioso a Fichte y Schelling como arquitectos de un monumental edificio filosófico, que inmediatamente corrí a la biblioteca pública de Zurich y me sumergí en la lectura de esos

grandes idealistas, los que dejarían una impronta no sólo en mi concepción filosófica global, sino también en mi personalidad entera.

Es una vergüenza que Plejánov sólo haya rozado el tema de los filósofos idealistas. Los conocía exhaustivamente, con exactitud pasmosa, y podía haber escrito en torno a ellos un libro que, seguramente, no habría sido menos brillante que el que dedicara a los predecesores materialistas del marxismo. Es verdad; pienso, que en la mente de Plejánov, sin duda muy del tipo de la de Bazarov,¹⁰ sus favoritos Holbach¹¹ y Helvecio¹² le eran más caros que los idealistas. Pero quien imagine que Plejánov desconocía esa otra gran raíz del marxismo, le haría una injusticia.

Gueorgui Valentínovich me sugirió que lo visitara para continuar nuestras charlas, pero tan sólo un año después, o poco más o menos, pude ir de París a Ginebra. Fueron aquellos, también, días felices. Gueorgui Valentínovich escribía por entonces su prólogo al "Manifiesto Comunista" y había comenzado a interesarse profundamente por el arte. Éste siempre me había apasionado, y por ende el tema central de nuestras conversaciones fue la dependencia de la superestructura cultural respecto a la base económica de la sociedad, especialmente en lo tocante al arte. Solía reunirme con Plejánov en su estudio de la calle de Candole y a veces en el café Landolt, donde él pasaba horas ante más de un pichel de cerveza.

Recuerdo un incidente que me impresionó vivamente. Plejánov caminaba de aquí para allá en su estudio, explicándome algo. Súbitamente se dirigió a una estantería, tomó un gran álbum, lo puso sobre la mesa ante mí y lo abrió. Contenía varios grabados maravillosos de Boucher,¹³ extre-

madamente frívolos y —conforme a mis criterios de ese entonces— casi pornográficos; de inmediato le dije algo de ese tenor, que estábamos ante una manifestación típica de la decadencia de una clase dominante en vísperas de la revolución.

“Así es”, dijo Plejánov escrutándome con sus ojos chispeantes, “pero mire qué soberbios son: qué estilo, qué vida, qué elegancia, qué sensualidad.”

No intentaré recordar el resto de la conversación, lo cual equivaldría a escribir un pequeño tratado sobre el rococó. Sólo puedo decir que Plejánov anticipó aproximadamente todas las principales conclusiones de Hausenstein,¹⁴ aunque no recuerdo exactamente si dijo o no que el arte de Boucher era fundamentalmente un arte burgués que meramente había sido trasplantado al marco de la vida cortesana.

Su percepción estética me resultaba asombrosa; su capacidad de juicio en materia artística, amplísima y desprejuiciada. El gusto de Plejánov era, a mi ver, infalible. De cualquier obra de arte que le desagradaba podía expresarse en dos palabras, con una ironía cabalmente letal que lo desarbaba a uno si discrepaba con él. De las obras de arte que le gustaban, Plejánov hablaba con tal precisión, y a veces con tal excitación, que llegaba a ser obvio por qué era un escritor tan influyente en historia del arte. Sus ensayos relativamente modestos, concernientes tan sólo a unos pocos períodos, se han convertido en piedras angulares de cualquier estudio posterior en ese campo.

Ningún libro, ningún museo, me han dado tantos estímulos y atisbos como los que me depa-
raron esas charlas con Gueorgui Valentínovich.

Lamentablemente, nuestras reuniones poste-

rios tuvieron lugar en circunstancias mucho menos gratas, pues nos vimos frente a frente como enemigos políticos.

No me reencontré con Plejánov hasta el Congreso de Stuttgart. La delegación bolchevique me había designado como su representante oficial en la importantísima comisión constituida para elaborar la política sindical del partido. Plejánov representaba a los mencheviques. Desde el vamos una disputa dividió a la delegación rusa. La mayoría votó por nuestro punto de vista y los indecisos terminaron por volcarse hacia nuestro lado. No se trató de una victoria personal mía sobre Plejánov; éste defendió su tesis con brillo, pero la tesis misma era inaceptable. Plejánov insistió en que una alianza estrecha entre el partido y los sindicatos resultaría perjudicial para el primero, que la tarea de los segundos era mejorar la suerte de los trabajadores dentro del sistema capitalista, mientras que la misión del partido era destruir ese sistema. La tendencia opuesta la encabezó el belga De Brouckère.¹⁵ (Este último era entonces un socialista de extrema izquierda cuyas concepciones coincidían mucho con las nuestras, pero que más tarde se desviaría de la línea correcta.) De Brouckère se pronunció por la necesidad de hacer que en el movimiento sindical penetrara una conciencia socialista acerca de la indisoluble unidad de la clase obrera, acerca del papel rector del partido y así sucesivamente. En la atmósfera, que imperaba por ese entonces, de acaloradas discusiones sobre la huelga general como arma ofensiva, todos se inclinaban a reconsiderar sus concepciones anteriores. Éramos bien conscientes de que el parlamentarismo se volvía, cada vez más, una herramienta inapropiada, que sin los sindicatos el par-

tido nunca realizaría su revolución y que después de la revolución los sindicatos estaban destinados a desempeñar un papel trascendental en la construcción de un nuevo mundo. De resultados de todo ello, la posición de Plejánov, representada a nivel internacional por Guesde,¹⁶ en fin de cuentas fue rechazada tanto por nuestra comisión como por el propio congreso.

Para mi sorpresa, detecté ciertas huellas de "viejo creyente"¹⁷ en las actitudes políticas de Gueorgui Valentínovich. Por primera vez su ortodoxia me pareció un tanto acartonada y se me ocurrió que la política distaba de constituir el lado fuerte de Plejánov. Se podía deducir esto, en todo caso, de la forma en que oscilaba entre la una y la otra de las dos principales fracciones del partido.

Nuestro próximo encuentro tuvo lugar en el Congreso de Estocolmo, donde ese comportamiento típico de Plejánov se puso en evidencia. En esa asamblea estuvo lejos de actuar como menchevique convencido. En cierta medida sus propósitos eran conciliadores. Se manifestó en pro de la unidad del partido (se trataba, al fin de cuentas, del Congreso de "Unificación") y sostuvo que si el sentimiento revolucionario se acrecentaba en Rusia, los mencheviques no encontrarían más aliados que quienes militaban en las filas bolcheviques. Por otra parte, lo atemorizaba la rigidez de la posición bolchevique. A su juicio el bolchevismo no era ortodoxo. Verdaderamente, el centro de las discrepancias que diferenciaban por aquel entonces a los dos bandos era el problema de la política a seguir con el campesinado.

El esquema de la revolución, tal como la veían los mencheviques, era como sigue: en Rusia estaba en marcha una revolución burguesa, que

culminaría en una monarquía constitucional, o en el mejor de los casos en una república burguesa. La clase obrera debería apoyar a los protagonistas de esta revolución capitalista, arrebatándoles, al mismo tiempo, posiciones ventajosas para su futuro cometido opositor y —en último término— revolucionario. Suponíase que transcurriría un lapso considerable entre la revolución burguesa y la socialista.

El camarada Trotski entendía que ambas revoluciones, aunque pudieran no coincidir, estaban tan interconectadas que nos veríamos enfrentados a una situación de “revolución permanente”. A partir de una toma del poder por las fuerzas políticas burguesas, el pueblo ruso entraría a un período revolucionario; junto a él el resto del mundo, también, sólo emergería de ese período cuando culminara totalmente la revolución social. Es innegable que al formular estas tesis el camarada Trotski dio pruebas de una notable presciencia, aunque en cuanto al tiempo sus cálculos estaban errados en quince años. Incidentalmente, debo puntualizar que en un editorial de “Nóvaia Zhizn”¹⁸ también yo bosquejé la posibilidad de una toma del poder por el proletariado y de la subsistencia, bajo el control proletario, de una forma de capitalismo que evolucionaría rápidamente hacia el socialismo. Describí una situación singularmente análoga a nuestra actual N.E.P.,¹⁹ pero merecí un regaño de L. B. Krasin,²⁰ a cuyo juicio mi artículo era irreflexivo y no-marxista.

Los bolcheviques, con el camarada Lenin a la cabeza, eran en realidad cautos en extremo; sostenían que no se percibían signos de que la revolución social proletaria hubiera empezado,

pero pensaban que esa revolución debía ser estimulada lo más posible, sin comprometerse en adivinanzas y predicciones teóricas, las que no condecían con la idiosincrasia de Vladímir Ilich. En los hechos, los bolcheviques avanzaban confiadamente por el camino justo. Para provocar una revolución plebeya, una revolución similar a la Revolución Francesa que pudiera ser llevada más allá del 93, era inútil una alianza con la burguesía. Pero no abrigábamos la intención de aislar al proletariado, por lo cual preveíamos la enorme tarea de organizar una alianza con los campesinos, ante todo con el campesinado pobre. A Plejánov esto no le podía caber en la cabeza. Dirigiéndose a Lenin, dijo: "¡Esta nueva idea suya me trae a las mentes otra muy antigua!" ¿Por qué "antigua"? Porque parece que se tomara prestada la caduca política de los socialrevolucionarios y que se abandonara nuestro énfasis característico en el proletariado.

No debe desdeñarse, con ligereza, la incapacidad de Plejánov para comprender nuestro punto de vista, como si sólo estuviéramos ante un ejemplo típico de su super-ortodoxia cegatona. ¿Acaso, en el curso de nuestra gran revolución, no nos vimos obligados una vez a incluir en nuestro gobierno a algunos socialrevolucionarios, por más que fueran socialrevolucionarios de izquierda? ¿Esa medida estuvo totalmente desprovista de peligro? ¿No nos sentimos regocijados, ahora que la política infantil de los propios socialrevolucionarios de izquierda ha motivado su separación del gobierno? Las inquietudes acerca de una "campesinización" del gobierno soviético, que los camaradas Shliápnikov,²¹ Kolontái²² y otros agitan de cuando en cuando ante nosotros, son infundadas,

pero no cabe duda que existe el suelo que las nutre. Por el momento no puede decirse con absoluta certeza cómo saldrá adelante un gobierno conjunto de obreros y campesinos, aunque todo parece respaldar las predicciones realizadas por el camarada Lenin en el congreso partidario, según las cuales ese enorme peso muerto del campesinado (que, una vez que se completen los planes para la unión política entre las ciudades y el campo, tendrá que ser llevado por nosotros), enlentece nuestro movimiento, pero nunca hará que nos desviemos del sendero recto y estrecho que nos lleva al comunismo.

Pero todo eso pertenecía entonces al futuro. Por el momento, una cosa era clara: la revolución de obreros y campesinos es una revolución proletaria; una revolución de burgueses y obreros constituye una traición a la clase obrera. Para nosotros era esto palmario, pero no para Plejánov. Recuerdo que durante un discurso muy cáustico de Plejánov, mi vecino de asiento, Alexinski,²³ entonces un extremista bolchevique, casi lo tomó a puñetazos; pudo evitarlo a tiempo el camarada Sedói,²⁴ dueño también de un carácter sumamente fogoso, quien sujetó a Alexinski por los faldones del abrigo.

Lástima que todo esto terminaría, mucho más adelante, en la miserable alianza entre Alexinski y Plejánov.

Fue en el Congreso de Estocolmo donde propuse un voto de censura contra Plejánov. En mi crítica de éste, llegué a contrastar su punto de vista con el de otro teórico ortodoxo, Kautsky.²⁵ Nada difícil era esto, porque en aquella época Kautsky, en su folleto "La fuerza motriz de la revolución rusa", había manifestado su simpatía por

nosotros. Pero Plejánov se irritó particularmente por mi réplica a su acusación de blanquismo,²⁶ cuando señalé que en lo tocante a las nociones prácticas de hacer y dirigir una revolución real, evidentemente él había tomado sus ideas de la opereta "Mademoiselle Angot".²⁷ En su réplica, Plejánov se permitió algunas frases muy coléricas.

Transcurrieron algunos años más, y nos encontramos nuevamente en el congreso internacional de Copenhague, cuando nuestras esperanzas respecto a la primera revolución rusa se habían ido a pique. Asistí al Congreso de Copenhague como delegado del grupo "Vperiod", sin voto, pero prácticamente me había integrado a los bolcheviques y éstos me consideraban uno de los suyos; me facultaron, en efecto, para que los representara en una de las comisiones más importantes, la que se ocupaba de las cooperativas. Ocurrió aquí la misma cosa. Plejánov insistió en la separación estricta entre el partido y las cooperativas, temeroso de la contaminación que produciría la mentalidad tenderil prevaeciente en las segundas.

Debo dejar constancia de que en el Congreso de Copenhague Plejánov estuvo mucho más cerca de los bolcheviques que de los mencheviques. Si no recuerdo mal, Vladímir Ilich no sentía demasiado interés por las cooperativas, pero aun así la delegación rusa escuchó mi informe sobre la comisión y las objeciones de Plejánov. Nuestras diferencias eran más o menos paralelas a las que habían surgido entre ambos, en Stuttgart, respecto a los sindicatos. En esta oportunidad, empero, Plejánov tenía poca experiencia del problema en discusión y no había un motivo especial para chocar con él.

Pese a todo, en lo personal mantuvimos muy

buenas relaciones. Me invitó varias veces a sus habitaciones; nos retirábamos juntos de las sesiones del congreso y a él le complacía comunicarme sus impresiones privadas sobre la reunión. Por ese entonces Plejánov había envejecido considerablemente y estaba enfermo, tan enfermo que todos estábamos preocupados por su salud. Esto no le impedía ser tan sarcástico como siempre, ni formular ingeniosas observaciones a diestra y siniestra, fuertemente subjetivas, es cierto. Tenía afición por todos los de la vieja guardia. Hablaba con mucho calor y gráficamente de Guesde y de Lafargue,²⁸ que ya había fallecido. Le mencioné a Lenin. Plejánov quedó callado y luego replicó a mi entusiasmo en términos que no eran exactamente desfavorables —si algo reflejaban era simpatía— pero sí un tanto vagos.

Recuerdo cómo durante un discurso de Vandervelde²⁹ Plejánov me dijo: “¿No es exactamente igual a un archidiácono?” Su *bon mot* me impresionó tan vivamente que hasta la fecha no puedo disociar la imagen de diácono ortodoxo, salmodiando las respuestas, del fervor retórico de ese famoso belga. Recuerdo, asimismo, que en el curso de un discurso de Bebel Plejánov me sorprendió por la precisión lapidaria de su observación: “Mire a ese viejo; tiene exactamente la cabeza de Demóstenes”. Súbitamente surgió en mi mente la famosa estatua del orador griego, y la semejanza me pareció realmente sorprendente.

Después del Congreso de Copenhague tuve que leer un informe acerca de éste, en Ginebra, y en ese foro Plejánov fue mi oponente. Más adelante fijamos unas pocas reuniones de discusión, a veces de índole filosófica (por ejemplo, una conferencia de Deborin),³⁰ y Plejánov y yo nos en-

frentamos en ellas nuevamente. Mucho me agradaba mantener controversias con Plejánov, aunque eran complejas y difíciles; pero me abstendré de describirlas aquí porque mi versión de las mismas podría resultar un tanto unilateral.

Después que Plejánov desertara de la causa revolucionaria, vale decir tras su desviación hacia el social-patriotismo, nunca volví a verlo.

No es el mío, repito, un intento de trazar un retrato de Plejánov como hombre, como pensador o político, sino simplemente una contribución, extraída de mis recuerdos personales, al conjunto de las obras y artículos que versan sobre Plejánov. Esos recuerdos pueden estar teñidos de cierta subjetividad, pero un escritor inevitablemente es subjetivo. Dejemos que el lector los tome como tales. Un hombre solo en ningún caso puede abarcar una figura tan grande con absoluta objetividad. Esa imagen monumental sólo puede ser recreada, en último término, por una multitud de opiniones diversas. Pero algo puedo afirmar: Plejánov y yo chocamos a menudo, sus referencias impresas sobre mi persona son mayormente negativas y hostiles, pero a despecho de eso guardo de Plejánov un recuerdo extraordinariamente luminoso: es un placer rememorar esos ojos chispeantes, esa pasmosa agilidad intelectual, esa grandeza de espíritu o, como Lenin expresó, esa fuerza física de su cerebro, esa frente aristocrática que coronaba a un gran demócrata. En último análisis, aun nuestras grandes diferencias, al ser trasmutadas en la urdimbre de la historia caen en buena parte de los platillos de la balanza, mientras que los aspectos brillantes del carácter de Plejánov perdurarán siempre.

En la literatura rusa Plejánov ocupó un lugar

próximo al de Herzen, en la historia del socialismo pertenece a esa constelación (Kautsky, Lafargue, Guesde, Bebel, el viejo Liebknecht)³¹ que rota en torno a esos dos soles gemelos, a esos semidioses de Plejánov, de los que él —fuerte, inteligente, incisivo y altivo como era— hablaría sólo con la voz del discípulo: Marx y Engels.

NOTAS

Plejánov era el Gran Viejo de la socialdemocracia rusa, el fiel asociado de Engels, un pensador de erudición y cultura inmensas, fundador del movimiento socialdemócrata ruso y uno de los dos hombres (el otro era Karl Marx) a cuyos escritos Lenin atribuyó específicamente su propia conversión al marxismo. Plejánov era también rígidamente doctrinario, retraído, un colega imposible, un hombre que, temperalmente inepto para la política, dedicó la mayor parte de su vida a la política. Nacido en 1857, adhirió en su juventud a la organización revolucionaria populista "Tierra y Libertad", pero cuando el grupo se escindió de resultados de un debate sobre el terrorismo, Plejánov optó por la fracción no-terrorista, conocida como "El Reparto Negro" (es decir la que se pronunciaba por la redistribución de las "tierras negras" entre los campesinos).

Obligado a emigrar a Europa Occidental, Plejánov se convirtió al marxismo y con sus exposiciones extraordinariamente lúcidas y sólidas de las doctrinas de Marx en obras tales como "Nuestras diferencias" y "En defensa del materialismo", sembró el marxismo político, como la estructura más dinámica, constructiva y práctica para la revolución, en la mente de un grupo pequeño pero selecto de intelectuales. Pero no pudo trabajar prolongadamente con Lenin cuando llegó el momento de trasladar esas ideas a la dura práctica. Aunque Plejánov apoyó primero a Lenin en la famosa escisión bolchevique-menchevique de 1903, pronto viró hacia el menchevismo y a partir de ese momento se opuso a Lenin en todos los problemas importantes, aun cuando continuó disfrutando de un respeto extraordinario en el movimiento socialista. La ruptura final entre ambos ocurrió en París en 1914 y se debió a sus actitudes ante la Primera Guerra Mundial: Lenin quería que Rusia fuera derrotada como la forma más segura de apresurar el colapso del régimen zarista, mientras que Plejánov mostró esa hilacha latente de germanofobia emotiva que existía en tantos socialistas de la época y depositó ardientes esperanzas en una victoria aliada. Este hombre

docto, de aires aristocráticos, esencialmente libresco, sintió el problema tan violentamente que le dijo a otro camarada socialista, un "internacionalista": "En lo que a mí respecta si no estuviera tan viejo y enfermo me alistaría. Atravesar a bayonetazos a los camaradas alemanes de ustedes me produciría un gran placer."

Poco después de la revolución de febrero de 1917 Plejánov se apresuró a regresar a Rusia y organizó un grupo socialista de derecha, llamado "Edinstvo" [Unidad], pero su impacto en los acontecimientos fue insignificante. Tras la revolución bolchevique de octubre/noviembre, Plejánov, entonces mortalmente enfermo de esa tuberculosis que lo había acosado toda su vida, se vio sujeto a los más humillantes ultrajes. En una oportunidad un grupo de marinos irrumpió en su casa y casi linchó al "padre del marxismo ruso". Su esposa, que había podido darle ciertas comodidades gracias a lo que ganaba como médica de buena clientela, lo llevó a Finlandia, donde murió en mayo de 1918, olvidado por Lenin y el partido triunfante que Plejánov había ayudado a fundar. Se han tributado, no obstante, algunos homenajes póstumos a la memoria de Plejánov: de todos los marxistas importantes que polemizaron con Lenin, Plejánov es el único cuyas obras aún se publican regularmente en la Unión Soviética.

1. NUESTRAS DIFERENCIAS [Nashi raznoglasia]: Folleto polémico, publicado en 1884, en el que Plejánov analizó y puso de relieve las diferencias ideológicas entre el socialismo populista (narodnik) y el marxista.

2. JODKO: Witold Jodko-Narkiewicz (1864-1924). También conocido bajo los seudónimos de "A. Wronski" y "Jowisz" (Jove). Político, periodista y diplomático polaco de origen noble. Apoyó al ala derecha del Partido Socialista Polaco (P.S.P.) cuando en 1906 éste se escindió. "Derrotista" en la Primera Guerra Mundial. En 1913 viceministro polaco de relaciones exteriores. En 1920, embajador de su país en Turquía. Murió en Varsovia.

3. ROSA LUXEMBURG: Rosa Luxemburg (1871-1919). Nació en Zamosc, en la Polonia alemana. Militó en el Partido Socialdemócrata Polaco, luego en el ala izquierda del movimiento socialista alemán. Periodista y polemista brillante. Encarcelada por antimilitarismo en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Fundó y dirigió "Die Internationale", órgano primero del SPD y luego del Partido Comunista Alemán (KPD). Secuestrada y ultimada a balazos el 15 de enero de 1919 en Berlín por el Freikorps, grupo paramilitar derechista.

4. HERZEN TIENE QUE HABER SIDO DE ESA MADERA: Alexandr Ivánovich Herzen (1812-1870). Hijo (ilegítimo) de un noble ruso. Teórico y publicista político, fundador del socialismo agrario o populismo ruso. Vivió en el extranjero (principalmente en Londres) des-

de 1847, donde publicó "Kólokol" [La Campana], un periódico emigré ruso muy influyente.

5. EL VIEJO GREULICH: Hermann Greulich (1842-1925). Socialdemócrata suizo de derecha. Dirigió diversos periódicos partidarios y ocupó altos cargos en el partido. Se opuso a la formación de la III Internacional ("Comintern").

6. AVENARIUS: Richard Avenarius (1843-96). Filósofo germano-suizo cuya teoría del conocimiento se denominó empiriocriticismo.

7. FICHTE: Johann Gottlieb Fichte (1762-1814). Filósofo moral y predicador del nacionalismo alemán.

8. SCHELLING: Friedrich Wilhelm Schelling (1775-1814). Filósofo alemán. Sostuvo la identidad de todos los fenómenos.

9. HEGEL, Georg Wilhelm Hegel (1770-1831). En la teoría hegeliana del proceso dialéctico se funda el materialismo dialéctico de Marx.

10. BAZAROV: Personaje central de la novela "Padres e hijos", de Turguénev. Con Bazarov hace su entrada en la literatura rusa el "nihilista" ("un hombre que no acata ninguna autoridad, que no tiene fe en ningún principio ni les guarda respeto de ninguna clase, ni se deja influir por ellos"). Los nihilistas tendían en política a un democratismo revolucionario y en filosofía al materialismo. (N. del trad. al esp.)

11. HOLBACH: Paul Henri, barón de Holbach (1723-89). Filósofo y científico francés. Sus puntos de vista ateos, materialistas y deterministas aparecen en su "Système de la nature", publicado en 1770. Preconizó una actitud utilitaria respecto a la moral y la política en su "Système social" (1773).

12. HELVECIO: Claude Adrien Helvétius (Helvecio) (1715-71). Sus principales obras, "De l'esprit" (1758) y "De l'homme" (1772) contienen la exposición de su filosofía moral hedonista y materialista. El hombre, enseña, está regido completamente por su sensación física, el egoísmo y la pasión.

13. BOUCHER: François Boucher (1703-70). Fue el decorador rococó más típico. Diseñador de tapices y pintor de escenas mitológicas. (N. del trad. al esp.)

14. HAUSENSTEIN: Wilhelm Hausenstein (1882-1957). Historiador del arte y escritor. Hasta 1919 perteneció al SPD, derivó luego hacia posiciones más derechistas. (N. del trad. al esp.)

15. DE BROUCKÈRE: Louis De Brouckère (1870-1951). Profesor belga, dirigente del Partido Socialista Belga del Trabajo. Miembro del Comité Ejecutivo de la II Internacional. Posteriormente miembro del gabinete y delegado a la Liga de las Naciones.

16. GUESDE: Jules Basile Guesde (1845-1922). Destacado socialista francés; en una época encabezó el ala izquierda del partido. Diputado de 1893 a 1921. En-

tre agosto de 1914 y octubre de 1915 fue ministro sin cartera en el gabinete francés.

17. **VIEJO CREYENTE**: "Starovieri" (viejos creyentes) o "raskólniki" (sectarios) se denominó a los integrantes del "Raskol", movimiento social y religioso ruso surgido en el siglo XVI, opuesto a la reforma de la Iglesia Ortodoxa y en general a todas las novedades. Los "viejos creyentes" fueron sangrientamente perseguidos por el zarismo. Posteriormente el término se aplicó a cualquier persona con costumbres y opiniones anticuadas. (N. del trad. al esp.)

18. **"NÓVAIA ZHIZN"**: Este diario, el primero legal que tuvieron los bolcheviques, apareció en San Petersburgo entre el 27 de octubre y el 3 de diciembre de 1905. (N. del trad. al esp.)

19. **NUESTRA ACTUAL N.E.P.**: "Nóvaia Ekonomícheskaia Polítika" (Nueva Política Económica). Entre 1921 y 1928 el gobierno soviético procuró restaurar la economía rusa mediante incentivos limitados a la empresa privada, en la industria y el comercio, y concesiones a los campesinos. La N.E.P. fue sustituida por una economía totalmente controlada por el estado cuando la producción industrial reconquistó el nivel de 1913, hacia 1927.

20. **L. B. KRASIN**: Leonid Borísovich Krasin (1870-1926). Ingeniero de profesión. Elegido al Comité Central del Partido Socialdemócrata en 1905. Aportó el grueso de los fondos bolcheviques mediante donativos de su millonario amigo Savva Morózov y la organización de asaltos bancarios. En 1908 se apartó de la política revolucionaria. Diez años más tarde participó en las negociaciones de Brest-Litovsk. A partir de 1919 fue primer comisario de comercio, industria y transportes. Firmó el primer tratado comercial anglo-soviético, en 1921. En 1924 se le reeligió al Comité Central del partido y un año después fue designado embajador soviético en Londres, donde murió.

21. **SHLIAPNIKOV**: Alexandr Gavrílovich Shliápnikov (1883- ?). Obrero metalúrgico, se unió a los bolcheviques en 1903. Después de 1905 emigró a Francia. Lenin le encargó en 1915 la dirección del partido dentro de Rusia. Desempeñó un papel importante en el golpe bolchevique de octubre de 1917. Primer comisario soviético de trabajo. Expulsado del partido en 1933, desapareció en las purgas de la década de 1930.

22. **KOLONTAI**: Alexandra Mijaílovna Kolontái (1872-1952). Política socialista y ardiente partidaria del "amor libre". Bolchevique en 1904-5, más tarde menchevique "liquidadora". Vivió en Europa Occidental y los EE.UU. de 1908 a 1917, cuando regresó a Rusia y fue electa al Comité Central bolchevique. En 1923 comenzó la carrera diplomática; representó a la URSS en Noruega, México y Suecia hasta 1945.

23. **ALEXINSKI:** Grigori Alexéievich Alexinski (1879-). Diputado bolchevique a la Segunda Duma. Se apartó de Lenin en 1909 para unirse a Bogdánov y Lunacharski en el grupo "Vperiod". "Defensista" en la Primera Guerra Mundial, aliado a Plejánov. Después de 1917 emigró a Francia.

24. **SEDÓI:** Zinovi Iakovlevich Sedói, alias Litvin (1876-). Adhirió al Partido Socialdemócrata en 1897. Activista clandestino del partido hasta 1905, arrestado y deportado en varias oportunidades. Tuvo un papel descollante en el levantamiento obrero del barrio moscovita de Presnia, en 1905. En 1906 emigró a Francia, donde fue arrestado dos veces por propaganda antibélica. Regresó a Rusia en 1917. Combatió del lado bolchevique en la guerra civil, y en 1921 fue electo al Comité Central del partido, en 1921. Desde entonces hasta 1939 dirigió una fábrica de algodón.

25. **KAUTSKY:** Karl Johann Kautsky (1854-1938). Teórico marxista del socialismo alemán, líder del SPD, figura relevante de la II Internacional. Sus críticas a los métodos del Partido Bolchevique le valieron un durísimo ataque de Lenin en 1918.

26. **ACUSACIÓN DE BLANQUISMO:** Louis Auguste Blanqui (1805-81). Socialista revolucionario francés. Su teoría de que las clases explotadoras debían ser derrocadas por un pequeño partido conspirativo y disciplinado prefiguran la misión que Lenin asignó al Partido Bolchevique. Blanqui fue uno de los líderes de la Comuna de París en 1872.

27. **LA OPERETA "MADEMOISELLE ANGOT":** Lunacharski alude sin duda a "La fille de Madame Angot", obra de Charles Lecocq (1823-1918) estrenada dos años después del aplastamiento de la Comuna de París. Mademoiselle Angot, a punto de caer en las garras de un malvado poeta revolucionario, se ve mezclada sin quererlo ni saberlo en una macarrónica conspiración de "enemigos de la república", id est de la burguesía. (N. del trad. al esp.)

28. **LAFARGUE:** Paul Lafargue (1842-1911). Yerno de Marx. Socialista francés.

29. **VANDERVELDE:** Émile Vandervelde (1866-1938). Parlamentario socialista belga, más tarde ministro. Autor de numerosos libros sobre el socialismo.

30. **UNA CONFERENCIA DE DEBORIN:** Abram Moiséievich Debórin (1881-1964). Filósofo e historiador. Adhirió a los bolcheviques en 1903, más tarde a los mencheviques. En 1920 fue designado secretario de la Sección de Historia de la Academia Soviética de Ciencias. En 1931 se le criticó por "idealismo" y a partir de entonces no tuvo figuración digna de destaque. (En los últimos años se han publicado en Montevideo traducciones de varias obras de Debórin. — Paréntesis del trad. al esp.)

IAKOV MIJAÍLOVICH SVERDLOV

Mi primer contacto personal con Iákov Mijaílovich ocurrió inmediatamente después de mi regreso a Rusia. Antes lo conocía sólo de oídas. Sabía que era un combatiente infatigable en pro del socialismo, del bolchevismo, sabía que dos por tres se le enviaba a la prisión o el destierro, de donde siempre se fugaba. De inmediato, no importaba adónde pudiera llevarlo el destino, comenzaba a organizar comités o células bolcheviques. Sverdlov era en esos días el militante bolchevique clandestino arquetípico. En esa carrera adquirió dos características notables que, según creo, sólo pueden aprenderse en un movimiento clandestino. La primera consistía en un conocimiento absolutamente enciclopédico acerca de todo el partido. Parecía haber hecho un estudio completo, uno por uno, de las decenas de miles de afiliados que constituían el partido. Su memoria contenía algo así como un diccionario biográfico del comunismo.

Sverdlov podía juzgar a los hombres, con extraordinaria precisión y fineza, en cada faceta de su carácter que guardara relación con su idoneidad como revolucionarios. En esto era un verdadero sicólogo. Nunca se olvidaba de nada, conocía las virtudes y proezas de los individuos, advertía cada desliz, cada insuficiencia. Era éste el primer arte que aprendió a dominar Sverdlov en la actividad partidaria clandestina. El segundo era su indudable capacidad organizativa.

Naturalmente, no puedo decir lo eficaz que se habría mostrado Sverdlov como organizador del trabajo cotidiano —económico y político— una vez que la revolución viró hacia la realización gradual de nuestros ideales, pero como militante clandestino, en el trabajo intensivo aunque limitado de un organizador revolucionario, era magnífico. Esta experiencia pertrechó claramente a Sverdlov con los elementos necesarios como para ser el autor de nuestra constitución, un notable presidente del C.E.C., amén de dirigir el secretariado del partido.

Hasta las Jornadas de Julio¹ Sverdlov formó parte del “estado mayor” bolchevique, desde el cual dirigió los acontecimientos junto a Lenin, Zinóviev y Stalin. Durante aquellas jornadas fue empujado a un primerísimo plano. No es éste el lugar para explayarse sobre las causas y la significación de las manifestaciones de julio realizadas por el proletariado de Petrogrado y Kronstadt. Pero es un hecho que la organización técnica de las mismas, una vez que se comprobó la imposibilidad de frenarlas, se debió grandemente al trabajo de Sverdlov. Fue él quien pasó revista al gigantesco desfile en el que participaban decenas de miles de hombres armados, a medida que marchaban pesadamente ante los balcones del palacio de Kshesínskaia;² fue él quien dio a los destacamentos en marcha sus combativas consignas.

Por alguna razón peregrina, cuando se impartió la orden de arrestar a Lenin y Zinóviev y cuando Trotski, yo y muchos otros bolcheviques y socialrevolucionarios fuimos encarcelados, no se arrestó a Sverdlov, pese a que la prensa burguesa había señalado directamente su papel capital en lo que la misma llamaba la “insurrección”. En

todo caso, esa circunstancia hizo de Sverdlov el líder efectivo del partido en ese momento nefasto, el hombre que aceró su espíritu pese a los reveses sufridos.

Iákov Mijaílovich se elevó una vez más a la cima de la historia durante la convocatoria de la Asamblea Constituyente.³ Se le nombró presidente hasta que llegara el momento de elegir un presidium.

Más de una vez en estas "semblanzas" he tenido ocasión de mencionar un rasgo que siempre he admirado en los principales revolucionarios: su calma, su autocontrol absoluto cuando, si juzgamos por todas las apariencias, sus nervios deberían estar sometidos a una tensión insoportable, cuando parecería imposible preservar el equilibrio. En Sverdlov, empero, esta cualidad no sólo era evidente en el grado más impresionante, sino que parecía ser absolutamente natural. Siempre he pensado que tanto la carrera entera de Sverdlov como su aire ligeramente africano delataban a un hombre singularmente temperamental. Aun cuando en su ser ardía un intenso fuego interior, exteriormente el hombre era totalmente glacial. Dondequiera que estuviese en un estrado, hablaba invariablemente con una voz tranquila, caminaba con suavidad, paso a paso, todos sus gestos eran pausados, como si estuviera diciendo tácitamente a quienes lo rodeaban: "Con tiento, no se apresuren; esto requiere dominio de sí mismo".

Si Moisiéi Solomónovich Uritski, el comisario de la Asamblea Constituyente, sorprendió al público por su calma durante los días de agudo conflicto entre el gobierno soviético y los partidarios de la asamblea, parecía realmente inquieto si se le comparaba con Sverdlov, en lo exterior tan

flemático y en su fuero interno tan ilimitadamente lleno de fe.

Ese día la gran mayoría de los delegados comunistas y socialrevolucionarios eran presa del desasosiego, y todo el Palacio de Táurida zumbaba como un enjambre irritado: los socialrevolucionarios habían difundido rumores de que los bolcheviques complotaban para aplastar el ala derecha y el centro de la Asamblea Constituyente, mientras que entre los bolcheviques circulaban rumores de que los socialrevolucionarios habían resuelto adoptar medidas desesperadas y que, además de una demostración armada —que como sabemos después del proceso,⁴ estaba realmente en preparación pero nunca llegó a efectuarse—, proyectaban resistir con las armas la disolución de la Asamblea Constituyente y podían tratar, bajo la mirada del mundo y con “el heroísmo típico de ese partido”, de asesinar a algunos de los “usurpadores que habían deshonrado a la revolución” al haberse “apoderado de los escaños gubernamentales a mano airada”.

En realidad, ni los bolcheviques ni los socialrevolucionarios perpetraron tales excesos y ni siquiera procuraron llevarlos a la práctica. La única diferencia en la conducta de los dos partidos consistió en que a los bolcheviques no les fue menester recurrir a las armas. Bastó que el marino Zhelezniak⁵ gritara: “¡Dejen de cotorrear y váyanse a sus casas!” Los socialrevolucionarios en general demostraron una gran “lealtad”, que algunos de ellos más tarde lamentaron amargamente como signo inconfundible de la cobardía que, finalmente, socavó el prestigio del partido ante quienes aún abrigan algunas ilusiones a su respecto.

En esa atmósfera nerviosa, cuando todos ha-

bían ocupado sus asientos y la tensión alcanzaba su punto culminante, la derecha y el centro se levantaron y exigieron que se abriera la sesión. Entre tanto, Sverdlov se había esfumado. ¿Dónde se hallaba? Algunos delegados comenzaron a agitarse. Un anciano de barbas grises, elegido sin duda porque parecía ser el asambleísta de más edad, hendía los aires con sus gritos desde la tribuna y estiraba ya su mano hacia la campana. Los socialrevolucionarios decidieron comenzar la sesión por su propia iniciativa, mediante uno de los hombres más ancianos de la asamblea. Pero en ese momento, sin premura, sin acelerar el paso, la figura de Sverdlov apareció como si hubiera brotado de la tierra. Con su habitual andar pausado, avanzó hacia el estrado, hizo caso omiso del venerable socialrevolucionario, lo desalojó y, tras tocar la campana, con una voz sonora y despojada de la menor huella de tensión, con calma glacial, declaró abierta la primera sesión de la Asamblea Constituyente.

Recojo los detalles de esta escena porque psicológicamente señaló cuál sería el tono de todo el curso posterior de la sesión. De ahí en adelante la izquierda demostró un autocontrol absoluto.

El centro, aún bullente, pareció recular y encogerse ante la ducha helada que le había propinado Sverdlov. En ese tono gélido los socialrevolucionarios advirtieron de pronto la cabal resolución y entereza del gobierno revolucionario.

En lugar de extenderme sobre tales o cuales reminiscencias de mis reuniones con Sverdlov, o acerca de nuestro trabajo conjunto en los primeros años de la revolución, resumiré meramente esas experiencias.

Si la revolución produjo una multitud de ac-

tivistas incansables, que parecían exceder los límites de la capacidad humana, Sverdlov debe ser ubicado en la primera fila de esos hombres. Cómo se las arreglaba para comer y dormir, no lo sé. Mientras que Lenin y otros, muy contados, guiaban intelectualmente la revolución, entre ellos y las masas —el partido, el aparato del gobierno soviético y en último término toda Rusia—, como un eje a cuyo alrededor todo giraba, como un cable que todo transmitía, se alzaba Sverdlov.

En esa época, probablemente de manera instintiva, adoptó una costumbre que sin duda expresaba su entera personalidad interior. Comenzó a vestirse con prendas de cuero desde la cabeza hasta los pies. Primero las adoptó porque eran convenientes (nunca tenía tiempo de desvestirse mucho rato) y en segundo lugar las impuso, ya entonces, como uniforme de fajina de los comisarios. Pero esa vestimenta negra, que brillaba como el pelaje de un lebel bien almohazado, otorgaba una mayor sensación de talla, gravedad y solidez a la figura pequeña y esmirriada de Sverdlov.

El hombre era como un diamante, elegido por su enorme dureza para ser el eje de alguna pieza delicada, en perpetua revolución, del mecanismo.

El hombre era como hielo; el hombre era como un diamante. Su naturaleza moral, también, tenía una cualidad similar que era cristalina, glacial y cortante. Estaba transparentemente exento de ambición personal o de cualquier suerte de cálculo individual, en tal grado que resultaba un tanto impersonal. Tampoco tenía ideas. Tenía ideas *ortodoxas* sobre cada cosa, pero él era meramente un reflejo de la voluntad general, de las directivas partidarias generales. Nunca originó nada, sino que meramente transmitió lo que reci-

bía del Comité Central, en ocasiones de Lenin personalmente. Lo transmitía, desde luego, clara y correctamente, adaptándolo a cada situación concreta. Cuando hablaba en público sus discursos ostentaban siempre la impronta oficial, como editoriales de un periódico del gobierno. Todo lo expresaba cuidadosamente; decía lo necesario, nada más. Nada de sentimentalismo. Nada de fuegos artificiales del intelecto. En un lugar determinado había que formular tal o cual declaración: se formulaba, registraba, ratificaba y ahora, parecía querer decir, podéis discutirla, hacer historia y así sucesivamente; el marco oficial ya ha sido fijado.

No puedo decir con certeza si nuestro diamante Sverdlov se quebró por un exceso de trabajo; ello siempre es difícil de determinar. Pienso que sus médicos subestimaron la tensión en la cual vive un revolucionario. A menudo les oí decir: "Desde luego, el esfuerzo excesivo desempeñó un papel importante en su caso, pero la causa verdadera de su enfermedad reside en otro lado y se habría manifestado aun bajo las circunstancias más favorables, aunque quizás con posterioridad". Pienso que se equivocan. Creo que la enfermedad latente en su organismo y los peligros externos que lo rodearon siempre, se combinaron para hacerle un daño fatal sólo en conjunción con la tensión excesiva: este factor, por ende, fue la causa dominante de la catástrofe. Sverdlov se constipó después de uno de sus discursos en provincias, pero como rehusó atenderse, prácticamente se desmoronó bajo el peso de las tareas sobrehumanas que se había impuesto. Por esta razón, aunque a diferencia de otros revolucionarios no murió en el campo de batalla, estamos en lo cierto cuando

vemos en él un hombre que dio su vida por la causa que servía.

Su mejor epitafio fue el de Lenin: "Hombres de esta madera son indispensables. Para remplazarlo necesitaremos docenas de sustitutos."⁶

NOTAS

I. M. Sverdlov (1885-1919) se unió al Partido Socialdemócrata Ruso en 1901. De 1902 a 1917 se especializó en el trabajo ilegal, clandestino, para Lenin en Rusia. Se pronunció por la fracción bolchevique desde que ésta se constituyó en 1903. Firme e incuestionablemente leal a la línea de Lenin, integró el Comité Central por cooptación en 1913. En 1917, desde la Revolución de Febrero hasta el golpe bolchevique en octubre, fue el organizador insustituible del partido, uno de los hombres que mantenían el control entre bastidores mientras Lenin, Zinóviev y otros líderes bolcheviques se desenvolvían en el plano público. Tras la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918, Sverdlov sucedió a Kámenev como presidente del C.E.C. (Comité Ejecutivo Central Panruso de los Soviets), cargo que lo convirtió en el jefe nominal del estado. Desde entonces hasta su muerte en 1919, Sverdlov y Stalin fueron los más estrechos colaboradores de Lenin.

1. **LAS JORNADAS DE JULIO:** La denominación se aplica generalmente a la crisis política de mediados de julio, en 1917, cuando una manifestación inspirada por los bolcheviques, en la cual Lunacharski desempeñó un papel primordial, no logró derribar el gobierno provisional. Lenin y Zinóviev huyeron entonces a Finlandia.

2. **PALACIO DE KSHESÍNSKAIA:** En marzo de 1917 el Partido Bolchevique se apoderó del palacio de Kshesínskaia, famosa bailarina y ex-amante del zar, para su cuartel general en Petrogrado.

3. **ASAMBLEA CONSTITUYENTE:** Este cuerpo elegido democráticamente, propuesto por el gobierno provisional, debía decidir el futuro político de Rusia. Las elecciones se realizaron después de la toma del poder por los bolcheviques, a fines de 1917, y dieron una mayoría absoluta de votos al Partido Socialrevolucionario. Cuando la asamblea rechazó los dictados de los bolcheviques, éstos forzaron su disolución, el 18 de enero de 1918, después de una sesión de solo un día.

4. **COMO SABEMOS DESPUÉS DEL PROCESO:** Se refiere al juicio espectacular de treinta y cuatro

miembros del Partido Socialrevolucionario de derecha, realizado en Moscú en abril de 1922, y en el cual Lunacharski actuó como fiscal. Entre los abogados defensores se contaba el belga Émile Vandervelde. Como epílogo de un "proceso" completamente amañado, se condenó a muerte a doce socialrevolucionarios, pero la pena fue conmutada por trabajos forzados como consecuencia de la presión ejercida por la opinión pública mundial.

5. EL MARINO ZHELEZNIAK: Zhelezniákov (Lunacharski cita mal su nombre), de convicciones políticas anarquistas, mandaba el destacamento de marinos armados que los bolcheviques apostaron en el Palacio de Táurida para "proteger" a los miembros de la Asamblea Constituyente. Por orden de Lenin, Zhelezniákov disolvió la asamblea.

6. SU MEJOR EPITAFIO FUE EL DE LENIN: Las líneas citadas constituyen una paráfrasis de una necrología escrita por Lenin en "Pravda" del 20 de marzo de 1919. (Véase V. I. Lenin, "Obras completas", Buenos Aires, tomo XIX, 1960, págs. 87-88. — Paréntesis del trad. al esp.)

EL CAMARADA VOLODARSKI

Me encontré por primera vez con el camarada Volodarski poco después de mi llegada a Rusia.¹

Yo era candidato a la Duma Municipal de Petersburgo y en las elecciones, celebradas en junio si no recuerdo mal, salí electo concejal. Me reuní con Volodarski en la primera sesión del grupo formado por los concejales bolcheviques y "mezhraiontsi" (interregionales).² Este grupo conjunto, debo señalarlo, contenía un buen número de personalidades enjundiosas. Entre sus miembros estaban Kalinin³ y Ioffe⁴ y camaradas del partido "Interregional" como Tovbin y Derbyshev; incluía también hombres como los camaradas Sachs,⁵ Axelrod y muchos otros. Ello no obstante, Volodarski estaba en la primera fila de aquella compañía que distaba de ser mediocre.

Iákov Mijaílovich Sverdlov, como "instructor del grupo", nos dio primero ciertas instrucciones generales, tras lo cual comenzamos a discutir los problemas que teníamos por delante. Volodarski descolló al momento en esa discusión. Con gran sutileza y vivacidad mental abordó los problemas básicos de nuestra nueva tarea y describió cómo podíamos combinar un servicio efectivo a las necesidades cotidianas de la población trabajadora de Petrogrado con la tarea agitativa revolucionaria. Aún no conocía el apellido de Volodarski. Sólo veía ante mí a un hombre pequeño, regordete, de complexión sólida, con un expresi-

vo perfil águilino, mirada despejada y vivaracha y una dicción incisiva que reflejaba su pensamiento igualmente tajante.

Al interrumpirse la sesión fuimos a un café ubicado frente a la Duma, donde nos sentamos y continuamos nuestra charla. Entonces, involuntariamente y en cierto modo para mi propia sorpresa, le dije a Volodarski: "Me agrada sobremanera verlo a usted en nuestro grupo, porque parece dominar perfectamente todas las complejidades de la lucha que nos espera, en todas partes y en particular en la Duma". Sólo entonces le pregunté cómo se llamaba y de dónde procedía. "Me llamo Volodarski", replicó. "Por procedencia y formación soy un trabajador de Norteamérica. Desde hace tiempo me ocupo en agitación política y he adquirido cierta experiencia al respecto."

Volodarski muy pronto abandonó el trabajo en la Duma. Antes de Octubre había emergido como uno de los agitadores más eficaces del partido, aun si se le comparaba con los empeños turbulentos y a veces flamígeros de propagandistas como Trotski, Zinóviev y otros.

Fue, sin embargo, después de Octubre cuando a Volodarski realmente se le tributó el honor que merecía. Entonces su personalidad lo convirtió, hasta cierto punto, en el más notable representante de nuestro partido en Petrogrado. Debía su posición a su excepcional talento como agitador, a su valerosa rectitud, a su capacidad de trabajo absolutamente inhumana y, por último, a que combinaba logros realmente excepcionales como orador con su trabajo ejemplar al frente de la "Krásnaia Gazieta" [Diario Rojo].

Primeramente procuraré trazar un retrato aproximado de Volodarski como orador y agitador.

Desde un punto de vista literario los discursos de Volodarski no descollaban por la originalidad formal o por esa riqueza de metáforas con la que Trotski regalaba en superabundancia a sus auditorios. En este aspecto, los discursos de Volodarski pecaban de secos. Habrían deleitado a nuestros actuales constructivistas, ⁶ sólo si éstos fueran constructivistas genuinos y no unos perfectos zopencos. Sus discursos eran como una máquina: nada era superfluo, cada parte constitutiva se enlazaba con la siguiente, todo era chisporroteo metálico, todo vibraba con una carga eléctrica interna. Tal vez era éste el estilo norteamericano de elocuencia; pero Norteamérica, que nos ha enviado de vuelta tantos rusos que pasaron por su escuela de hierro, no produjo otro orador comparable con Volodarski.

Su voz parecía imprimir las palabras, tenía una cualidad gráfica, como de cartel, y una sonoridad metálica. Las sentencias fluían con notable suavidad y con un énfasis invariable que sólo ocasionalmente se acrecentaba. En su claridad y regularidad, el ritmo de su discurso me traía a las mientes, más que otra cosa alguna, el estilo declamatorio de Maiakovski. Una especie de incandescencia revolucionaria ardía en su interior. Tras aquella energía brillante y al parecer de índole mecánica, uno podía percibir su entusiasmo ferviente y la agonía de su corazón proletario. Sus discursos eran cautivantes. No eran prolongados, se les comprendía con singular facilidad, cada uno de ellos era un arsenal completo de consignas, de aguzadas y bien dirigidas saetas verbales.

Parecía forjar los corazones de sus oyentes. Escuchándolo comprendía uno, más que en el caso de cualquier otro orador, cómo el agitador, en es-

ta época en que la agitación política ha florecido tal vez como nunca antes, puede modelar la arcilla humana hasta que toma forma bajo sus manos y se convierte en el arma esencial de la revolución.

De las cualidades de Volodarski, las retóricas eran las más grandes, pero de ninguna manera las únicas. Era también un extraordinario director de periódicos e insustituible, en su esfera como periodista. Su "Krásnaia Gazieta" inmediatamente se transformó en un diario realmente combativo, el periódico casero de la revolución, fácilmente comprendido por las masas, aun más que "Pravda" pese a toda la universalidad del atractivo de ésta. Su diario reflejaba enteramente al hombre: sensible, armado con toda su maña norteamericana, sobresaliente en su soslayamiento de lo superfluo, simple y poderosamente efectivo en su simplicidad. Escribía como hablaba, con notable facilidad. Nunca se esforzó por ser sumamente original. Con sus artículos, al igual que con sus palabras, apuntaba como con balas. Cuando alguien dispara una andanada y ataca, no se preocupa de si las balas son originales o no. Pero sus palabras habladas o impresas, como las balas, atravesaban los obstáculos.

En todo lo que emprendía, Volodarski era un buen organizador. Con la misma desenvoltura y habilidad instintiva que manifestaba al improvisar un discurso sobre cualquier tema y hacer que se reuniera una multitud a su alrededor, podría, según creo, haber dirigido cualquier organización. Pero nunca estuvo en condiciones de demostrar toda la gama de sus cualidades organizativas, ya que lo mataron tempranamente y antes de su muerte sólo pudimos emplear esos dones en la "Krásnaia Gazieta" y como jefe del Departa-

mento de Prensa del antaño denominado Comité Ejecutivo de la Unión de Comunas Septentrionales. En su papel de "censor", la burguesía lo aborrecía cordialmente.

La burguesía y todos sus paniaguados lo odiaban, asimismo, como político. Creo que a ninguno de nosotros detestaban tanto como a él. También los socialrevolucionarios abominaban de él en secreto. ¿Por qué esta inquina contra Volodarski? En primer lugar porque era omnipresente: volaba de una reunión a otra y se le veía en Petersburgo y en tal o cual de los distritos circundantes casi simultáneamente. Los trabajadores comenzaron a tratarlo como a un periódico viviente. Y era implacable. No sólo encarnaba en su plenitud la amenaza de la Revolución de Octubre, sino también un preanuncio de las explosiones de terror rojo que tendrían lugar después de su muerte. Sería erróneo ocultar que Volodarski era un terrorista. Estaba profundamente convencido de que si titubeábamos en acometer a la hidra de la contrarrevolución, ésta nos devoraría, y no sólo a nosotros, sino además a las esperanzas que Octubre había despertado en toda la faz de la tierra.

Era un combatiente absolutamente consagrado a su tarea, listo para ir adonde fuera necesario. Había algo de Marat en su insensibilidad, pero a diferencia de Marat buscaba la luz del sol: no era para él el papel de consejero secreto, de eminencia gris. Estaba, por el contrario, siempre a la vista, con su perfil aquilino y su mirada vigilante, hablando siempre a plena voz, con esa ronquera especial que lo distinguía, siempre en la primera fila. Un buen blanco para sus enemigos; el jefe que comanda sobre el terreno.

Por eso lo mataron.

Analizando los hechos, se comprende que era forzoso que eso ocurriera. En ese entonces Zinóviev gobernaba en Petersburgo. Sus enemigos no podían tolerarlo y probablemente lo hubiesen liquidado de haber tenido la oportunidad. La mano de hierro que estrangulaba a la contrarrevolución era Uritski, y también a él lo mataron poco después. Pero nuestro portaestandarte, nuestro tambor, nuestro pregonero era Volodarski. No avanzaba como un general, sino como un gran tambor mayor al frente de una columna de titanes. Muchos cayeron en esa contienda, pero cayeron en lucha abierta. Volodarski fue el primero en ser alcanzado por la bala de un asesino. Todos comprendimos que los matadores eran los socialrevolucionarios, como posteriormente pudo demostrarse. Eran, al fin y a la postre, el sector más resuelto de la burguesía.

Mas no fue una mano burguesa la que segó la vida de Volodarski, el dedicado tribuno del pueblo, el *chevalier sans peur* del orden proletario. Sí, lo abatió la mano de un trabajador. Su victimario era un pequeño obrero enfermizo, un gran idealista. Durante años este hombre suave, de pecho hundido, había soñado con servir de algún modo la revolución de su clase, servir a la causa y si era menester morir como un mártir. Y entonces se le acercan los intelectuales, hombres que habían sido condenados a la deportación en Siberia, que habían ganado el derecho, por así decirlo, de adornar su pecho con medallas revolucionarias.

En su fuero interno estos intelectuales aceptaban la revolución como si fuera su propia causa, la causa que los llevaría a ellos, la vanguardia de la pequeña burguesía, al poder. Esos intelec-

tuales ya estaban arrellanados en sus sillones de Millerand,⁷ habían ya llegado a un arreglo con la burguesía, habían paladeado las dulzuras de ser los lacayos del capitalismo y de desplegar el bonito biombo rosa de sus frases revolucionarias para proteger al capitalismo de la furia del proletariado en ascenso. Pero ahora se habían alzado los tribunos del pueblo para guiar hacia adelante a esos hombres encolerizados, para rasgar el bonito biombo rosa, derribar los asientos ministeriales de esos respetadísimos Chernoves y Tse-retelis⁸ y aventar con mano de hierro a los héroes de los intelectuales y sus esperanzas, junto con las de los capitalistas que precipitadamente se habían amoldado al nuevo orden de cosas.

¡Oh, cuánto odio, qué *pathos* heroico, mezclado con el sentimentalismo de la fraseología huera, ardía en los pechos de esos novios de la revolución, a la que ésta había dado calabazas! Y esos intelectuales, abusándose de la fe que por ellos sentía el pequeño trabajador de pecho hundido, le dijeron: “¿Quieres asestar un golpe en nombre de tu clase, estás preparado para morir como un mártir? Entonces ve y mata a Volodarski. No te ordenamos ahora que lo hagas: elegiremos el momento, aún tenemos que procurarnos los medios, pero ya podemos prometerte algo, y es que será una hazaña digna de morir por ella.”

De este modo, tras entregarle un revólver al desdichado y sujetarlo a la tensión mental de preparar el asesinato de un tribuno amado por su pueblo, los caballeros del Partido Socialrevolucionario dejaron pasar día tras día, semana tras semana, mientras acechaban a Volodarski como a un animal marcado. ¡Pero desde luego que el asesino tenía otra razón completamente distinta

para hallarse en un lugar descubierto cuando el coche de Volodarski debía pasar por allí! ¡Pero por supuesto que los socialrevolucionarios son inocentes del crimen, ya que no le indicaron al matador que apretara el gatillo en ese momento determinado! Lo apretó simplemente porque al automóvil se le reventó un neumático y el asesino pensó que la ocasión era buena para matar a Volodarski. Y lo hizo. Los socialrevolucionarios no sólo quedaron perplejos, sino que se indignaron y de inmediato anunciaron en su periódico que nada tenían que ver con el atentado.

Vale la pena recordar las circunstancias que rodearon el asesinato de Volodarski. El día de su muerte había telefoneado a Zinóviev para decirle que estaba en la fábrica de Obujovski y que había una gran agitación en ese centro industrial, entonces bajo control semiproletario; se advertían obvios signos de antisemitismo, gamberrismo franco y reacción pequeñoburguesa.

Era el momento en que los socialrevolucionarios —en un todo de acuerdo con los oficiales de la Escuadrilla de Buques Minadores— habían soliviantado tan exitosamente las tripulaciones de la escuadrilla⁹ que en una reunión en la que hablamos Raskólnikov¹⁰ y yo los engañados marineros de los minadores corearon la consigna: “¡Rusia necesita la dictadura de la Flota del Báltico!” Nadie objetó cuando puntualizamos que detrás de esa dictadura se alzaba la dictadura de unos pocos oficiales barnizados de socialrevolucionarismo y una cantidad menor de individuos oscuros cuyos conexiones, a través del irónicamente sonriente almirante Shchastni,¹¹ se extendían a las negras profundidades del abismo. La Escua-

drilla de Minadores movía los hilos de los desórdenes en la fábrica de Obujovski.

Volodarski le pidió a Zinóviev que fuera a la fábrica de Obujovski y procurara aplacar los disturbios mediante su autoridad personal. Zinóviev me invitó a acompañarlo y durante dos horas, entre los alaridos y abucheos de la chusma socialrevolucionaria y menchevique (todos los elementos reaccionarios de la fábrica se habían plegado a los socialrevolucionarios y mencheviques), tratamos de apaciguar a la multitud excitada. Al regresar de la fábrica de Obujovski, antes de alcanzar el puesto de control en el Neva, nos enteramos de que habían matado a Volodarski.

La congoja y el horror se apoderaron de la población trabajadora. La bala que ultimó a Volodarski puso fin también a toda la conjura Obujovski-Escuadrilla de Minadores. El Comité Ejecutivo de Petersburgo desarmó a la Escuadrilla de Minadores y se puso coto inmediato al alboroto en la fábrica de Obujovski.

En la Gran Sala de Catalina del Palacio de Táurida, sumergido en un mar de flores, hojas de palma y cintas rojas, yacía Volodarski, el águila caída. Sus orgullosos rasgos resaltaban ahora más afilados que nunca, como un emperador romano en bronce. Silencioso, imponía aún respeto. Sus labios, de los que antaño brotaran discursos tan fervientes y duros, estaban apretados como si fuera consciente de que había dicho todo lo que tenía que decir. Me impresionó vivamente la actitud de algunas viejas trabajadoras ante el muerto. Varias de ellas se le acercaron con lágrimas maternales en los ojos, contemplaron larga y amorosamente al héroe asesinado y dijeron entre sollozos convulsivos: "¡Nuestro querido Volodarski!"

El cortejo fúnebre de Volodarski fue uno de los más imponentes jamás vistos por Petersburgo, ciudad que no es ajena a grandes acontecimientos. Decenas, tal vez centenas de miles de trabajadores lo siguieron hasta su tumba, en el campo de Marte. ¿Qué sintieron entonces sus matadores socialrevolucionarios? ¿Supieron contra quién habían levantado su mano? ¿Reconocieron para sus adentros cuán cabalmente estaba *todo* el proletariado de Petersburgo del lado de Volodarski, de nuestro lado, del lado del Partido Comunista? No lo hicieron. Su único objetivo había sido apuntar con el revólver. Habían revuelto cielo y tierra en pos de terroristas complacientes, para ver lo conveniente que podría ser alguna nueva Konopliova, alguna nueva Kaplan ¹² para "nuevos hechos y nuevas víctimas".

La aversión contra Volodarski era tan intensa que cuando Iudiénich ¹³ avanzaba hacia Petersburgo dinamitaron el monumento provisorio erigido en su memoria, no lejos del Palacio de Invierno. En mi última visita a Petersburgo vi en la sala principal del Museo de la Revolución la estatua estropeada y parcialmente mutilada. No puedo decir que el artista haya ejecutado una obra de primera clase con ese monumento. En todo caso, habrá que sustituirlo más adelante por uno más sólido y artístico. ¹⁴ Pero tal como es, ese gigante gris de rasgos aguileños, estropeado y rajado en su base, otea orgullosamente en el futuro con la victoria reflejada en su semblante.

NOTAS

"Volodarski" era el seudónimo partidario de Moisiéi Márkovich Goldstein (1891-1918). Nacido en el seno de una familia pobre de Volín (Ucrania Occidental), fue

deportado a Arjánguelsk cuando aún era un liceal, por ser "indigno de confianza política". En 1905 adhirió al Bund, más tarde a la "Spilka" o Partido Socialrevolucionario Ucraniano. Arrestado en 1911, lo enviaron nuevamente a Arjánguelsk. Después de la amnistía general de 1913, Goldstein emigró a los EE. UU. y trabajó como sastre en un taller de Filadelfia donde se explotaba brutalmente a los obreros. De ahí que se afiliara al Partido Socialista Norteamericano y a la Unión Internacional de Trabajadores del Vestido. Durante la Primera Guerra Mundial se unió a Bujarin y Trotski en Nueva York, donde editaron el periódico en idioma ruso "Nash Mir" [Nuestro Mundo]. En 1917 Goldstein (ahora Volodarski) volvió a Petrogrado en mayo y se lanzó al campo de la militancia política bolchevique. Yendo de una reunión obrera a otra, Volodarski fue ultimado a balazos el 20 de junio de 1918 en la calle Farfórov por Serguéiev, socialrevolucionario de derecha.

1. MI LLEGADA A RUSIA: Lunacharski se refiere a su regreso de Suiza a Rusia, en abril de 1917.

2. INTERREGIONALES: Pertenecientes a la Organización Interregional de Demócratas Socialistas Unidos, un agrupamiento socialdemocrático de centro-izquierda, no fraccionalista, fundado en 1913 por Konstantín Iureniev (1889-¿1938?). Políticamente el grupo era muy influyente, pese a su debilidad numérica si se le compara con los bolcheviques y mencheviques, y entre sus miembros se contaron Trotski, Lunacharski y Volodarski. En el VI Congreso del Partido Bolchevique (julio de 1917) los "interregionales" se sumaron en bloque a los bolcheviques.

3. KALININ: Mijaíl Ivánovich Kalinin (1875-1946). Obrero metalúrgico de origen campesino, se convirtió en socialdemócrata en 1897. Resultó electo al Comité Central bolchevique en 1919, al Politburó en 1926. Jefe titular del estado soviético desde 1919 hasta su muerte.

4. IOFFE: Adolf Ioffe, alias V. Krimski (1883-1927). Socialdemócrata de la primera época; más tarde, como Lunacharski, partidario de "Vperiod", y luego "interregional". Amigo íntimo de Trotski. Delegado a las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. Luego embajador soviético en China, Japón y Austria. Al enterarse de la deportación de Trotski a Asia Central, en 1927, Ioffe se suicidó.

5. SACHS: G. D. Sachs (1882-). Ex integrante del Partido Socialista Revolucionario. Elegido al Comité Central del partido en 1905. Se volvió socialrevolucionario de izquierda cuando la escisión del partido en 1917. Integró el Comité Militar Revolucionario que organizó la toma del poder por los bolcheviques en octubre de

1917. Adhirió a los bolcheviques luego de la revuelta de los socialrevolucionarios de izquierda en 1918.

6. **NUESTROS... CONSTRUCTIVISTAS:** Movimiento vanguardista de la década de 1920 en pintura, arquitectura y teatro. Su principal preconizador fue Vladimir Tatlin, quien utilizó materiales "industriales"—cables, vidrio, chapas metálicas— para definir y articular relaciones espaciales. En el teatro aplicaron esta técnica a la escenografía Tairov y Meyerhold; el segundo extendió el despliegue formal de líneas, planos y niveles abstractos a un estilo completamente anti-realista de actuación, vacío de toda emoción e ilusión. Lunacharski se refiere sarcásticamente a este último aspecto del constructivismo; como dramaturgo, Lunacharski era un tradicionalista en lo tocante a técnica teatral.

7. **SILLONES DE MILLERAND:** Alexandre Millerand (1859-1943). Político socialista francés. Líder primeramente del socialismo de izquierda, muchos de sus camaradas lo denunciaron con acrimonia por haber aceptado un puesto en el gabinete, en 1899. El repudio de la izquierda fue aun mayor cuando pasó a ocupar el cargo de ministro de guerra, de 1912 a 1915. Los dirigentes soviéticos detestaban a Millerand en especial porque durante la guerra ruso-polaca de 1920 suministró armas a Polonia. De 1920 a 1924 fue presidente de la República Francesa. Al referirse a los socialrevolucionarios de derecha, Lunacharski emplea aquí el nombre de Millerand como término denigratorio para tipificar a todos los "socialistas renegados".

8. **TSERETELIS:** Irakli Gueorguiévich Tsereteli (1881-1959). Socialdemócrata georgiano. Diputado menchevique a la Segunda Duma. Sentenciado a trabajos forzados en 1907, deportado a Siberia de 1912 a 1917. Miembro de varios gabinetes de coalición del gobierno provisional. Emigró después del golpe bolchevique en 1917.

9. **TRIPULACIONES DE LA ESCUADRILLA:** Durante las revoluciones de 1917 y el período inmediatamente siguiente, los marinos, de todos los rangos, pertenecientes a las escuadras rusas, fueron sumamente activos. Existía, empero, una importante diferencia ideológica entre las tripulaciones de los grandes buques de línea cuya base era Kronstadt, las cuales eran predominantemente bolcheviques o anarquistas, y las tripulaciones de las embarcaciones menores con base en Petrogrado (por ejemplo minadores y submarinos), que por lo general simpatizaban más con los socialrevolucionarios.

10. **RASKÓLNIKOV:** F. F. Ilin, alias Raskólnikov (1892-1939). Adhirió al Partido Socialdemócrata en 1910. Se alistó en la marina zarista en 1914. Dirigió el grupo de marinos bolcheviques de Kronstadt en 1917. Presidente del Soviet de Kronstadt.

11. **ALMIRANTE SHCHASTNI:** En setiembre de 1917 Finlandia, bajo influencia alemana, se declaró independiente de Rusia. Shchastni ordenó que todos los buques de guerra en la bahía de Helsinki levaran anclas y se dirigieran a Kronstadt. Esta oportuna medida salvó una parte considerable de la Flota del Báltico de caer en manos alemanas. Aunque Lenin celebró esa acción, Trotski entendió que Shchastni era políticamente indigno de confianza; se acusó al almirante de difundir propaganda antibolchevique y se le fusiló.

12. **KAPLAN:** Fanny Kaplan. Mujer terrorista que hirió gravemente a Lenin el 30 de agosto de 1918, el mismo día en que Volodarski fue asesinado en Petrogrado. Fanny Kaplan, que había sido anarquista, padecía de un desequilibrio mental a consecuencia de su encarcelamiento por terrorismo bajo el régimen zarista. Lunacharski sugiere que era una mercenaria o simpatizante de los socialrevolucionarios, aunque nunca se presentaron pruebas de esos extremos. Fue fusilada sin proceso. Esos dos ataques prácticamente simultáneos contra dirigentes bolcheviques desencadenaron una ola de terror contra todos los contrarrevolucionarios reales o presuntos.

13. **IUDIÉNICH.** Nikolái Nikoláievich Iudiénich (1862-1933). General ruso. Por ser el oficial de más alta graduación en la zona, Iudiénich tomó el mando de las fuerzas "blancas" en Estonia, el más septentrional de los tres estados bálticos. Desprovisto por completo de sentido político, Iudiénich despertó las antipatías de los estonios, de los que dependía logísticamente. Sin embargo, sus tropas estuvieron a un tris de tomar Petrogrado en dos oportunidades, en mayo y setiembre de 1919, pero el avance final perdió fuerzas en las afueras de la ciudad.

14. **MÁS SÓLIDO Y ARTÍSTICO:** Al monumento dañado lo sustituyó un sencillo obelisco de granito, erigido en el lugar del asesinato. En vez de una cabeza o busto de Volodarski, una inscripción reza: "El 20 de junio de 1918 un asesino mercenario ultimó aquí traicioneramente al amado líder de los obreros de Petersburgo, V. Volodarski".

MOISIEI SOLOMONOVICH URITSKI

Lo conocí en 1901.

Entre la prisión y el exilio me liberaron por un breve período, para ver a mis parientes en Kíev.

A solicitud de la "Cruz Roja Política" ¹ local, di una conferencia a beneficio de esa institución. A todos nosotros —al conferenciante y el público, entre el que se contaban E. Tarle ² y V. Vodovóзов— ³ nos llevaron detenidos, con escolta cosaca, a la prisión de Lukianovski.

Cuando miramos un poco a nuestro alrededor comprendimos que se trataba de una cárcel bastante singular: las puertas de las celdas nunca se cerraban con llave, se hacía gimnasia en común y durante el recreo ora practicábamos deportes, ora asistíamos a conferencias sobre el socialismo científico. De noche nos sentábamos a las ventanas y se cantaba y recitaba. La prisión funcionaba como una comunidad, ya que tanto el rancho carcelario como los víveres que nos enviaban nuestros familiares iban a parar a la olla común. A la comunidad de prisioneros políticos le estaba permitido ir de compras al mercado, para lo cual sumábamos nuestros recursos; dirigíamos también la cocina, en la cual trabajaban los presos comunes. Los delincuentes veían la comunidad con adoración, pues en último término a ésta se debía que los prisioneros no tuvieran que soportar malos tratos de hecho y ni siquiera de palabra.

¿Qué milagro había trasmutado la prisión de

Lukianovski en una comunidad? El de que la prisión, más que por su alcaide, era dirigida por el decano de los "políticos", Moisiéi Solomónovich Uritski.

En esos días gastaba una gran barba negra y chupaba sin cesar una pipa pequeña. Flemático, imperturbable como un viejo contramaestre en alta mar, rondaba por la prisión con su paso de oso. Todo lo sabía, en cualquier lugar encontraba su camino, impresionaba a todo el mundo y era amable con algunos, duro con otros, y nadie ponía en tela de juicio su autoridad.

Dominaba a los carceleros con su energía calmada y daba a su superioridad moral un uso intenso y efectivo.

Transcurrieron años durante los cuales uno y otro vivimos en la deportación; luego ambos nos convertimos en *emigrés*.

Moisiéi Solomónovich Uritski, menchevique de izquierda, era un revolucionario sincero y ardiente y un socialista. Solapada por su frialdad y flema aparentes, se ocultaba una fe titánica en la causa de la clase obrera.

Uritski se burlaba de todos esos elocuentes discursos llenos de *pathos* acerca de lo grande y lo bello; se enorgullecía de ser un hombre práctico y le gustaba bromear al respecto, aun hasta el punto de un aparente cinismo, pero en realidad era un idealista de pura cepa. Para él la vida no era posible fuera del movimiento obrero. Su enorme pasión política no hervía o bullía, simplemente porque era demasiado metódica y estaba sistemáticamente orientada hacia un objetivo. Por ello la expresaba sólo en la acción, acción sumamente efectiva.

Su lógica era inflexible. La guerra de 1914 lo

halló en una línea internacionalista; Uritski no buscó un camino intermedio. Como Trotski, como Chicherin,⁴ como Ioffe, pronto comprendió la imposibilidad absoluta de mantener ni la sombra de un vínculo con los mencheviques defensistas y por tanto rompió totalmente con el grupo de Mártov, que no podía comprender por qué lo hizo.

Ya antes de la guerra, junto con el hombre que estaba políticamente más cerca de él, Liev Davidovich Trotski, se hallaba más próximo a los bolcheviques que a los mencheviques.

Tras una larga separación me encontré nuevamente con Uritski en Berlín, en 1913. ¡Se repitió la misma historia! Siempre he tenido mala suerte con mis conferencias. La colonia rusa en Berlín me invitó a dar dos disertaciones, pero la policía berlinesa me arrestó, me mantuvo detenido durante un breve período y me expulsó de Prusia con prohibición de reingreso. Nuevamente Uritski apareció como un genio bienhechor. No sólo hablaba un excelente alemán sino que tenía contactos en todas partes, a los que recurrió para convertir mi arresto en un gran escándalo para el gobierno. Una vez más admiré cómo, sonriendo irónicamente, hablaba con un detective o con periodistas burgueses, o cómo describía nuestra campaña en una consulta con Karl Liebknecht, que se había interesado en este incidente menor pero significativo.

Y siempre producía esa misma impresión de serena confianza y de sorprendente talento para la organización.

Durante la guerra Uritski, que vivía en Copenhague, realizó allí una importante actividad. Pero su gran capacidad organizativa se desarrolló

paulatinamente, hasta proporciones colosales, en la propia Rusia, durante nuestra gloriosa revolución.

Primeramente se integró a la denominada Organización Interregional. La puso en orden y los arreglos para su fusión incondicional y completa con los bolcheviques se debieron en gran medida a los esfuerzos de Uritski.

A medida que se aproximaba el 25 de octubre, la energía de Uritski empezó a ser cada vez más apreciada en el cuartel general bolchevique.

No todos son conscientes, por cierto, del papel realmente gigantesco desempeñado en Petrogrado por el Comité Militar Revolucionario,⁵ desde el 20 de octubre hasta mediados de noviembre. La culminación de ese esfuerzo organizativo sobrehumano fueron los días y noches que van del día 24 hasta el fin del mes. A través de esos días y noches Moisiéi Solomónovich nunca durmió. A su alrededor estaba un puñado de hombres de gran energía y resistencia, pero ellos caían exhaustos, se les relevaba, se turnaban en el trabajo; Uritski, con los ojos rojos por falta de sueño, mas tan calmo y sonriente como siempre, se mantenía en su puesto, en el sillón adonde todos los hilos confluían y de donde partían todas las directivas de aquella organización revolucionaria provisional, tosca pero poderosa.

Por aquel entonces entendía yo que la contribución de Moisiéi Solomónovich había sido una maravilla absoluta de eficiencia, autodisciplina y pericia. Aun hoy considero que esa página de su trabajo vital fue un milagro en su tipo. Pero esa página no fue la última, y aun ese episodio brillante no ha eclipsado sus aportes posteriores.

Tras la victoria del 25 de octubre y la serie

de victorias que la sucedieron en toda Rusia, uno de los momentos de mayor ansiedad lo constituyó el problema de qué relaciones se desarrollarían entre el gobierno soviético y la futura Asamblea Constituyente. El arreglo de este asunto exigía un político de primera fila, que fuera capaz de combinar una voluntad de hierro con la necesaria habilidad táctica. Sólo se propuso un nombre: la candidatura de Uritski se aprobó inmediatamente y por unanimidad.

Fue notable ver a nuestro "comisario de la Asamblea Constituyente" en esos días turbulentos. Puedo comprender que todos esos demócratas, con la boca llena de frases rimbombantes sobre la justicia, la libertad, etcétera, etcétera, ardan de odio por el hombrecito regordete que los observaba a través de los aros negros de sus quevedos con tan gélida ironía, y que echó por tierra todas las ilusiones de ellos nada más que con una sonrisa tranquila; ¡cada uno de los gestos de Uritski encarnaba la superioridad de la fuerza revolucionaria sobre la manía de las frases revolucionarias!

Cuando, en el primer y último día de la Asamblea Constituyente, los solemnes discursos de Chernov retemblaban sobre el agitado piélago de los socialrevolucionarios y la "asamblea soberana" trataba en cada oportunidad de demostrar que era ella y no otro organismo el gobierno real, el camarada Uritski se paseaba por el Palacio de Táurida como había rondado otrora por la prisión de Lukianovski, con el mismo andar de plantigrado, con la misma imperturbabilidad sonriente, y una vez más lo sabía todo, en cualquier lugar encontraba su camino, e inspiraba a algunos firme confianza, a otros la desesperación más extrema.

"¡Hay algo ominoso en torno de Uritski!", oí decir, en ese día memorable, a uno de los socialrevolucionarios de derecha en los pasillos.

La Asamblea Constituyente fue liquidada. Pero surgiría un nuevo problema, aun más perturbador: Brest-Litovsk.

Uritski se oponía ardientemente a la paz con Alemania. Este hombre, la encarnación misma de la frialdad, decía con su sonrisa habitual: "¿No sería mejor morir con honor?" Empero, cuando algunos comunistas de izquierda daban señales de perder el control de sus nervios, Moisiéi Solomónovich replicaba con calma: "¡La disciplina partidaria por encima de todo!" Y para él no era ésa una frase vacía.

La ofensiva alemana de febrero había comenzado.

Forzado a la evacuación, el Consejo de Comisarios del Pueblo puso la responsabilidad por Petrogrado, que estaba en una situación casi desesperada, sobre los hombros del camarada Zinóviev.

"La situación será muy difícil", dijo Lenin a los que quedaban detrás, "pero Uritski permanece con ustedes". Y esto los tranquilizó.

Entonces comenzó la lucha heroica y habilidosa de Moisiéi Solomónovich contra la contrarrevolución y el mercado negro en Petrogrado.

¡Qué de maldiciones, qué de acusaciones se acumularon sobre él! Sí, Uritski era feroz: los redujo a la desesperación por su actitud implacable, por su vigilancia. Al sumar en sus manos el control de la Comisión Extraordinaria⁶ y del Comisariado del Interior y en una gran medida la orientación de la política exterior, se convirtió en el más terrible perseguidor en Petrogrado de to-

dos los ladrones y saqueadores del imperialismo, en sus diversos matices y pelajes.

Bien sabían qué poderoso enemigo era Uritski. También lo odió la pequeña burguesía, que vio en él la encarnación del terror bolchevique.

Pero nosotros, que estábamos hombro con hombro junto a él, supimos cuánta generosidad albergaba su corazón y cuán capaz era de combinar una dureza necesaria con la bondad más genuina. Desde luego, no había ni un adarme de sentimentalismo en su modo de ser, pero sí mucha humanidad. Sabíamos que su trabajo era tan doloroso como duro e ingrato.

Moisiéi Solomónovich sufrió mucho en el desempeño de su tarea, pero nunca oímos quejarse a ese hombre fuerte. Totalmente disciplinado, era la personificación del deber revolucionario.

Ellos lo mataron. Nos asestaron un golpe realmente certero. Escogieron a uno de sus enemigos más dotados y poderosos, uno de los más poderosos y dotados campeones de la clase obrera.

Haber eliminado a Lenin y Uritski habría significado más que ganar una victoria resonante en el frente de combate.

Mucho nos costará cerrar nuestras filas: una tremenda brecha se ha abierto en ellas. Pero Lenin se recupera * y nosotros haremos lo imposible por remplazar al inolvidable e irremplazable Moisiéi Solomónovich Uritski, decuplicando cada uno de nosotros nuestros esfuerzos.

* Escribí este artículo poco después de que Vladímir Ilich fuera herido.

NOTAS

Uritski nació en 1873, hijo de un hombre de negocios judío. Durante sus estudios de abogacía en la Universidad de Kiev adhirió al Partido Socialdemócrata y organizó una red para importar y distribuir literatura política clandestina. En 1897 cayó arrestado por dirigir una imprenta mimeográfica ilegal. Al escindirse el partido, en 1903, Uritski se plegó a los mencheviques; sus actividades en la revolución de 1905 le depararon un nuevo período de exilio. En 1914 emigró a Francia y escribió para el diario del partido, "Nashe Slovo". De regreso a Rusia en 1917, hizo el tránsito habitual, vía grupo "interregional", al Partido Bolchevique, a cuyo Comité Central ingresó en julio de 1917. Uritski desempeñó un papel capital en la toma del poder por los bolcheviques en octubre. Designado presidente de la Cheka de Petrogrado en 1918, lo asesinó el 30 de agosto un socialrevolucionario llamado Kangeisser.

1. "CRUZ ROJA POLÍTICA" LOCAL: Un raro ejemplo de colaboración entre partidos revolucionarios de todos los matices bajo el régimen zarista. La "Cruz Roja Política" era una organización clandestina, no partidaria, que prestaba ayuda legal y material a los detenidos políticos de todos los partidos.

2. TARLE: Evgueni Víktorovich Tarle (1875-1955). Historiador ruso. En política, liberal hasta 1917, aceptó el régimen bolchevique y, pese a algunas vicisitudes, sobrevivió como para llegar a miembro de la Academia de Ciencias. Ampliamente conocido por sus obras sobre Napoleón y Talleyrand.

3. VODOVÓZOV: V. V. Vodovózov (1864-1933). Economista y periodista, teórico del populismo.

4. CHICHERIN: Gueorgui Vasilievich Chicherin (1872-1936). Comenzó su carrera como empleado público en el Ministerio de Relaciones Exteriores zarista. En 1904 emigró a Berlín, donde se volvió socialdemócrata menchevique; en los años siguientes actuó principalmente en el extranjero, en los movimientos obreros de Alemania, Francia e Inglaterra. Al adherir a los bolcheviques en 1917, Chicherin fue encarcelado en la prisión de Brixton acusado de "simpatía por el enemigo". Lo liberaron en 1918, en canje por Sir George Buchanan, último embajador británico ante el viejo régimen. Comisario de relaciones exteriores, negoció el Tratado de Rapallo con Alemania en 1922. Renunció en 1930 por razones de salud.

5. COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO: El cuerpo organizado por los bolcheviques y dirigido por Trotski —pero que incluía cierta cantidad de menche-

viques de izquierda y socialrevolucionarios de izquierda— que en los hechos preparó y llevó a cabo el golpe armado de octubre de 1917. Tras deponer al gobierno provisional, el Comité Militar Revolucionario asumió temporalmente la soberanía sobre Rusia, nominalmente por cuenta del Soviet de Petrogrado, en realidad por orden de Lenin y del Partido Bolchevique.

6. COMISIÓN EXTRAORDINARIA: Título abreviado de la “Comisión Extraordinaria para Combatir a la Contrarrevolución, la Especulación y la Delincuencia entre los Funcionarios”, o policía secreta. Ampliamente conocida como “Cheka”, abreviatura derivada de las iniciales cirílicas (che y ka) de las palabras rusas para “Comisión Extraordinaria” [Chrezvicháinaia Komissiia]. Se constituyó el 20 de diciembre de 1917 como órgano del Partido Bolchevique y se puso a su frente a Félix Edmúndovich Dzerzhinski (1877-1926), un polaco de ascendencia aristocrática, miembro del Comité Central del partido. La Cheka pronto se convirtió en la fuerza de seguridad del estado, y ha subsistido hasta nuestros días bajo diversas denominaciones como OGPU, NKVD, MVD, MGB, KGB.

IULI OSIPOVICH MÁRTOV (ZEDERBAUM)

La primera vez que oí de Mártov se me dijo que era una de las tres personas inseparables de la trinidad: Lenin, Mártov, Pótresov. Eran éstos los tres socialdemócratas rusos que insuflaban nueva vida al equipo socialdemócrata *emigré* creador de "Iskra".

Cuando arribé a París, de camino a Ginebra (donde debía sumarme a la plana mayor de los redactores bolcheviques), me encontré con O. N. Chernosvítova, parienta política mía que conocía bien a Mártov. Habló de él con entusiasmo, como de un hombre fascinante por la amplitud de sus intereses.

"Estoy segura", me dijo, "que usted y Mártov harán muy buenas migas. Mártov no es como los demás socialdemócratas, tan unilaterales y fanáticos. Su mente es muy amplia y flexible; nada escapa a su interés." Esta descripción me predispuso muy favorablemente hacia Mártov, aunque por aquel entonces políticamente nos separaba un abismo.

Mi primer encuentro efectivo con Mártov difícilmente pudiera haber sido menos propicio. Los mencheviques habían tratado de promover un repugnante escandalete durante una de mis conferencias: gritaron, provocaron un disturbio y trataron de hacer que se levantara la sesión. Se pro-

dujo un violento altercado entre Mártov y mi mujer. Liádov¹ primero y después yo intervinimos y cambié con Mártov algunas frases destempladas.

Pese a la acritud de nuestro encuentro inicial, las relaciones entre nosotros nunca fueron realmente hostiles. Durante mi permanencia en Suiza nos vimos raras veces. En general, bolcheviques y mencheviques vivían vidas completamente separadas. Nos podíamos encontrar, por así decirlo, en el campo de batalla, esto es, en reuniones y debates, pero las noticias de cada bando pasaban de un lado a otro. Llegué a considerar a Mártov como un bohemio bastante simpático, con cierto sello de eterno estudiante, por vocación un frecuentador de cafés, indiferente al confort, discutidor inveterado y con una pizca de excéntrico.

Estas impresiones acerca de las características exteriores de Mártov no hice más que confirmarlas, por lo menos, cuando más adelante tuve oportunidad de conocerlo mucho mejor. Me esforzaré ahora por describir a Mártov, más circunstancialmente, como escritor y orador durante su período suizo.

A primera vista, Mártov era un conferenciante aburridor. Tenía una voz débil, una forma particularmente átona y abrupta de terminar cada sentencia, como si se la comiera. Su figura enclenque, combinada con unos quevedos negligentemente montados en su larga nariz, le daba un aspecto tan típico de teorizador intelectual que de ningún modo podía tratarse en su caso de un tribuno popular capaz de inflamar a sus oyentes. A veces, cuando Mártov subía al estrado y se hallaba vencido por la fatiga, su voz se apagaba hasta volverse casi ininteligible y su discurso resultaba insoportablemente tedioso. Por añadidu-

ra, a Mártoꝛ le era difícil hablar con brevedad: como orador necesitaba, por decirlo así, acodarse cómodamente sobre la mesa. Por ello sus discursos solían ser grises y monótonos, pese a que nunca les faltaba contenido.

Si el oyente lograba seguir el hilo del pensamiento de Mártoꝛ durante sus fatigosas conferencias, siempre podía extraer de ellas algo valioso. Pero Mártoꝛ tenía también sus momentos brillantes. Sobre todo se acaloraba al sucederse las estocadas y aguijonazos del debate polémico, y por este motivo Mártoꝛ alcanzaba el máximo de eficacia cuando improvisaba, durante el diálogo después de una conferencia y al resumir los argumentos propios o del adversario. Conozco muchos maestros de la palabra hablada que flaquean cuando deben hacer una recapitulación. Plejánov sabía ser caústico y brillante, pero, sin embargo, no explotaba todas las ventajas del resumen final, para el cual no hay réplica. Era suficientemente hábil como para recapitular, dismantelar y aplastar todas las objeciones formuladas por Vladímir Ilich como si fueran otras tantas frívolas naderías, pero no sé de nadie que pudiera derrotar a Mártoꝛ en este juego. Si Mártoꝛ tiene la última palabra, nunca podéis sentirlos seguros, por convencidos que estéis de la justicia de vuestra causa, por bien pertrechados que os halléis.

Mártoꝛ siempre vuelve a la vida durante una recapitulación; rebosa de ironía, su mente sutil relampaguea en todo su brillo, puede disecar todo lo dicho por su oponente y explotar absolutamente todos los baches y las menores desviaciones. Es un analista de notable talento, y si en la armadura de su contrario hay la menor falla, éste puede estar seguro de que precisamente por allí lo

atravesará la infalible espada de Mártov. Y cuando lo logra se vuelve más vivaz y hace reír al auditorio o despierta en él murmullos de protesta.

Mártov se conduce de manera similar cuando habla de temas particularmente excitantes para él, lo que frecuentemente ocurrió en los días trágicos de nuestra revolución. Algunos de sus discursos en el Soviet de Petrogrado, durante el período menchevique de esta institución —tanto en reuniones separadas de los mencheviques como en sesiones plenarias de los delegados al soviét—, discursos de tono predominantemente derechista, fueron realmente espléndidos no sólo por su solidez sino también por el fervor de su indignación y su expresión sincera y honrada de sentimientos revolucionarios. Recuerdo que Mártov, después de un discurso en el que apoyó a Grimm² contra Tsereteli, hizo que aun Trotski exclamara: “¡Viva el honesto revolucionario Mártov!”

Al referirse a hombres como Lenin, Trotski y Zinóviev es imposible no señalar que son más fuertes como oradores que como escritores, pese a que esos tres líderes de la revolución rusa son grandes maestros de la pluma. Con Mártov ocurre lo contrario. Como orador sólo tiene éxito en expresiones, arranques y arrebatos, siempre que esté en su mejor forma, y aun entonces la efectividad superficial de su actuación tiende a eclipsar su maestría en la construcción del discurso y la profundidad de su pensamiento. Todo esto, empero, pasa a un primer plano en los artículos de Mártov. Como escritor, el estilo de Mártov es extraordinariamente noble. No se preocupa de mechar en su lenguaje escrito pequeñas ingeniosidades ni de embellecerlo con todos los tipos de imágenes y figuras de lenguaje. Los escritos de Már-

tov carecen de brillo directo porque su autor no se ciñe a una norma. Al mismo tiempo, empero, carecen de esa especial y cruda simplicidad, de esa distintiva vulgarización de la forma sin vulgarización del pensamiento, que es la fuerza de ese líder popular genuino, Lenin. Mártov parece escribir en un lenguaje ligeramente monótono, pero sensible y patéticamente sincero, como si visitara al pensamiento con los airoso pliegues de una túnica griega, lo cual le permite a éste sobresalir en todas las elegantes proporciones de su estructura lógica. En lo esencial, sin embargo, Mártov no es un pensador: es fundamentalmente incapaz de generar ninguna idea original. Hablar de Mártov como pensador —no se puede comenzar por compararlo con Marx, pero cotejémoslo, por ejemplo, con Kautsky— es sencillamente imposible. En la esfera de la táctica revolucionaria el arsenal ciclópeo de un hombre como Lenin es aplastantemente superior a las sutiles especulaciones de Mártov. No, no se trata de su habilidad para acuñar consignas efectivas ni de la amplitud con que domina la técnica revolucionaria, sino más bien de su extraordinaria capacidad de analizar certeramente, de su pericia para trabajar con una lupa y acuñar su pensamiento. El intelecto de Mártov es un instrumento útil para pulir y acrisolar. Sus ideas políticas o tácticas siempre tienen un aspecto acabado, esmerilado, que hace que sus temas elegidos se destaquen con total claridad.

Como político, algunas desventajas de Mártov son fundamentales. Carece del temperamento, la sangre fría y la amplitud de visión que un líder político requiere. Se pierde en problemas de detalle y está inclinado por naturaleza a esa circunspección y cautela que deviene en timidez y dilu-

ye el ímpetu revolucionario. Quienes padecen de este mal terminan en algunos casos como filisteos burgueses, en otros como revolucionarios de poltrona. Márto**v** presenta, indudablemente, algunas de las características de un político de poltrona. Iré más allá: diré que Márto**v** pone sus notables cualidades políticas y su persuasiva capacidad periodística al servicio, en gran medida, de ideas ajenas. Márto**v** es en lo ideológico un excelente figurinista: corta e hilvana, con gran discernimiento, un ropaje ideológico bello y sentador para revestir las consignas que los mencheviques más resueltos confeccionan a espaldas de aquél. Aun la indecisión requiere cierta entereza. En el caso de los típicos mencheviques fanáticos, su vacilación política no deriva de que les falte fuerza de carácter —personalmente pueden ser extremadamente tenaces y resueltos—; surge de los intereses de clase característicos de facciones situadas a mitad de camino entre las grandes clases antagónicas. Tales grupos son irresolutos por su propia naturaleza. Están condenados a que la historia los empuje al terreno intermedio que separa a clases inconciliables, y de ahí esa carencia total de rasgos ni remotamente heroicos en su actitud. Pero esos hombres a veces son capaces de poner en práctica sus decisiones de transacción con gran firmeza, y como en una situación revolucionaria representan la última esperanza del conglomerado —sumamente astuto y aún influyente— de las clases privilegiadas, a veces se convierten, como Noske,³ en gente que pone una mano de hierro al servicio de los cuasi-enemigos de su propia clase para aplastar a sus hermanos de la izquierda, mientras su propio izquierdismo se diluye en meras frases revolucionarias que sirven para solapar sus verda-

deras actividades, entre las cuales en ocasiones se cuenta la represión.

Mártov es incapaz de desempeñar un papel de esa naturaleza, pero su estilo inherentemente miniaturista, su propia formación mental, que lo lleva a analizar aisladamente los hechos y lo incapacita para aceptar esas líneas rigurosas y rotundas que la pasión revolucionaria traza de un tajo a través de hermosos conceptos geométricos, todo ello se combina y hace de él un hombre altamente inepto para actuar en el vasto tumulto de la revolución, tal como se produce en la vida real.

Estas singularidades de su carácter lo empujan irresistiblemente —aunque a veces él se rebela— al campo de los oportunistas, donde se utiliza el talento sastreril de Mártov para aderezar esas suntuosas vestimentas que adornarán las efusiones chabacanas de los “liberdanistas”⁴ de todos los pelajes.

Cuántas veces Mártov, empujado por sus genuinos sentimientos democráticos, casi llegó al punto de concluir una alianza con la socialdemocracia de izquierda. Pero en cada oportunidad se sintió rechazado por lo que llama nuestra tosquedad; en cada ocasión lo repelió ese arrebatado entusiasmo en el cual unos encuentran el placer y la satisfacción máximos, mientras que otros lo tienen por diabólico, y que es fundamentalmente inherente a la fuerza elemental de la revolución, pero ajeno al temperamento de Mártov.

Una vez más ha caído Mártov en el pantano del “liberdanismo” y su mente sutil nuevamente mariposea sobre la ciénaga como un fuego fatuo.

Durante la primera revolución Mártov fue fiel a su índole y desplegó en su plenitud todas las características que precisamente he tratado de

describir. No podría decir que durante el primer choque entre las masas populares y el gobierno desempeñó un papel primordial como dirigente político efectivo: como siempre fue un excelente periodista analítico, un polemista, un táctico de la lucha intra-partidaria.

El período siguiente de emigración asestó a Mártov un duro golpe; nunca, quizás, fue tan aguda, y probablemente tan dolorosa, su tendencia a vacilar. El ala derecha del menchevismo pronto comenzó a corromperse, desviándose hacia el llamado "liquidacionismo". Mártov no deseaba ser arrastrado a esa desintegración pequeñoburguesa del espíritu revolucionario. Pero los "liquidadores" tenían ascendiente sobre Dan y Dan sobre Mártov, y como de costumbre la pesada "cola" del menchevismo arrastró a Mártov al fondo.

Hubo un momento en que Mártov habría concluido un acuerdo con Lenin, instado a ello por Trotski e Innokenti,⁵ que soñaban con la formación de un poderoso centro para contrarrestar la extrema izquierda y la extrema derecha. Esta línea, como es sabido, encontró el apoyo decidido de Plejánov, pero el idilio no duró mucho, Mártov se volcó hacia el derechismo y estalló de nuevo la antigua discordia entre bolcheviques y mencheviques.

Mártov vivía entonces en París. Me llegó el rumor de que había comenzado a echarse a perder, peligro que siempre acecha los exiliados. La política se rebajaba al nivel de riñas de comité y la pasión por la vida bohemia de café comenzaba a amenazarlo con una disminución de sus facultades intelectuales. Sin embargo, cuando llegó la guerra se rehízo y desde el primer momento adoptó una posición sumamente resuelta.

Sin duda alguna, el ala internacionalista de la II Internacional debe a Mártov algunos de sus logros. Éste apoyó activamente a los internacionalistas con discursos y artículos, con su influencia y contactos, y persuadió a casi todos los mencheviques exiliados (salvo los plejanovistas, que hasta entonces eran considerados izquierdistas, pero que al estallar el conflicto adhirieron de inmediato a la causa imperialista de la *Entente*) a que defendieran la línea de Zimmerwald y Kienthal, aunque es verdad que en Zimmerwald Mártov adoptó una posición centrista y discrepó abiertamente con Lenin y Zinóviev.

Mártov se había reencontrado consigo mismo, pero fue entonces cuando se hizo patente, una vez más, su fatal irresolución. Cabelmente consciente de las consecuencias desastrosas del socialismo "defensista", aún confiaba en ganar a los defensores y no se decidía a cortar sus vínculos orgánicos con ellos. Políticamente esto fue su ruina. Destruyó su reputación moral, porque Mártov podía haber desempeñado un brillante papel como líder genuino e inspirador de un grupo de derecha dentro del Partido Comunista si en esa época hubiera mostrado, simplemente, la resolución necesaria para arrojar su peso en el platillo izquierdo de la balanza.

En el inicio de la revolución, después de la llegada de Trotski a Rusia en mayo-junio, Lenin proyectaba una alianza con Mártov, pues comprendía lo valioso que podría ser. Pero las oscilaciones de Mártov, predominantemente hacia la derecha, ya desde sus días en París, sellaron de antemano su destino, o sea el de que ni un lado ni otro lo reconociera como propio, el de pade-

cer un desarraigo permanente en su sincera, honesta pero impotente oposición unipersonal.

Esta tendencia transformó a Mártov en algo políticamente incoloro y lo hará pasar a la historia como una figura mucho más opaca de lo que debería ser en el caso de un hombre políticamente tan calificado.

Estuve mucho más cerca de Mártov en Suiza de 1915 a 1916. Éramos vecinos cercanos, Mártov visitaba frecuentemente a mis amigos los Christys, y él y yo platicábamos a menudo no sólo de política, lo que invariablemente nos hacía disputar, sino también de temas literarios y culturales en general. Admiraba el buen gusto de Mártov y la considerable amplitud de sus intereses, pero debo admitir que, cuando menos en ese entonces, la perspectiva de Mártov era bastante más unilateral de lo que yo supusiera. No manifestaba un gran entusiasmo por el arte, ni un profundo interés por la filosofía. Leía de todo, podía hablar de cualquier cosa y en forma interesante, inteligente y a veces original, pero en cierto modo todo ello lo hacía mecánicamente, su corazón estaba en otra parte: si llegaba un periódico se apartaba de cualquier conversación y se sumergía inmediatamente en la lectura. Incluso cuando alguien leía en alta voz algo divertido o interesante que despertaba la aprobación o el entusiasmo de Mártov, éste se mantenía oculto tras el periódico, como obsesionado por el mismo. Mártov sólo daba muestras de entusiasmo real cuando la conversación giraba en torno a la política, y particularmente al estrecho campo de la política interna del partido.

Ello no obstante, debo reconocer que en las relaciones personales Mártov era sumamente agra-

dable. Intellectualmente, hay algo muy atractivo en él; es muy espontáneo y sincero, lo cual lo convierte en un compañero muy grato. Las personas políticamente neutrales suelen sentir mucho cariño y respeto por él. En sus aliados políticos suscita, si no la misma adoración ferviente que Lenin inspira, por lo menos un afecto sincero y cierto tipo peculiar de admiración.

Señalo una vez más, tras sopesar todos mis recuerdos acerca de Mártov: con profundo pesar me veo obligado a admitir que este gran hombre, con su poderoso intelecto, no ha realizado, debido a las limitaciones inherentes a su tipo psicológico, ni un décimo de su capacidad potencial de influir constructivamente en política.

¿El futuro? De nada sirve tratar de adivinar. Si el sistema comunista triunfa y se consolida, Mártov tal vez podrá desempeñar el papel de leal opositor de derecha, y al mismo tiempo emerger como una de las mentes creadoras de un mundo nuevo —tal espero, desde luego, que sea el caso—; si, por el contrario, todavía sobrevienen tropiezos y demoras antes de la victoria definitiva del comunismo, Mártov o perecerá porque es demasiado honesto para permanecer silencioso en un período de reacción, o se perderá a sí mismo, sin esperanzas, en los caminos laterales de la revolución, tal como hoy día está perdido.*

* E iba a perderse justo hasta su muerte, de la cual me enteré durante mi corrección final de las pruebas. Me resulta grato comprobar que, en sus líneas fundamentales, mi semblanza coincide exactamente con la notable necrología que Rádek⁶ escribiera sobre Mártov en "Izvestia".

NOTAS

Con relación a los logros políticos concretos, Márto-
tov fue un fracaso, maguer sus grandes servicios a la
socialdemocracia rusa durante los años en que ésta se
formó, en la década de 1890. Empero, tan grande era
la atracción de su personalidad, que aun en el mundo
brutalmente pragmático de la política revolucionaria
rusa, donde las lealtades doctrinarias y de grupo eran
lo supremo y el desprecio por los sentimientos priva-
dos se consideraba virtud, Lenin nunca perdió su afecto
por Márto-
tov. Habían sido camaradas en los mismos ini-
cios del movimiento; los habían arrestado y exiliado al
misino tiempo; ambos emigraron y ambos trabajaron,
en estrecha colaboración, en "Iskra". Su diferenciación
posterior fue notoria. Márto-
tov no sólo pertenecía a los
vilipendiados mencheviques, sino que trataba de recons-
truir un partido unificado en el cual cabrían todos los
matices de opinión. Este criterio cayó bajo el anatema
de Lenin; Márto-
tov, además, era un espécimen típico de
esa *intelligentsia* teorizante y libresca, una grey que
Lenin odiaba pese a pertenecer a ella; por último, Már-
to-
tov nunca pudo reprimir sus reservas (muy bien fun-
dadas, por otra parte) sobre las últimas consecuencias
políticas que aparejaría el entregar el poder absoluto
a un partido único de tipo leninista, endurecido y rí-
gidamente autoritario. En 1920 Márto-
tov fue a Berlín con
una delegación menchevique y nunca regresó. Cuando
Lenin yacía en su lecho de muerte, en 1923, una de
sus últimas observaciones articuladas (poco después del
tercer ataque que lo privó de la facultad del habla)
fue decirle tristemente a su esposa: "Dicen que Márto-
tov se está muriendo, también".

1. LIÁDOV: Martín Nikoláievich Mandelstam, alias
Liádov (1872-1947): Ingresó tempranamente, en 1892, al
movimiento revolucionario, y en 1893 al Partido Social-
demócrata. Entre 1895 y 1902 estuvo deportado en Ver-
jolansk. Adhirió a los bolcheviques en 1903 y participó
activamente en la revolución de 1905. Tras un pasaje
por el grupo "Vperiod", volvió a unirse a los bolche-
viques. Después de la Revolución de Octubre desem-
peñó diversos cargos de importancia, entre ellos el de
rector de la Universidad Comunista Sverdlov de 1923
a 1929. (N. del trad. al esp.)

2. GRIMM: David Davidovich Grimm (1864- ?).
Jurista y político. Dirigente del Partido Kadete. Emigró
después de 1917.

3. NOSKE: Político socialista alemán, dirigente del
S.P.D. El 23 de diciembre de 1918, tropas revolucionarias
y obreros armados capturaron al canciller Ebert;
Hindenburg convenció a las fuerzas armadas leales de

que liberaran a Ebert, lo que provocó que estallara la lucha callejera en Berlín entre espartaquistas y el *Freikorps* derechista. El 11 de enero de 1919 Gustav Noske, al frente de destacamentos fuertemente armados, entró en Berlín y retomó la capital en nombre del gobierno socialista de derecha.

4. "LIBERDANISTAS": Término despectivo usado por los bolcheviques, compuesto de los nombres de Líber (nombre real: Mark Goldman) y Dan. Líber era uno de los dirigentes del Bund y Dan compartía con Mártov la dirección de los mencheviques.

5. INNOKENTI: I. F. Dubrovinski, alias Innokenti. Viejo bolchevique. Miembro del Comité Central bolchevique desde 1908. Apoyó a Lenin cuando el partido corrió el riesgo de dividirse por discrepancias concernientes al problema de la reunificación con los mencheviques.

6. LA NOTABLE NECROLOGÍA QUE RÁDEK ESCRIBIERA: Karl Berngárdovich Sobelsohn, alias Rádek (1885-¿1939?). Nació en Lvov, Polonia austríaca, de padres judíos de clase media. Miembro de los partidos socialdemócratas de Polonia, Alemania y Rusia. Periodista político brillante. Viajó con Lenin de Suiza a Rusia en el "tren sellado", en abril de 1917. Fue arrestado en Alemania, en 1918, por actividades revolucionarias. Regresó a Moscú en 1922 como secretario de la Comintern y apoyó la oposición de Trotski contra Stalin. Se le expulsó del partido en 1927 y fue deportado a los Urales, de donde regresó tras escribir un panegírico de Stalin. Durante varios años fue en la prensa soviética el principal comentarista partidario sobre problemas extranjeros. Se le procesó durante las "purgas" en 1937. Probablemente murió en un campo de concentración.

FIÓDOR IVÁNOVICH KALININ

Los trabajadores de Rusia desfilaron con profunda congoja en el cortejo fúnebre de uno de sus líderes más relevantes, Fiódor Ivánovich Kalinin. Hemos de saludar la serie de resoluciones adoptadas por el Comité Central del Proletkult para perpetuar su memoria.

Los monumentos conmemorativos toman formas diversas: pueden consistir en estatuas o en la edición de las obras de un hombre, pero las primeras se mantienen majestuosamente muertas y las segundas pueden permanecer cerradas.

El pensamiento de Fiódor Ivánovich Kalinin distaba de equipararse a un libro cerrado. Constantemente expandía y desarrollaba sus ideas, que eran como semillas que revientan con la fuerza de su crecimiento. Su verdadero monumento conmemorativo, pues, no es una simple estatua, sino un proceso cultural vivo. El camarada Kalinin fue al mismo tiempo uno de los fundadores del movimiento cultural proletario y el hombre cuya mano firme lo orientó en la dirección correcta. Cualquier retroceso en ese camino justo constituiría indudablemente una "herejía".

A todo lo que hacía, el malogrado Fiódor Ivánovich Kalinin aportaba un grado inusual de lucidez. Serenidad, precisión casi clásica del pensamiento, seguridad, una actitud práctica en el enfrentamiento de cada problema, eran inherentes a su naturaleza y, junto con su cordialidad y

sencillez, constituían el principal atractivo de su carácter.

El camarada Kalinin aportó también la misma lucidez al problema de la cultura proletaria, en particular al arte, el cual, por extraño que resulte, le interesaba más que cualquier otra rama de la cultura.

Fiódor Ivánovich no era él mismo un artista. Fue un pensador y organizador. Pero los problemas del arte le interesaban profundamente y llegaron a ocupar cada vez más su atención. Toda manifestación palmaria de arte proletario lo conmovía como a un niño. Todas las formas de arte, es cierto, le interesaban por igual. Y no se trataba de una fascinación bárbara por el oropel y la ornamentación. Kalinin nunca vio el arte bajo el aspecto de lujo y complacencia sensual. En lo tocante a la estética, fue ante todo un pensador y un organizador. Consideraba que era el arte una herramienta ideológica esencial y lo apreciaba como poderoso elemento en la construcción del socialismo.

En el campo de la estética proletaria campea no poca confusión, pese a que los intentos de crear esa estética han sido tan escasos y recientes. Es en este terreno donde las ideas de Fiódor Kalinin han creado un canon útil para juzgar la estética proletaria. Ese canon, insisto, debe crecer y desarrollarse, pero según las líneas trazadas por Kalinin.

Kalinin comprendió que el arte es un proceso sutilísimo cuyas raíces se hunden en las profundidades de la sique humana. No era un racionalista, ni un adalid del didacticismo en las obras de arte, pero al mismo tiempo censuraba con mucha firmeza la menor huella de mística en la discusión de los procesos social e individual de

la creación artística. Hacía lo posible por infundir claridad aun en el campo de lo inconsciente, considerado por él como uno de los elementos esenciales de la facultad creadora.

En su importante artículo "El proletariado y la facultad creadora", escribe: "Muchos de los que creen en la intuición mística tienden a mirar la creación artística como una facultad concedida tan sólo a algunos elegidos, capaces de crear valores eternos de la nada mediante algún tipo de inspiración mágica. Este punto de vista demuestra tanto la alta opinión que tienen de sí mismos como su ignorancia. Toda la investigación seria sobre la creatividad artística indica que ésta sólo puede desenvolverse como resultado de un trabajo intensivo y a partir de una rica acumulación de experiencia. La creación y la invención sólo tienen lugar cuando se fundan en un acervo de conocimiento práctico y técnico. Todo acto de descubrimiento o invención es el producto de una acumulación importante de experiencia o material cualitativo y cuantitativo. [...] El arte, primariamente, es pensamiento figurativo; no demuestra, revela. Por lo tanto no puede fundarse en el pensamiento lógico, aunque más no sea porque prácticamente toda imagen de alguna complejidad contiene una cantidad tan grande de experiencia que la memoria consciente no puede comprenderla. Por ello, para que el proceso artístico derive en la creación de una imagen, los recuerdos reprimidos del subconsciente constituyen un aditamento esencial."

Se observará que el camarada Kalinin está ansioso por realzar el papel del subconsciente, mientras que, simultáneamente, refuta la dañina noción de que es posible crear inconscientemen-

te una gran obra de arte sin un esfuerzo de la voluntad o del intelecto. Y justamente tal tipo de arte es capaz de producir esas mismas obras —clásicas, convincentes, tan ricas de contenido como apropiadamente revestidas en su forma externa— que las masas deben reclamar, que en efecto ya reclaman, y que ellas han creado en las épocas en que dominaron realmente la vida cultural, tal como en la gran época de Atenas o en la Florencia del Renacimiento.

Kalinin esperaba que el arte proletario procediera tan sólo del proletariado. Consciente de la importancia de ese arte como instrumento de la autoconciencia de esa clase, cuya misión es salvar y organizar la humanidad, Fiódor Ivánovich Kalinin instaba al proletariado a adquirir versación lo más pronto posible. “Los intelectuales pueden pensar con nosotros”, afirmó en el mismo artículo, “y si es necesario por nosotros. Pero sentir por nosotros, eso no lo pueden hacer. [...] Lo subconsciente tiene su propia existencia autónoma”, explica. “El trabajador mismo es oscuramente consciente de los movimientos que se producen en su propia alma, pero sólo en un momento de concentrada aplicación creadora aquéllos pueden asumir la forma de imágenes bien definidas, netas, en el nivel de su mente consciente.”

Pero si por esta vía el proletariado mismo puede crear un arte sanguíneo —un arte no de la cabeza sino del corazón, pero producido a través de la cabeza—, ello no implica, según Kalinin, que puedan cortarse los nexos entre la cultura proletaria y las conquistas culturales del pasado. Y en ese mismo e interesantísimo artículo señala: “Dos tareas debemos cumplir: una básicamente educativa, consistente en la asimilación de los elementos

de cultura proletaria ya creados por el movimiento obrero. La otra tarea consiste en la creación de condiciones en las cuales las facultades creativas del proletariado puedan emerger en el propio acto de creación artística."

Kalinin consideraba absolutamente esenciales ambas tareas. Hablando de las funciones del club obrero, al cual atribuía tanta importancia en el proceso de construcción del socialismo, escribe: "Puede haber entre nosotros quienes consideren las necesidades estéticas como algo superfluo e innecesario, especialmente en esta época de lucha violenta. Esta actitud es, a nuestro juicio, una ilusión peligrosa. El arte no es meramente un medio de goce o embellecimiento, sino un instrumento para organizar nuestras vidas, al que debemos utilizar como arma en el combate. Y sólo podemos aprender a utilizarlo cuando hayamos aprendido a comprenderlo. El arte, como pensamiento figurativo, es muy afín a los sencillos procesos mentales de la gente común, a la cual le cuesta comprender el pensamiento conceptual abstracto. El arte puede penetrar fácilmente en la vida familiar e influir en la formación de la psicología humana, liberándola del prejuicio y preparando así a los trabajadores para la lucha venidera por los ideales socialistas."

Creo que nadie podría expresar con mayor claridad y precisión el significado del arte para el proletariado en su gran combate.

En el artículo "El camino de la crítica proletaria", Fiódor Ivánovich Kalinin procura ir más allá y bosquejar el contenido actual del arte proletario. "Si la burguesía", dice, "soslayando el pensamiento de colapso inminente del sistema capitalista, ha ideado para sí un mundo de placenteros

ensueños y fantasías, a través de cuyo prisma quiere hacer ver todos los acontecimientos y fenómenos del mundo, el proletariado debe entonces poner en la picota despiadadamente esos espejismos". Y más adelante: "En la búsqueda de la forma y el contenido de la literatura proletaria, su evaluación —la crítica proletaria— debe por encima de todo abordar su objeto reflexiva y sistemáticamente."

En opinión del camarada Kalinin, pues, las tareas primordiales que enfrenta la literatura proletaria son: primero, el reflejo del actual modo de ser revolucionario; segundo, la descripción de la sicología del obrero progresista, que es, según Kalinin, compleja y no completamente susceptible de descripción por un extraño; tal vez sea expresable tan sólo mediante un lirismo profundamente sentido. Sin embargo, era también obvio para el camarada Kalinin (y a ello se debe que celebrara al poeta-obrero Gástiev)¹ que ese lirismo no sería individualista; reflejando su naturaleza más recóndita, el proletariado progresista expresaría, en un grado más alto que lo que era posible a cualquier otra clase, aquello que es común a todo el género humano, a través del corazón y la vanguardia de la humanidad, la clase obrera.

En su artículo "Producción ideológica", Fiódor Kalinin sostiene que la sicología del proletario refleja la gran era de la producción colectiva a máquina, iniciada y considerablemente desarrollada por el capitalismo y sujeta a desenvolverse aun más en lo sucesivo.

En su fraseo austero, en el que alienta ese espíritu singular, comprensible tan sólo por un proletario o por alguien que se haya identificado cabalmente con el proletariado, afirma el cama-

rada Kalinin: "El capitalismo imperialista contemporáneo revela todos los signos de la impersonalidad y el colectivismo. Promueve, en consecuencia, una sicología colectivista en el proletariado industrial. Esta estructura resultante de la sociedad industrial, en la cual todo se organiza según cálculos estrictos basados en las demandas del proceso productivo total, en la cual el obrero es sólo un eslabón consciente y disciplinado de la cadena colectiva, esta estructura decimos, esta forma de organización, debe ser incorporada por el proletariado a su trabajo ideológico y cultural. De este modo contribuiremos a la formación definitiva de una genuina sicología proletaria que, aunque salpicada aún de vestigios de mentalidad burguesa, ostenta ya las señales de una sicología socialista naciente. Debemos terminar de una vez por todas con la espontaneidad desorganizada, sustituyéndola por organización consciente, método y disciplina. Hemos de fundar, asimismo, nuestra organización sobre el cálculo; hemos de consolidar toda migaja de experiencia individual para que, una vez sintetizada, avance hacia una expansión y desarrollo posteriores. De este modo el proletariado creará las condiciones para la consolidación definitiva del socialismo."

Tal es, en sus términos más generales, la teoría del arte proletario que Kalinin había comenzado a crear. Distinguiendo de manera tajante los objetivos de este arte, por un lado, de los que por otro caracterizan tanto a las tendencias actuales de los artistas burgueses como al futurismo, Kalinin procuró indicar el derrotero de aquél: "Sabemos", escribió en uno de sus artículos posteriores, "que debemos fijarnos una tarea. No es una tarea fácil, pero no hemos de eludirla. Apar-

te la eliminación de los prejuicios de la cultura burguesa, que han penetrado muy profundamente en el proletariado, debemos superar también el modo de pensar apocado e inconsistente de nuestros camaradas obreros." Al mismo tiempo, expresa una confianza inquebrantable en que el recién nacido arte proletario se impondrá y ocupará un alto sitio en la cultura general de la humanidad.

Desde luego, se producirá inevitablemente una lucha inflexible contra los prejuicios burgueses, de una parte, y de otra contra las "herejías" de esta cultura proletaria en agraz. Aunque físicamente ha abandonado el combate, Fiódor Ivánovich Kalinin está moral e intelectualmente con nosotros y siempre será nuestro aliado y nuestro apoyo.

NOTAS

Fiódor Ivánovich Kalinin (no confundirlo con Mijaíl Ivánovich Kalinin; ver más arriba, pág. 170). Fue uno de los protegidos obreros de Lunacharski. Cuando un trabajador ocasional o autodidacto de orígenes humildes se abría camino hasta las altas esferas del Partido Bolchevique, se esgrimía su caso como demostración de que ése era realmente un partido de trabajadores. Uno de tales casos lo constituyó el de Fiódor Ivánovich Kalinin, nacido en 1883, cuyo padre era un tejedor campesino. Políticamente activo desde 1901, cuando fue detenido y deportado, Kalinin dirigió un levantamiento armado campesino en 1905, por lo cual se le arrestó nuevamente y se le condenó a tres años de cárcel. Liberado, trabajó cierto tiempo en la clandestinidad para el Partido Bolchevique y luego emigró. En el extranjero cayó bajo la influencia de Bogdánov y Lunacharski, se unió a su grupo "Vperiod" y concurrió a su escuela de formación política, ubicada en la isla de Capri, una empresa financiada merced a los ingresos literarios de Maxim Gorki. En 1917 Kalinin regresó a Rusia. Dos años después Lunacharski le dio un cargo oficial en el Comisariado de Educación. Kalinin, que por entonces había ganado cierto renombre como crítico literario, se convirtió en el principal teórico del

movimiento Proletkult ("Cultura Proletaria"). Murió en 1920, a los cuarenta y seis años de edad. Desde la supresión de la heterodoxa ideología de Bogdánov bajo Stalin, sobre los escritos de Kalinin ha caído un espeso velo.

1. EL POETA-OBRAERO GASTIEV: Alexéi Kapitónovich Gástiev (1882-1941). Uno de los fundadores, con Bogdánov, del movimiento Proletkult. Gástiev pertenecía a una escuela proletaria de poetas llamada "La Forja". Cantó al universo como "inmensa fábrica" y escribió una oda a la máquina, "ese Mesías de hierro". Pese a todas sus intencionales poses proletarias, los poetas de "La Forja" tenían una considerable deuda literaria con los simbolistas.

PÁVEL BIESSALKO

Trabé relación con el difunto Pável Biessalko casi al comienzo de su carrera literaria. Vino a verme con varias de sus más bien flojas obras juveniles, ninguna de las cuales, que yo sepa, se imprimió jamás. Fui testigo prácticamente de todo el desarrollo literario de Biessalko.

Biessalko había sobrevivido a un terrible período de presidio, sombríamente recordado en su amarga novela "La catástrofe". Aunque menchevique por aquel entonces, pertenecía de todo corazón a aquella ala extremista del movimiento obrero el núcleo de cuya protesta era el odio a la intelectualidad, y en particular a la intelectualidad del partido.

Durante casi toda su permanencia en París como exiliado, el camarada Pável fue partidario ferviente de las concepciones de Machaisky.¹ Esto, empero, no le impidió volverse un buen amigo mío. Biessalko y yo compartíamos opiniones, preferencias y planes.

Gradualmente se apaciguó su rencor contra la *inteliguentsia*, pero conservó el amor por su propia clase, el tranquilo orgullo de poder decir: "También yo soy proletario".

En este sentido era un verdadero integrante de la clase obrera. Siempre permaneció firmemente apegado a su oficio de mecánico montador, aunque comprendía que el mismo era un obstáculo para su trabajo literario.

Creo que de todos nuestros escritores-obreros,

Biessalko fue siempre el más consciente de ser un trabajador. Esto se revela en sus artículos teóricos, por ejemplo en su ardoroso y singularmente elocuente ataque contra los futuristas² y en su violentísimo intento de oponer el género naciente de la poesía campesina a la nueva literatura proletaria.

Pero lo que siempre me atrajo en Biessalko y lo que hizo ver su figura en cierto sentido como paradigmática, fue que, pese a toda la sorprendente fidelidad a su noción de lo que significaba ser obrero y su apasionada devoción por su clase, Pável Biessalko era un hombre de extraordinaria amplitud de miras. A su criterio el arte proletario no debía describir tan sólo la vida de la clase obrera (lo que hizo admirablemente) y los ideales y luchas del proletariado, sino expresar además una concepción abarcativa del mundo entero, de todos los hechos de la humanidad y del mundo aun más amplio de la imaginación, del pasado, el presente y el futuro; pero todo ello desde el punto de vista específico, el punto de vista del proletariado.

Y en esto Biessalko fue particularmente exitoso. No sólo en su desolado libro "La catástrofe", no sólo en sus cuentos autobiográficos, apasionadamente tendenciosos, sino también en "Los diamantes de Oriente", en "Judas" y en sus piezas cortas sobre la vida parisiense, algunas de las cuales recuerdan a Murger,³ otras a Maupassant. En todas ellas Pável Biessalko se mantiene fiel a su condición obrera.

Aun cuando escribe sobre los shas persas o los dioses del Olimpo, se ingenia —en una forma que me resulta increíble por tratarse de un hombre de conocimientos restringidos y que pudo apren-

der por sí mismo en medida relativamente limitada— para preservar la cualidad distintiva de la situación elegida y para utilizar un estilo que armoniza con cualquier tema que haya escogido.

Amplitud de miras combinada con un abordaje inhabitualmente sistemático de los temas más variados: esto es lo que me resulta más característico de Biessalko.

Naturalmente, sólo lo conocimos como joven; acababa de desarrollarse, estaba apenas probando sus alas, comenzaba simplemente a palpar con su impaciente mano de obrero las hermosas formas que lo rodeaban, procurando iluminarlas a su manera. Podíamos esperar que su talento se desarrollara hasta alcanzar grandes alturas, aunque nadie puede decir ahora exactamente qué rumbo habría podido tomar esa naturaleza poética, tierna, profunda, ávida.

Los que hicimos la revolución en esos años terribles a menudo pensamos con horror y tristeza en las pérdidas inconmensurables que el proletariado tuvo que sufrir como precio de su victoria. Qué a menudo uno siente un estremecimiento cuando pregunta por una docena de nombres —marinos de Kronstadt, héroes de la revolución— y escucha que a Fulano lo mataron allá, a Mengano acullá...

Las pérdidas incontables sufridas por la clase obrera la han afectado tanto en calidad como en cantidad. Serían suficientes para reducirnos a la desesperación si no supiéramos que la fuerza de aquélla es inagotable. Sólo la inagotabilidad elemental de esa clase que cuenta a sus miembros por millones, sólo la vista de las apretadas filas del partido, nutridas por jóvenes comunistas que vie-

nen a tomar nuestro relevo, puede consolarnos y darnos valor.

Pável Biessalko había iniciado la marcha por una ruta espléndida, subiendo tan sólo los primeros escalones de la magnífica escalinata que lleva a lo que será el amplio edificio de la cultura genuinamente proletaria.

Pero sabemos que otros lo seguirán, que otros están seguros de seguirlo y devorarán ansiosamente las páginas que dejó tras él, que otros se nutrirán en su inspiración y proseguirán su trabajo como si él mismo aún estuviera trabajando con ellos, porque si hay un concepto auténticamente proletario, ése es la palabra “nosotros”.

La colectividad proletaria, en un sentido que nunca ha existido antes, valorará al individuo no menos —en realidad, más— que cualquier clase anterior y le dará una posibilidad más generosa que nunca de desarrollarse a sí mismo y desplegar sus alas.

Esto, empero, queda primordialmente para el futuro. Nuestros tiempos de guerra reclaman que aun sus hijos alados acudan allí donde se decide el futuro de nuestra sociedad entera y mueran de un balazo o de tifus, y dicen como consuelo: Venceremos, os recompensaremos plenamente. Ningún “yo” individual es demasiado valioso como para que no se le sacrifique a nuestro “nosotros”.

NOTAS

Nacido en 1880, Pável Kárpovich Biessalko procedía de una familia campesina. Aunque virtualmente no tuvo educación regular alguna, estaba dotado de un indudable talento natural y podía haberse convertido en un autor de cierta magnitud si hubiera vivido más. Actualmente no se le lee y su nombre sólo aparece

en obras especializadas. Como Fiódor Kalinin, a Bies-salko lo protegieron Lunacharski y Bogdánov en su más bien artificial movimiento de "Cultura Proletaria". Arrestado en 1907 por actividades revolucionarias, encarcelado durante dos años y luego deportado, Biessalko huyó al extranjero y llegó a Francia en 1911. Trabajó en su oficio de mecánico montador en una fábrica francesa de aviación hasta 1917, escribiendo en sus ratos libres. Violentemente antiburgués y anti-intelectual, Bies-salko regresó a Rusia cuando la revolución y trabajó como periodista. Durante la guerra civil dirigió un diario del Ejército Rojo en el frente ucraniano y murió de tifus en Járkov, en el otoño de 1920. Sus obras editas incluyen dos novelas, algunos cuentos y una pieza teatral titulada "El albañil".

1. MACHAISKY: K. V. Machaisky, alias A. Volski(? -1927). Polaco, ex-integrante del Partido Socialista Polaco, Machaisky adoptó una forma de anarcosindicalismo. En un número de libros publicado entre 1898 y 1905 sostuvo que el conocimiento era un medio de producción y que por ende la intelectualidad, con sus pretensiones monopolistas al conocimiento, era una clase explotadora. La clase obrera, según Machaisky, debía "expropiar" el conocimiento a la *intelligentsia*, una vez que la última hubiera completado la revolución socialista.

2. LOS FUTURISTAS: Movimiento vanguardista literario y artístico que en Rusia duró aproximadamente de 1910 a 1930. Originado en Italia y Francia, el objetivo del futurismo era el abandono del pasado y la creación de un nuevo arte en consonancia con la era de la máquina. Su líder y teórico fue Víktor Vladímirovich Jlébñikov Maiakovski (1893-1930). Los futuristas fundaron una organización cuasi-oficial, el "Frente Izquierdista de las Artes" (conocido por sus iniciales rusas ["Levi Front Iskustv"] como LEF), pero sus actitudes resultaban demasiado extremas para la mayoría de los dirigentes del partido, por lo cual se le disolvió en 1930 (el año del suicidio de Maiakovski). El tratamiento iconoclastico que los futuristas daban al lenguaje y la forma, tuvo una influencia indiscutible sobre la poesía rusa posterior.

3. MURGER: Henri Murger (1822-1861). Escritor francés, autor de piezas breves —"Escenas de la vida bohemia", "Escenas de la vida juvenil"— donde describió la vida de los artistas en París. En "Escenas de la vida bohemia", seguramente uno de los libros de mayor difusión en el siglo pasado, se basó "La Bohème" de Puccini. (N. del trad. al esp.)

INDICE

Introducción por ISAAC DEUTSCHER	7
Cotejo de las ediciones	30
Prólogo por ANATOLI LUNACHARSKI	35
Lenin	39
Trotski	67
Zinóviev	85
Plejánov	95
Sverdlov	115
Volodarski	125
Uritski	139
Mártov	149
Kalinin	163
Biessalko	173

Otros libros publicados por
BIBLIOTECA DE MARCHA

CARTA A UNA PROFESORA

por Estudiantes de Barbiana
(2ª edición)

ANTOLOGÍA DE MARCHA

(Primer tomo: 1939)
por HUGO ALFARO

EL LIBRO DE MIS PRIMOS

(Premio novela)
por CRISTINA PERI ROSSI

MONÓLOGO FINAL DE LOS ENANOS

(Premio novela)
por PABLO R. TROISE

ARTIGAS

por OSCAR H. BRUSCHERA

HELDER CAMARA

por PAULO SCHILLING

MARTÍ

por ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

BOLIVIA, REQUIEM PARA UNA REPÚBLICA

por SERGIO ALMARAZ

SANDINO

por GREGORIO SELSER

DE ESTA PRIMERA EDICION DE
SEMBLANZAS DE REVOLUCIONARIOS
POR ANATOLI LUNACHARSKI

SE TIRARON 3000 EJEMPLARES.

EL TEXTO ESTUVO AL CUIDADO
DE PEDRO SCARON Y MARTHA GATTI.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 29 DE ABRIL DE 1970
EN TALLERES GRAFICOS "33" S. A.
PIEDRAS 522 / MONTEVIDEO

EDICION AMPARADA EN EL ART. 79 DE LA LEY 13.349

CARATULA IMPRESA POR
ARTES GRAFICAS SIGNO
DISEÑO DE
BLANKITO

